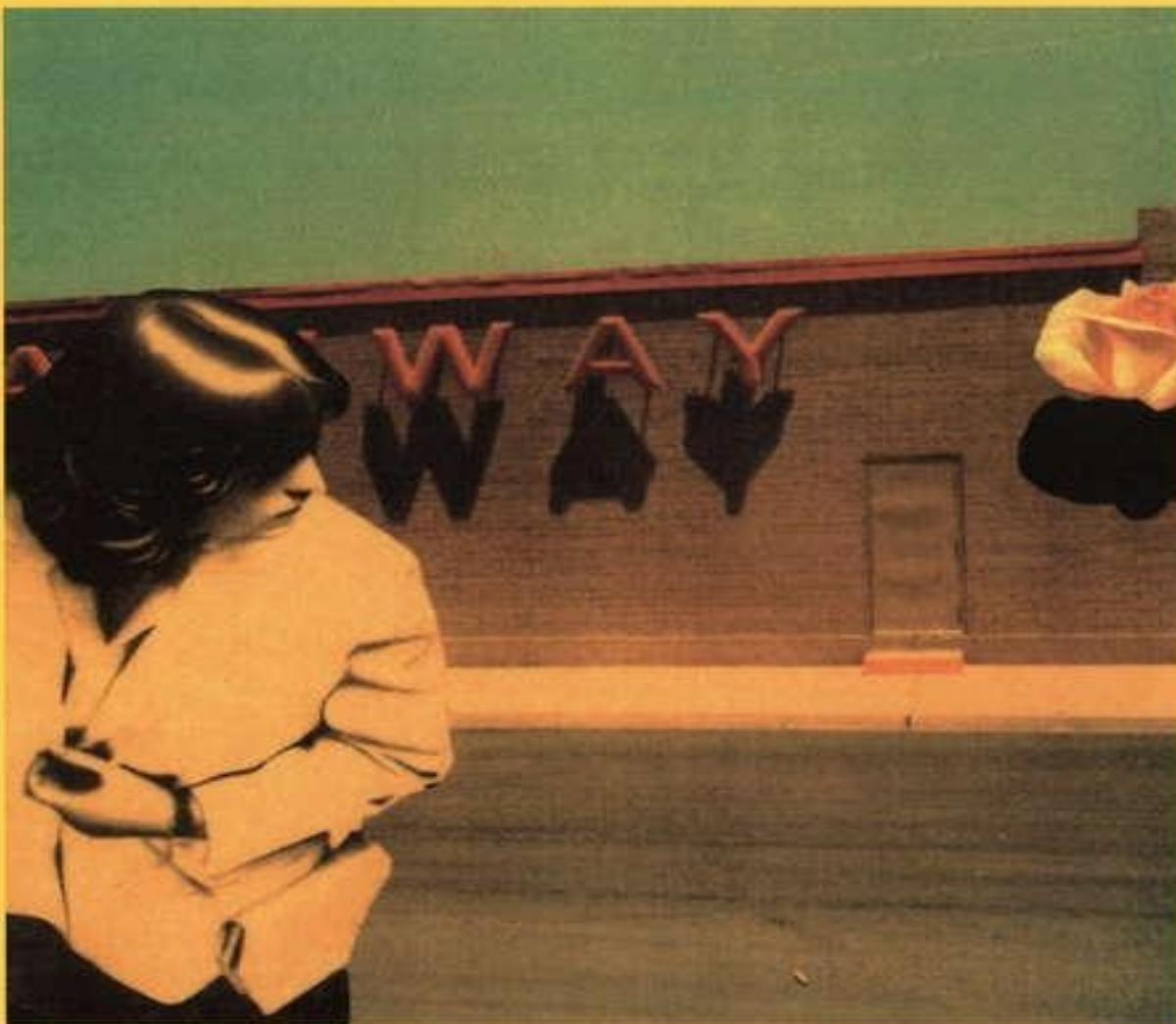


Raymond Carver

Tres rosas amarillas



Seis magníficos relatos de uno de los autores más valiosos y significativos de las últimas décadas, que ahondan y, si cabe, perfeccionan su personal universo literario, con un broche de oro final: el relato que da título al volumen, reconstrucción imaginaria de los últimos días de Chéjov, que alcanza cotas de auténtica genialidad.



Raymond Carver

Tres rosas amarillas

ePUB r1.0

Banshee & chungalitos 30.07.13

Título original: *Elephant and Other Stories*

Raymond Carver, 1988

Traducción: Jesús Zulaika

Los relatos de *Tres rosas amarillas* formaron parte, como «New Stories», de la antología de Raymond Carver *Where I'm Calling From* (Atlantic Monthly Press, Nueva York, 1988) y se publicaron como libro unitario en Inglaterra con el título *Elephant and Other Stories* (Collins Harvill, Londres, 1988).

Editor digital: Banshee

ePub base r1.0

más libros en bajaepub.com

A Tess Gallagher

«El hombre nunca puede saber qué debe querer, porque vive sólo una vida y no tiene modo de compararla con sus vidas precedentes ni de enmendarla en sus vidas posteriores».

MILAN KUNDERA

Cajas

Mi madre ha hecho las maletas y está lista para mudarse. Pero el domingo por la tarde, en el último minuto, telefonea y nos pide que vayamos a cenar con ella.

—El frigorífico se está descongelando —explica—. Tengo que freír el pollo antes de que se eche a perder.

Dice que llevemos platos y tenedores y cuchillos. Que ha embalado la mayor parte de la vajilla y de las cosas de cocina.

—Venid a cenar conmigo por última vez —dice—. Tú y Jill.

Cuelgo y sigo un momento junto a la ventana, pensando cómo podría zafarme de este asunto. Pero no puedo. Así que al cabo me vuelvo a Jill y le digo:

—Vamos a casa de mamá. Nos invita a una cena de despedida.

Jill está en la mesa con un catálogo de Sears. Quiere comprar unas cortinas. Pero ha estado escuchando, y hace una mueca.

—¿Tenemos que ir? —pregunta. Dobla una esquina de la página y cierra el catálogo. Suspira—. Dios, sólo este mes hemos ido a comer con ella dos o tres veces. ¿Seguro que va a marcharse algún día?

Jill siempre dice lo que piensa. Tiene treinta y cinco años, lleva el pelo corto y se dedica a asear y peinar perros. Antes de ganarse la vida con los perros —trabajo que le gusta—, fue ama de casa y madre. Pero un buen día todo se fue al garete. Su primer marido secuestró a sus dos hijos y se los llevó a vivir a Australia. Su segundo marido bebía, y la dejó con un tímpano roto antes de arremeter con el coche contra el pretil de un puente y caer al río Elwha. No tenía seguro de vida, y para qué hablar de un seguro que cubriera daños a la propiedad ajena. Jill tuvo que endeudarse para pagar el entierro, y al poco —¿no es el colmo?— le llegó la factura de la reparación del puente. Tuvo que hacer frente asimismo a sus propias facturas médicas. Hoy puede contar todo esto: lo ha superado. Pero con mi madre se le ha agotado la paciencia. Y a mí también. Pero yo no tengo otra opción.

—Se va pasado mañana —digo—. Oye, Jill, no tienes por qué hacerlo a disgusto. ¿Quieres venir conmigo o no?

Le digo que me da igual. Que le diré a mamá que tiene jaqueca. No va a ser la primera mentira que digo en mi vida.

—Voy contigo —dice. Y sin más se levanta y se mete en el cuarto de baño, que es el sitio donde le gusta encerrarse cuando está enfurruñada.

Llevamos juntos desde agosto pasado, más o menos por las fechas en que a mi madre se le ocurrió marcharse de California y venirse a vivir aquí, a Longview. Jill intentó tomárselo lo mejor posible. Pero el que mi madre apareciera justo cuando intentábamos empezar a ser una pareja era algo que ni se nos había pasado por la cabeza. Jill dijo que le recordaba lo que había tenido que pasar con la madre de su primer marido.

—Era una lapa —explicaba—. ¿Sabes lo que quiero decir? Era algo tan agobiante que apenas me dejaba respirar.

Justo es decir que mi madre ve a Jill como a una intrusa. A sus ojos Jill no es sino una más en la serie de chicas que han ido apareciendo en mi vida desde que mi mujer me abandonó. Alguien, a su juicio, capaz de apropiarse de parcelas de afecto, de atención e incluso de dinero que de otro modo irían a parar a ella. Pero ¿alguien merecedor de respeto? En absoluto. Recuerdo —son cosas que no se olvidan— que a mi mujer, antes de casarnos, la trataba de puta, y que volvió a tratarla de puta quince años después, cuando me dejó por otro.

Jill y mi madre, cuando están juntas, son bastante amables la una con la otra. Se abrazan siempre que se encuentran o se despiden. Hablan de las últimas ofertas de las tiendas. Pero Jill teme los momentos en que tiene que quedarse a solas con mi madre. Dice que mi madre le deja el ánimo por los suelos. Que es negativa en todo, que ve mal a todo el mundo, y que debería encontrar una salida, algo en que ocuparse, como suele hacer la gente de su edad. Hacer ganchillo, por ejemplo, o jugar a las cartas en el Hogar de la Tercera Edad, o ir a la iglesia. Algo, lo que sea, y que nos deje en paz. Pero mi madre tiene su propio modo de resolver las cosas. Un día nos comunicó que se volvía a California. Al diablo con esta ciudad y sus habitantes ¡Vaya un sitio para vivir! No seguiría viviendo en semejante ciudad aunque le regalaran la casa donde vive y otras seis más.

Un día o dos después de tomar tal decisión, tenía todas sus cosas embaladas en cajas. Esto fue en enero. O quizá en febrero. El invierno pasado, en todo caso. Y estamos a finales de junio. Las cajas llevan meses en el suelo de su casa, por todas partes. Para ir de un cuarto a otro hay que esquivarlas o pasar por encima de ellas. Ésa

no es forma de vivir para la madre de nadie.

Al cabo de unos diez minutos Jill sale del cuarto de baño. He encontrado la colilla de un porro y trato de fumármela mientras me tomo un ginger ale y miro cómo un vecino cambia el aceite del coche. Jill no me mira. Se va a la cocina y mete unos platos y unos cubiertos en una bolsa de papel. Pero cuando vuelve y cruza la sala me levanto y nos abrazamos. Y Jill dice:

—Está bien.

¿Qué es lo que está bien?, me pregunto. Nada está bien, según veo yo las cosas. Pero ella se abraza a mí y me da palmaditas en la espalda. Me llega su olor a champú para perros. Lo trae del trabajo, y es un olor que está en todas partes. Hasta en la cama, cuando estamos juntos. Me da una palmadita final. Luego salimos y cogemos el coche y cruzamos la ciudad rumbo a casa de mi madre.

Me gusta la ciudad donde vivo. Al principio no me gustaba. No había nada que hacer por la noche, y me sentía muy solo. Luego conocí a Jill. Unas semanas después se trajo las cosas a casa y empezó a vivir conmigo. No nos pusimos metas a largo plazo. Éramos felices y teníamos una vida juntos. Nos decíamos que al fin nos sonreía la suerte. Pero mi madre no tenía nada entre manos. Así que me escribió para decirme que había decidido venirse aquí a vivir. Yo le contesté que la idea no me parecía tan maravillosa. Que aquí en invierno hacía un tiempo horrible. Que estaban construyendo una cárcel a pocos kilómetros de la ciudad. Que esto estaba hasta los topes de turistas durante todo el verano. Pero ella hizo como si no hubiera recibido ninguna de mis cartas, y un día se presentó aquí. No hacía ni un mes de su llegada cuando me dijo que odiaba esta ciudad. Empezó a comportarse como si fuera mía la culpa de que se hubiera mudado y de que le resultara todo tan desagradable. Me llamaba por teléfono y me decía pestes de la ciudad.

—Son pullas para que te sientas culpable —me decía Jill.

Me llamaba y me contaba que el servicio de autobuses era espantoso y los conductores antipáticos. ¿El Hogar de la Tercera Edad? No le apetecían nada las partidas de cartas.

—Que se vayan al diablo —me decía—. Y que se lleven con ellos la baraja.

Los empleados del supermercado siempre estaban de mal humor, y a los de la estación de servicio les tenían sin cuidado ella y su coche. De Larry Hadlock, su casero, tenía ya una opinión muy clara. «El rey Larry», lo llamaba.

—Se cree *superior* a todo el mundo porque tiene un par de casuchas para alquilar y unos cuantos dólares. Ojalá nunca me hubiera topado con él.

Cuando llegó, en agosto, el calor se le hacía insoportable, y en septiembre empezó

a llover. Durante varias semanas llovió casi diariamente. En octubre empezó a hacer frío. Y nevó en noviembre y diciembre. Pero ya mucho antes de estas fechas se había puesto a echar pestes de la ciudad y de sus gentes, hasta que un buen día me cansé de oírla y así se lo hice saber. Se echó a llorar y la estreché entre mis brazos, y pensé que la cosa había quedado zanjada. Pero al cabo de unos días volvió a empezar: la misma cantinela. Justo antes de Navidad, me llamó para preguntarme cuándo iba a pasar por su casa para llevarle sus regalos. Me anunció que no había puesto el árbol, y que no tenía intención de hacerlo. Y luego añadió algo más. Dijo que si el tiempo no mejoraba iba a matarse.

—No digas tonterías —dije yo.

—Hablo en serio, cariño. No quiero volver a ver esta ciudad si no es desde el ataúd. Odio este maldito sitio. No sé cómo se me ocurrió venir. Me gustaría morirme y acabar con todo esto.

Recuerdo que me había quedado con el teléfono al oído, mirando a un hombre que en lo alto de un poste manipulaba un cable eléctrico. La nieve se arremolinaba alrededor de su cabeza. En un momento dado el hombre se separó del poste y quedó como en el aire, sujeto sólo por el cinturón de seguridad. ¿Y si se cae?, pensé. No tenía la menor idea de lo que iba a decir a continuación. Tenía que decir algo. Pero mi ser sólo albergaba sentimientos indignos, pensamientos que ningún hijo debería permitirse.

—Eres mi madre —dije al cabo—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Cariño, tú no puedes hacer nada —contestó—. Ha pasado el momento. Es demasiado tarde para hacer algo. Yo quería que esto me gustara. Pensé que organizaríamos meriendas campestres y excursiones en coche. Pero no hemos hecho nada de eso. Siempre estáis ocupados. Siempre estáis trabajando, tú y Jill. Nunca estáis en casa. Y si estáis en casa dejáis el teléfono descolgado todo el santo día. El caso es que no os veo nunca —concluyó.

—Eso no es cierto —dije. Y no lo era. Pero ella siguió hablando como si no me hubiera oído. Aunque quizá no me había oído.

—Además —prosiguió—, este tiempo me está matando. Hace un frío terrible. ¿Por qué no me dijiste que esto era el polo norte? Si me lo hubieras dicho no habría venido. Quiero volver a California, cariño. Allí puedo salir, ir a sitios. Aquí no conozco nada, no puedo ir a ninguna parte. En California hay gente. Tengo amigos que se preocupan por mí. Aquí a nadie le importa un comino lo que me pase. En fin, Dios quiera que pueda soportarlo hasta junio. Si puedo aguantar todo ese tiempo, si soy capaz de sobrevivir hasta entonces, me iré de esta ciudad para siempre. Es el sitio

más horrible en que he vivido jamás.

¿Qué podía decir yo? No sabía qué decir. Ni siquiera podía hablar del tiempo. El tiempo era un tema extremadamente delicado. Nos despedimos y colgamos.

La gente, en verano, suele tomarse vacaciones. Mi madre se muda. Empezó a mudarse años atrás, cuando mi padre se quedó sin trabajo. Cuando lo despidieron y se vio en el paro, vendieron la casa (como si fuera lo que debiera hacerse en esos casos) y se mudaron a otras latitudes que pensaron más propicias. Pero las cosas tampoco mejoraron en su nuevo hogar. Así que volvieron a mudarse. Y siguieron mudándose una y otra vez. Vivían en casas alquiladas, en apartamentos, en roulottes, e incluso en moteles. Siempre de un sitio a otro, siempre más ligeros de equipaje en cada mudanza. En un par de ocasiones recalaron en la ciudad donde yo vivía. Se instalaron en mi casa, vivieron con mi mujer y conmigo un tiempo y volvieron a partir. Eran algo así como aves migratorias, sólo que sus desplazamientos no seguían ninguna pauta definida. Viajaron de un lado a otro durante años, y hubo veces en que salieron incluso del estado en busca de pastos más verdes. Pero en general sus peregrinajes se mantenían dentro de los límites del norte de California. Al morir mi padre, pensé que mi madre dejaría de ir de un lado para otro y se quedaría en algún lugar durante un tiempo. Pero no fue así. Siguió mudándose. Una vez le sugerí que fuera a ver a un psiquiatra. Me ofrecí incluso a costeárselo. Pero ella no quiso ni oír hablar del asunto. En lugar de hacerme caso, lo que hizo fue dejar la ciudad e irse a vivir a otra parte. Debí de sentirme muy desesperado para que se me ocurriera hablarle de un psiquiatra.

Se pasaba la vida haciendo o deshaciendo las maletas. A veces se mudaba dos o tres veces al año. Hablaba con resentimiento del sitio que dejaba y con optimismo del que acababa de elegir. Su correo quedaba siempre atrás, la pensión le llegaba siempre a direcciones en las que ya no estaba, y se pasaba horas y horas escribiendo cartas para arreglar las cosas. Había veces en que se mudaba de una casa de apartamentos a otra situada a unas manzanas más allá, para luego volver al mismo edificio un mes después, sólo que a otro piso, a otra escalera. Así que cuando se mudó aquí decidí alquilarle una casa que estuviera amueblada a su gusto.

—Es esa manía de mudarse lo que la mantiene viva —decía Jill—. Lo que la mantiene ocupada. Debe de producirle una especie de placer morboso, imagino.

Acierte o no en lo del placer, Jill piensa que mi madre empieza a chochar. Y yo también lo pienso. Pero ¿cómo le dices a tu madre una cosa semejante? ¿Cómo tratarla en tal caso? El hecho de empezar a chochar no le impide planear y llevar a cabo su siguiente mudanza.

Cuando llegamos la vemos en la puerta de atrás, esperándonos. Tiene setenta años, pelo gris, lleva gafas con montura de falso diamante y no ha estado enferma ni un solo día en toda su vida. Abraza a Jill, luego me abraza a mí. Tiene los ojos brillantes, como si hubiera bebido. Pero mi madre no bebe. Lo dejó hace ya años, cuando mi padre se hizo abstemio. Acabamos con los abrazos y entramos. Deben de ser las cinco de la tarde. Me llega el olor de lo que se está haciendo en la cocina y caigo en la cuenta de que no he comido nada desde el desayuno. El efecto del porro se me ha pasado por completo.

—Me muero de hambre —digo.

—Qué bien huele —dice Jill.

—Ojalá también sepa bien —dice mi madre—. Espero que el pollo esté bien hecho. —Levanta la tapa de la sartén y pincha con el tenedor una pechuga de pollo—. Si hay algo que no puedo soportar es que el pollo quede crudo. Creo que está bien hecho. ¿Por qué no os sentáis? Sentaos en cualquier parte. Nunca he conseguido regular esta cocina. Las placas calientan demasiado deprisa. Las cocinas eléctricas no me gustan, nunca me han gustado. Quita esos trastos de la silla, Jill. Vivo como los gitanos. Pero ya no por mucho tiempo, espero. —Me ve mirando a mi alrededor en busca de un cenicero—. A tu espalda —dice—. Sobre el alféizar de la ventana, cariño. Pero antes de sentarte ¿por qué no nos pones un poco de Pepsi? Tendréis que usar los vasos de papel. Debería haberte dicho que traerais unos vasos. ¿Está fría la Pepsi? No tengo nada de hielo. Esa nevera no enfría nada. Es una porquería. El helado siempre se me queda hecho sopa. Es el peor frigorífico que he tenido en mi vida.

Pasa el pollo al plato con un tenedor y pone el plato en la mesa con ensalada de col, judías y pan blanco. Luego echa una ojeada por si olvida algo. ¡La sal y la pimienta!

—Sentaos —dice.

Acercamos las sillas a la mesa. Jill saca los platos y los cubiertos de la bolsa de papel y los distribuye.

—¿Dónde vas a vivir cuando vuelvas a California? —dice Jill—. ¿Tienes algún sitio pensado?

Mi madre le pasa el pollo y responde:

—Le he escrito a esa señora, a mi casera de antes. Y me ha contestado que tiene un apartamento precioso, un primer piso. Está cerca de la parada del autobús, en una zona con montones de tiendas. Hay un banco y un supermercado de la cadena Safeway. Es una zona estupenda. No sé cómo pude irme de allí —dice, y se sirve un

poco de ensalada de col.

—¿Por qué te marchaste, entonces? —pregunta Jill—. Si era un sitio tan maravilloso y todo eso.

Coge el muslo de pollo, lo mira y le da un bocado.

—Te diré por qué. En el apartamento de al lado vivía una vieja alcohólica que se pasaba todo el día empujando el codo. Las paredes eran tan finas que le oía mordisquear cubitos de hielo de la mañana a la noche. Tenía que usar una especie de tacataca para moverse, pero eso no le impedía ir de un lado para otro. Oía el aparato aquel chirriando contra el suelo todo el santo día. El tacataca y la puerta de la nevera al cerrarse. —El recuerdo de lo que había tenido que soportar le hace sacudir la cabeza—. Tuve que marcharme de allí. Aquel chirriar y chirriar todo el santo día. No podía soportarlo. No podía seguir viviendo de aquel modo. Así que esta vez le he hecho saber a la encargada que no quería vivir al lado de una alcohólica. Ni cambiarme a otro apartamento en el segundo piso. El segundo piso da al aparcamiento. No puedes ver nada de nada.

Mi madre aguarda a que Jill diga algo. Pero como Jill no hace ningún comentario, vuelve la mirada hacia mí.

Yo estoy comiendo como una fiera y tampoco digo nada. Además, no creo que haya nada que añadir al respecto. Sigo comiendo y miro las cajas amontonadas contra el frigorífico. Luego me sirvo más ensalada de col.

Al poco termino de comer y me echo hacia atrás en la silla. Por la ventana que da a la parte trasera de la casa veo llegar a Larry Hadlock. Aparca junto a mi coche y saca una cortadora de césped de la furgoneta. Lo observo. El no mira en ningún momento hacia donde estamos nosotros.

—¿Qué quiere ése? —pregunta mi madre, y deja de comer.

—Va a cortar el césped, parece —contesto.

—No tiene por qué cortarlo todavía. Lo cortó la semana pasada. ¿A qué viene volver a cortarlo ahora?

—Será por el próximo inquilino —dice Jill—. Sea quien sea el que venga luego.

Mi madre piensa en ello unos instantes; luego sigue comiendo.

Larry Hadlock pone en marcha la cortadora y se pone a cortar el césped. Conozco un poco a Larry. Se avino a bajar el alquiler mensual veinticinco dólares cuando le dije que la casa era para mi madre. Es viudo. Un tipo grande, de unos sesenta y cinco años. Un hombre infeliz con gran sentido del humor. Tiene los antebrazos cubiertos de vello blanco; por debajo de la gorra le sobresalen unos mechones de pelo blanco. Parece la ilustración típica del campesino que suele verse en las revistas. Pero Larry

no es un campesino. Es un obrero de la construcción retirado que ha ahorrado algo de dinero. Durante un tiempo, al principio, llegué a imaginar que mi madre y él saldrían algún día a comer juntos y acabarían por hacerse amigos.

—Ahí tenéis al rey —dice mi madre—. El rey Larry. No hay mucha gente que tenga el dinero de Larry, que pueda vivir en una mansión y cobrar a los demás esos altísimos alquileres. En fin, espero que cuando me vaya de aquí no tenga que volver a verle la jeta en mi vida. Cómete el pollo que queda —dice, dirigiéndose a mí. Pero yo rehúso con la cabeza y enciendo un cigarrillo. Larry pasa con la cortadora por delante de la ventana.

—Ya no tendrás que verla mucho tiempo —dice Jill.

—Es cierto. Y me alegro de veras, Jill. Pero sé que no me devolverá la fianza.

—¿En qué te basas para decir eso? —pregunto yo.

—Lo sé, eso es todo —responde ella—. Conozco bien a ese tipo de gente. Intentan siempre sacarte todo lo que puedan.

—Dentro de poco ya no tendrás nada que ver con él —dice Jill.

—No sabes lo que me alegro.

—Pero te encontrarás otros iguales —continúa Jill.

—No quiero pensar en ello, Jill.

Jill recoge la mesa mientras mi madre hace café. Yo aclaro los vasos. Luego sirvo el café, orillamos una caja en la que se lee «Bagatelas» y pasamos con los vasos a la sala.

Larry Hadlock está ahora en un costado de la casa. En la calle, frente a nosotros, los coches pasan despacio y el sol empieza a ocultarse tras los árboles. La cortadora hace un ruido de mil demonios. Unas cornejas dejan el cable del teléfono y se posan sobre el césped recién cortado del jardín.

—Te echaré de menos, cariño —dice mi madre. Luego añade—: También a ti, Jill. Os echaré de menos a los dos.

Jill sorbe el café y asiente. Luego dice:

—Te deseo un buen viaje de vuelta, y que al final del camino encuentres ese lugar que tanto buscas.

—Espero que cuando me instale, y esta vez para no moverme más, podéis creerme, vengáis a visitarme —dice mi madre.

Me mira: quiere que la tranquilice al respecto.

—Iremos a visitarte —digo. Y al mismo tiempo que lo digo sé que no es cierto. Fue allí donde la vida se me vino abajo por completo, y no quiero volver.

—Cómo me habría gustado que hubieras sido más feliz aquí —dice Jill—. Ojalá

hubieras podido aguantar. ¿Sabes que tu hijo está terriblemente preocupado por ti?

—Jill... —digo.

Pero ella mueve bruscamente la cabeza y sigue hablando:

—A veces no puede ni dormir. Se despierta por la noche y dice: «No puedo dormir. Pienso en mi madre». Bueno —concluye, y me mira—, ya lo he dicho. Tenía que soltarlo.

—¿Y cómo creéis que me siento? —dice mi madre. Y luego añade—: Otras mujeres de mi edad son felices. ¿Por qué no puedo ser como ellas? Lo único que quiero es una casa y una ciudad en la que pueda ser feliz. ¿Es eso un crimen? Espero que no. Espero no estar pidiendo demasiado a la vida.

Deja el vaso en el suelo, al lado de su silla, y aguarda a que Jill le diga que no, que no está pidiendo demasiado a la vida. Pero Jill no dice nada, y al cabo de un momento mi madre empieza a exponer sus planes para ser feliz.

Al rato Jill baja la mirada hacia el vaso y toma un sorbo de café. Sé que ha dejado de escucharla. Pero mi madre sigue hablando. Las cornejas deambulan por el césped recién cortado. La cortadora chirría, luego emite un ruido sordo: la cuchilla se traba con un amasijo de hierba y el motor se para. Tras unas cuantas tentativas fallidas, Larry consigue ponerlo de nuevo en marcha. Las cornejas alzan el vuelo y vuelven a posarse en el cable del teléfono. Jill se arregla una uña. Mi madre está diciendo que a la mañana siguiente va a pasar el hombre de los muebles usados para quedarse con todo lo que no quiere mandar por autocar o llevarse en el coche. Le interesan la mesa y las sillas, el televisor, el sofá y la cama, pero no quiere quedarse con la mesa de juego, así que mi madre ha decidido tirarla, a menos que la queramos nosotros.

—La queremos —digo yo. Jill alza la vista hacia mí. Empieza a decir algo pero cambia de opinión.

Mañana por la tarde llevaré en el coche las cajas a la estación de autobuses y las enviaré a California. Mi madre pasará la última noche con nosotros, según lo convenido. A la mañana siguiente, muy temprano, partirá. Pasado mañana.

Sigue hablando. Habla y habla con todo detalle del viaje que está a punto de emprender. Viajará en su coche hasta las cuatro de la tarde, y entonces se instalará en un motel para pasar la noche. Calcula llegar a Eugene antes del anochecer. Eugene es una ciudad muy agradable (conoce ya el lugar, pues se detuvo en él en su viaje de venida). Dejará el motel a la salida del sol y, con la ayuda de Dios, llegará a California por la tarde. Y Dios la *ayuda*, lo sabe. ¿Cómo explicar si no el que aún siga habitando la faz de la tierra? Dios le tiene algo reservado. Ella reza mucho últimamente. Y reza también por mí.

—¿Por qué rezas por él? —quiere saber Jill.

—Porque me apetece. Porque es mi hijo —dice mi madre—. ¿Hay algo malo en ello? ¿No necesitamos todos rezar en algún momento? Puede que haya gente que no lo necesite. No sé. La verdad es que ya no sé nada.

Se lleva una mano a la frente y se arregla un mechón de pelo que se le ha desprendido de la horquilla.

La cortadora deja oír un martilleo último y se para. Poco después vemos a Larry rodear la casa tirando de la manguera. Coloca la manguera en su sitio y vuelve sobre sus pasos despacio hacia la boca de riego. El aspersor comienza a girar.

Mi madre se pone a enumerar los múltiples agravios que —según ella— Larry le ha infligido desde que vino a esta casa. Pero ahora tampoco yo la escucho. Estoy pensando en que está a punto de volver a la carretera, y en que no hay nadie capaz de hacerle razonar o de hacer algo para disuadirla. ¿Qué puedo hacer yo? No puedo atarla, ni internarla. Aunque quizá tenga que llegar a hacerlo algún día. Estoy muy preocupado por ella; es un asunto que me angustia. Ella es toda la familia que me queda. Siento mucho que no le gustara esto y que haya decidido marcharse. Pero yo no pienso volver a California. Y al ver esto tan claro caigo en la cuenta de algo: una vez que se haya ido, probablemente no vuelva a verla nunca más.

Miro a mi madre. Se ha callado. Jill levanta la vista. Me miran las dos.

—¿Qué pasa, cariño? —dice mi madre.

—¿Te sucede algo? —pregunta Jill.

Me inclino hacia adelante en la silla y me tapo la cara con las manos. Permanezco así unos instantes. Me siento mal, me siento estúpido por comportarme de ese modo. Pero no puedo evitarlo. Y la mujer que me dio la vida y esta otra mujer con quien la comparto desde hace menos de un año lanzan una exclamación al unísono y se levantan y vienen hasta donde estoy yo con la cabeza entre las manos, como un idiota. No abro los ojos. Escucho cómo el aspersor riega el césped del jardín.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Te sucede algo? —preguntan.

—No, estoy bien.

Y un instante después es cierto lo que he dicho. Abro los ojos y levanto la cabeza. Alargo la mano para coger un cigarrillo.

—¿Ves a qué me refiero? —dice Jill—. Lo tuyo le está volviendo loco. Se preocupa tanto por ti que va a perder el juicio.

Está a un lado de la silla, mi madre al otro. Podrían destrozarme en un abrir y cerrar de ojos.

—Me gustaría morirme y dejar de ser una carga... —dice mi madre quedamente

—. Dios mío, creedme, no creo que pueda seguir soportando esto.

—¿Qué tal otro café? —digo—. ¿Por qué no vemos las noticias? —añado—. Tal vez será mejor que Jill y yo nos vayamos a casa.

Dos días después, por la mañana temprano, me despido de mi madre quizá por última vez. No he despertado a Jill. No creo que pase nada porque por una vez llegue tarde al trabajo. A los perros no les importará que los bañen y acicalen un poco más tarde. Mi madre se agarra a mi brazo mientras la ayudo a bajar los escalones de la entrada. Le abro la puerta del coche. Se ha puesto unos pantalones blancos, una blusa blanca, unas sandalias blancas. Lleva el pelo echado hacia atrás, sujeto por un pañuelo. Un pañuelo también blanco. Va a hacer un día espléndido: el cielo está claro, de un tono ya azul.

Sobre el asiento delantero veo unos mapas de carretera y un termo con café. Mi madre los mira como si no recordara haber salido con ellos minutos antes. Se vuelve a mí y me dice:

—Déjame abrazarte otra vez. Déjame hacerte un mimo. Sé que no te volveré a ver en mucho tiempo.

Me pasa un brazo alrededor del cuello, me atrae hacia sí y se echa a llorar. Pero se sobrepone inmediatamente, retrocede un paso y se lleva a los ojos la palma de la mano.

—Me he propuesto no hacer esto, y no lo haré. Pero deja que te mire una vez más. Te voy a echar de menos, cariño —dice—. Tendré que superarlo. En la vida he tenido que sobrevivir a cosas que me parecían imposibles de superar. Y sobreviviré también a esto, supongo.

Sube al coche, lo pone en marcha y deja que el motor se caliente unos instantes. Luego baja la ventanilla.

—Te echaré de menos —digo.

Y es cierto, la echaré de menos. Al fin y al cabo, es mi madre, así que ¿qué tiene de extraño que vaya a echarla de menos? Pero, y que Dios me perdone, también me alegra que haya llegado el momento y que tenga que irse.

—Adiós —dice—. Dale las gracias a Jill por la cena de anoche. Dile adiós de mi parte.

—Lo haré —digo.

Me quedo allí de pie, sin decir nada. Me gustaría decir algo, pero no se me ocurre qué. Seguimos mirándonos, tratando de sonreír y de tranquilizarnos. Entonces algo enturbia sus ojos, y pienso que está pensando en la carretera, en el montón de

kilómetros que tendrá que hacer esta jornada. Aparta la mirada y mira en la dirección que ha de tomar. Luego sube la ventanilla, inicia la marcha y avanza hasta el cruce, donde ha de esperar ante el semáforo. Cuando veo que se ha adentrado en el tráfico y se dirige hacia la autopista, vuelvo a casa y me tomo un café. Durante un rato me siento triste, pero luego la tristeza se va y me pongo a pensar en otras cosas.

Unos días después, al anochecer, mi madre llama por teléfono para anunciarme que está instalada en su nueva casa. Está muy atareada poniéndolo todo en condiciones, como siempre que se muda a un nuevo hogar. Me dice que me alegrará saber que está muy contenta de haber vuelto a la soleada California. Pero dice que en la zona en la que vive hay algo en el aire, quizá polen, que la hace estornudar continuamente. Y que hay más tráfico del que recordaba. No recuerda que hubiera tanto tráfico en su barrio. Ni que decir tiene que los automovilistas siguen todos conduciendo como locos.

—Los californianos al volante... —dice—. ¿Qué otra cosa podía esperarse de ellos?

Luego dice que hace calor para esta época del año. Que no cree que el aire acondicionado de su apartamento funcione como es debido. Le digo que debería hablar con la dirección.

—La encargada nunca está cuando la necesitas —dice mi madre.

Luego dice que espera no haber hecho mal volviendo a vivir a California. Y después hace una pausa.

Estoy de pie junto a la ventana, con el teléfono pegado al oído, mirando las luces de la ciudad y las casas iluminadas del vecindario. Jill está en la mesa con el catálogo, escuchando.

—¿Sigues ahí? —dice mi madre—. ¿Por qué no dices nada?

No sé por qué, pero entonces recuerdo el apelativo cariñoso que mi padre solía emplear cuando era amable con ella (es decir, cuando no estaba borracho). Es algo ya muy lejano, de cuando yo era un niño, pero al oírlo siempre me sentía mejor, con menos miedo, más esperanzado ante el futuro: *Querida mía*, decía. La llamaba «querida mía» algunas veces... Un apelativo tierno. «Querida mía —le decía—, si vas a la tienda, ¿podrás traerme unos cigarrillos?». O bien: «Querida mía, ¿estás mejor de ese resfriado?». «Querida mía, ¿has visto mi taza de café?».

Las palabras brotan de mis labios antes de pensar incluso qué decir a continuación: «Querida mía».

Las repito. La llamo «querida mía». «Querida mía, procura no tener miedo», le digo. Le digo que la quiero y que sí, que le escribiré. Luego le digo adiós y cuelgo el teléfono.

Durante un rato no me muevo de la ventana. Me quedo allí de pie, mirando hacia las casas iluminadas del vecindario. Un coche deja la carretera y entra en el jardín de una casa. Se enciende la luz del porche. Se abre la puerta de la casa y sale alguien y se queda en el porche, esperando.

Jill pasa las páginas del catálogo, y de pronto se detiene y deja de hacerlo.

—Esto es lo que necesitamos —dice—. Se acerca mucho a lo que tenía pensado. Mira esto, ¿quieres?

Pero yo no miro. Me importan un rábano las cortinas.

—¿Qué es lo que miras ahí fuera, cariño? —dice Jill—. Dime.

¿Qué puedo decirle? Las personas a quienes miro se abrazan en el porche unos instantes, y después entran juntos en la casa. Dejan la luz encendida. Luego caen en la cuenta y la apagan.

Quienquiera que hubiera dormido en esta cama

El teléfono suena en plena noche, a las tres de la madrugada, y nos da un susto de muerte.

—¡Ve a cogerlo! ¡Ve a cogerlo! —grita mi mujer—. Dios mío, ¿quién puede ser? ¡Ve a cogerlo!

No encuentro el interruptor, pero consigo llegar hasta la otra habitación, donde tenemos el teléfono, y lo descuelgo al cuarto timbrado.

—¿Está Bud? —dice una mujer, con voz muy ebria.

—¡Vaya! Se ha equivocado —digo, y cuelgo.

Enciendo la luz y entro en el cuarto de baño, y en ese momento vuelve a sonar el teléfono.

—¡Contesta! —grita mi mujer desde el dormitorio—. ¿Qué diablos quieren, Jack? No lo soporto más.

Salgo corriendo del baño y levanto el auricular.

—¿Bud? —dice la mujer—. ¿Qué estás haciendo, Bud?

Digo:

—Mire, se ha equivocado de número. No se le ocurra volver a marcarlo.

—Tengo que hablar con Bud —dice la mujer.

Cuelgo, espero y, cuando vuelve a sonar, descuelgo y dejo el auricular encima de la mesa, al lado del teléfono.

Pero oigo la voz de la mujer, que dice:

—Bud, háblame. Por favor.

Dejo el auricular donde está, apago la luz y cierro la puerta del cuarto.

Al volver veo luz en el dormitorio y encuentro a Iris, mi mujer, sentada contra la cabecera de la cama, con las piernas dobladas bajo las mantas. Apoya la espalda contra una almohada, y está más en mi lado que en el suyo. Se ha subido las mantas hasta rodearse los hombros. Mantas y sábanas se han salido del pie de la cama. Si

queremos volver a dormir —y yo quiero volver a dormirme—, no tendremos más remedio que volver a hacer la cama desde el principio.

—¿Qué demonios querían? —pregunta Iris—. Deberíamos haber desconectado el teléfono. Se nos olvidó, ya veo. Se te olvida desconectar el teléfono una noche y mira lo que pasa. Es increíble.

Cuando Iris y yo empezamos a vivir juntos, mi ex mujer solía telefonar de madrugada para sermonearnos. A veces era alguno de mis hijos. Siguieron haciéndolo incluso después de que Iris y yo nos casáramos. Así que empezamos a desconectar el teléfono antes de acostarnos. Lo desconectábamos todas las noches del año, o casi. Llegó a ser una costumbre. Esta vez se me había pasado, eso es todo.

—Una mujer que preguntaba por *Bud* —digo.

—Estoy de pie, en pijama, deseando meterme en la cama. Pero mi lado está ocupado. —Estaba borracha—. Muévete, cariño. He dejado descolgado el teléfono.

—¿No puede volver a llamar?

—No —digo—. ¿Por qué no te corres hacia allá un poco y me dejas algo de manta?

Coge la almohada y la pone al otro lado de la cama, contra la cabecera, se desplaza de un solo impulso y vuelve a apoyar la espalda contra ella. No parece que tenga sueño. Parece completamente despierta. Me meto en la cama y me tapo un poco con las mantas. Pero siento un tacto extraño: no tengo sábana, sólo manta. Miro hacia abajo y veo mis pies al aire, destapados. Me vuelvo en mi lado hasta quedar de cara a Iris y subo las piernas para que las mantas me tapen los pies. Deberíamos hacer otra vez la cama. Tendría que proponerlo. Pero pienso que si apagamos la luz ahora mismo nos podríamos volver a dormir en seguida.

—¿Qué tal si apagas tu lámpara, cariño? —digo con la mayor de las delicadezas.

—Antes vamos a fumarnos un cigarrillo —dice ella—. Y luego nos dormimos. Alcanza los cigarrillos y el cenicero, ¿quieres? Vamos a fumarnos uno.

—Mejor que nos durmamos —digo yo—. Mira la hora que es.

Tenemos la radio despertador allí al lado, sobre la mesilla. No hay más que mirarla para ver que son las tres y media de la madrugada.

—Venga —dice Iris—. Necesito un pitillo después de todo este lío.

Me levanto a coger los cigarrillos y el cenicero.

Tengo que entrar en el cuarto del teléfono. No toco el aparato. No quiero siquiera mirarlo, pero no puedo evitarlo. Sigue sobre la mesa, donde lo he dejado.

Vuelvo a deslizarme bajo las mantas y pongo el cenicero encima de la colcha, entre los dos. Enciendo un cigarrillo, se lo paso a Iris, enciendo otro para mí.

Iris trata de recordar el sueño que estaba teniendo cuando sonó el teléfono.

—Creo que puedo acordarme, pero bastante vagamente. Era algo sobre, sobre... no, ya no me acuerdo de qué trataba. No estoy segura. No consigo recordarlo —dice al cabo—. Esa dichosa mujer, mira que llamar a estas horas... *Bud...* —dice—. Se merece una buena bofetada...

Apaga el cigarrillo e inmediatamente enciende otro. Echa una bocanada de humo y deja que su mirada se pasee por la cómoda, por las cortinas. Lleva el pelo suelto, sobre los hombros. Utiliza el cenicero y se pone a mirar fijamente el pie de la cama, esforzándose por recordar el sueño.

Pero en realidad a mí no me importa lo que ha soñado. Lo único que quiero es volver a dormirme. Acabo el cigarrillo, lo apago y espero a que ella termine el suyo. Me quedo echado, quieto, en silencio.

Iris se parece a mi ex mujer en que suele tener sueños agitados, violentos. Se pasa la noche revolviéndose en la cama y se despierta bañada en sudor, con el camisón pegado al cuerpo. Y, al igual que mi ex mujer, siempre quiere contarme sus sueños detalladamente, y hacer cábalas sobre lo que significan o presagian. Mi ex mujer solía dejarnos sin mantas durante la noche a fuerza de patadas, y gritaba a voz en cuello como si alguien estuviera agrediéndola físicamente. Una vez, en un sueño particularmente violento, llegó a golpearme en un oído con el puño. Yo dormía plácidamente, sin sueños, y me revolví en la oscuridad y le lancé un golpe en la frente. Se puso a chillar. Los dos gritamos y gritamos. Nos habíamos hecho daño, pero sobre todo estábamos asustados. No sabíamos lo que nos había pasado, pero al final encendí la luz y caímos en la cuenta y nos calmamos. Luego solíamos bromear sobre ello, sobre aquella pelea a puñetazos en la madrugada. Pero tiempo después empezaron a suceder cosas más graves y fuimos olvidándonos de aquella noche. Ya no volvimos a mencionarla; ni siquiera cuando nos tomábamos el pelo o nos hacíamos rabiar.

Una noche me desperté y oí cómo Iris hacía rechinar los dientes en sueños. Era un ruido tan extraño a escasos centímetros de mi oído que me había despertado. La zarandeé un poco y dejó de hacerlo. A la mañana siguiente me contó que había tenido un sueño horrible, pero eso fue todo lo que dijo. No insistí para que me lo contara con detalle. Imagino que no quise saber qué había podido ser tan horrible como para que no quisiera hablar de ello. Cuando le dije que le habían rechinado los dientes frunció el ceño y dijo que tendría que hacer algo al respecto. Aquella noche apareció en casa con un protector nocturno, un artilugio que tendría que ponerse en la boca mientras dormía. Tenía que hacer algo, explicó. No podía permitir que los dientes le rechinaran

noche tras noche, porque acabaría perdiéndolos a causa del frote. Así que se puso aquel aparato durante aproximadamente una semana, y luego dejó de ponérselo. Dijo que era muy incómodo, y que... bueno, que no favorecía gran cosa... ¿Quién iba a querer besar a una mujer que llevara algo semejante en la boca? No le faltaba razón, desde luego.

Otra noche me desperté porque me acariciaba la cara y me llamaba Earl. Le cogí la mano y le apreté los dedos.

—¿Qué te pasa? —dije—. ¿Qué es lo que te pasa, cariño?

Pero en lugar de responder me apretó la mano, suspiró y volvió a quedarse inmóvil. A la mañana siguiente, cuando le pregunté qué había soñado, se obstinó en que no había tenido ningún sueño.

—¿Entonces quién es Earl? —dije—. ¿Quién es ese Earl de quien hablabas en sueños?

Se ruborizó y dijo que no conocía a nadie que se llamara Earl, que no había conocido a ningún Earl en toda su vida.

La lámpara sigue encendida. Como ya no se me ocurre en qué pensar, pienso en el teléfono descolgado. Tendría que colgarlo y desconectar la clavija. Luego más vale que pensemos en dormir.

—Voy a dejar el teléfono como tiene que estar —digo—. Y cuando vuelva nos dormimos.

Iris sacude la ceniza sobre el cenicero y dice:

—No te olvides de desconectarlo.

Me levanto y voy al cuarto del teléfono, abro la puerta y enciendo la luz. El auricular sigue sobre la mesa. Me lo llevo al oído. Espero oír la señal de marcar, pero no oigo nada en absoluto.

Obedezco un impulso y digo:

—¿Sí?

—Oh, Bud, estás ahí... —dice la mujer.

Cuelgo el teléfono y me agacho para desconectarlo antes de que pueda volver a sonar. Jamás me había sucedido nada parecido. ¿Qué diablos se traerán entre manos esa mujer y el tal Bud? No veo la forma de contarle a Iris el sesgo que ha tomado el asunto, porque no va a dar lugar sino a nuevos comentarios y conjeturas al respecto. Decido no decir nada de momento. A lo mejor hablo de ello durante el desayuno.

Vuelvo al dormitorio y veo que Iris ha encendido otro cigarrillo. Veo también que

son casi las cuatro de la madrugada. Empiezo a preocuparme. Si son las cuatro, pronto serán las cinco, y las seis, y las seis y media, y la hora de levantarnos para ir al trabajo. Me acuesto, cierro los ojos, y decido contar hasta sesenta, muy despacio, antes de decir nada sobre la luz encendida.

—Empiezo a acordarme —dice Iris—. Me está volviendo a la cabeza. ¿Quieres que te lo cuente, Jack?

Dejo de contar, abro los ojos, me incorporo. El dormitorio está lleno de humo. Enciendo un cigarrillo. ¿Por qué no? Al diablo con todo.

Iris dice:

—Había una fiesta.

—¿Y dónde estaba yo mientras se celebraba la fiesta?

Normalmente, quién sabe por qué, yo no aparezco en sus sueños. Y eso me molesta un poco, pero jamás lo digo. Tengo los pies destapados otra vez. Los encojo y me los tapo. Me apoyo sobre un codo para acabar de incorporarme y echo la ceniza en el cenicero.

—¿Otro sueño en el que no aparezco? Si es así, muy bien.

Doy una chupada al cigarrillo, retengo el humo, lo expulso.

—No estabas en el sueño, cariño —dice Iris—. Lo siento, pero no estabas. No se te veía por ninguna parte. Pero *te echaba de menos*. Te echaba de menos, seguro. Era como si supiese que estabas cerca, pero no donde yo necesitaba que estuvieras. ¿Sabes esas angustias que a veces me entran? ¿Como cuando vamos a algún sitio y hay un grupo de gente y nos perdemos de vista y no consigo encontrarte? Era un poco como eso. Estabas allí, creo, pero no podía encontrarte.

—Venga —digo—, cuéntame el sueño.

Se arropa cintura y piernas con las mantas y alarga la mano para coger un cigarrillo. Le acerco el encendedor. Empieza a contarme cómo era la fiesta, una velada en la que sólo había cerveza.

—Y a mí ni siquiera me gusta la cerveza —dice.

Me cuenta que, de todas formas, bebió grandes cantidades de cerveza, y que justo cuando iba a irse —a casa, explica— un perrito se puso a tirar del dobladillo de su vestido y la obligó a quedarse.

Se echa a reír, y ríe con ella. Aunque, al mirar el reloj, vea que las manecillas van a marcar muy pronto las cuatro y media.

En la fiesta suena una música, de piano, quizá, o de acordeón, o quién sabe de qué. Los sueños a veces son así, dice. El caso es que recuerda vagamente que en algún momento apareció por allí su ex marido. Puede que fuera él quien servía la cerveza.

La gente usaba vasos de plástico, y los llenaba directamente de un barril. Es posible incluso —dice Iris— que bailara con su ex marido.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Era un sueño, cariño —me dice.

—Pues no me gusta en absoluto. Se supone que estás aquí durmiendo a mi lado y lo que haces es soñar con no sé qué perros, fiestas y ex maridos. No me hace ninguna gracia que bailes con él en sueños. ¿A qué diablos viene eso? ¿Qué te parecería si te contara que me he pasado la noche bailando en sueños con Carol? ¿Te gustaría?

—No es más que un sueño, ¿no? —dice ella—. No te pongas así conmigo. Ya no te cuento nada más. Ya veo que no puedo. No debería haber abierto la boca.

Se lleva los dedos a la boca despacio, como suele hacer cuando está pensando. Veo en su cara con qué intensidad se concentra; se dibujan en su frente pequeñas arrugas.

—Siento que no aparecieras en el sueño. Pero si te hubiera dicho lo contrario te habría mentado, ¿no crees?

Asiento con la cabeza. Le rozo con los dedos el brazo para darle a entender que no pasa nada, que no me importa. Y no me importa, supongo.

—¿Y qué pasó después, cariño? —digo—. Acaba de contarme el sueño. Y luego intentaremos dormir un poco.

Supongo que quiero saber lo que viene luego. Lo último que ha dicho es que había bailado con Jerry. Si había algo más, necesitaba saberlo.

Ahueca un poco la almohada que tiene a la espalda y dice:

—Eso es todo lo que recuerdo. No consigo recordar más. Fue en ese momento cuando sonó el dichoso teléfono.

—Bud —digo. Veo flotar el humo en el aire, bajo la luz de la lámpara. Hay humo por todo el cuarto—. ¿No deberíamos abrir una ventana?

—Buena idea —dice Iris—. Que se airee esto un poco. Este humo no puede sentarnos nada bien.

—No, claro que no.

Vuelvo a levantarme y voy hasta la ventana y la subo un par de palmos. Siento el aire fresco que entra del exterior, y oigo a lo lejos cómo un camión cambia de marcha al iniciar la pendiente de acceso al puerto que le llevará al estado vecino.

—Imagino que muy pronto vamos a ser de los pocos que sigan fumando en este país —dice Iris—. En serio, tendríamos que pensar en dejarlo —añade mientras aplasta la colilla y coge el paquete que hay junto al cenicero.

—Se ha abierto la veda contra los fumadores —digo.

Vuelvo a la cama. Las mantas están hechas un caos, y son las cinco de la madrugada. No creo que logremos dormir ni un minuto más esta noche. Pero qué más da. ¿Hay alguna ley que lo ordene? ¿Va a pasarnos algo si no lo hacemos?

Iris se coge un mechón de pelo con los dedos. Luego se lo coloca detrás de la oreja, me mira y dice:

—Últimamente me siento una vena en la frente. A veces *late*. Palpita. ¿Sabes a qué me refiero? No sé si habrás sentido alguna vez algo parecido. Odio pensar en ello, pero no sería nada extraño que cualquier día de éstos me diese una embolia o algo así. ¿No es eso lo que pasa? ¿Una vena de la cabeza que revienta? Eso es seguramente lo que acabará pasándome. Mi madre, mi abuela y una de mis tías murieron de una embolia cerebral. Hay un historial de embolias en mi familia. A veces viene de familia, ya sabes. Es hereditario, como las enfermedades del corazón, o la obesidad, o lo que sea. Bueno —dice—, un día me tendrá que pasar algo, ¿no? Y puede que sea eso: un ataque de apoplejía. Puede que me llegue la hora así. La sensación es ésa, como una señal de aviso. Primero *late* un poco, como para que me fije en ella, luego se pone a palpar. Sin parar: *tac-tac-tac*. Me da verdadero pánico —dice—. Quiero que dejemos este maldito tabaco antes de que sea demasiado tarde.

Mira lo que le queda del cigarrillo, lo aplasta contra el cenicero, trata de ahuyentar el humo con la mano.

Estoy echado en la cama, contemplando el techo, pensando que este tipo de conversación sólo puede tener lugar a las cinco de la madrugada. Siento que tengo que decir algo.

—Yo me ahogo en seguida —digo—. Antes, al correr a coger el teléfono, me he quedado sin aliento.

—Eso puede ser por la inquietud, por el sobresalto —dice ella—. Un telefonazo así le sobresalta a cualquiera. ¡A quién se le ocurre llamar a esas horas! Esa mujer... Le arrancaría la piel a tiras.

Me incorporo en la cama y me apoyo contra la cabecera. Pongo la almohada a mi espalda y trato de ponerme cómodo, como Iris.

—Voy a contarte algo que nunca te he contado —digo—. De cuando en cuando el corazón me palpita con fuerza. Como si se volviera loco. —Iris me mira fijamente, atenta a lo que pueda venir después—. A veces es como si fuera a saltárseme fuera del pecho. No tengo ni la más remota idea de a qué puede deberse.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —dice. Me coge la mano y me la estrecha con fuerza—. Nunca me has dicho nada, cariño. Mira, no sé lo que haría si te pasara algo algún día. Me vendría abajo. ¿Te pasa muy a menudo? Me da miedo, créeme.

Sigue cogiéndome la mano. Pero sus dedos se deslizan hasta mi muñeca, donde tengo el pulso. Y los deja allí, rodeándome la muñeca.

—Nunca te lo he contado porque no quería asustarte —digo—. Pero me pasa a veces. La última vez la semana pasada. No es necesario que esté haciendo nada en particular para que me suceda. Puedo estar en la butaca, por ejemplo. Leyendo el periódico. O conduciendo, o empujando el carrito de la compra. Da igual que esté haciendo un esfuerzo o no. Empieza, y ya está. Pom-pom-pom. Así mismo. Hasta me extraña que la gente no lo oiga. A mí me parece fortísimo. Yo, por lo menos, lo oigo. Y no me importa confesarte que me da un miedo del demonio —digo—. Así que si no acaba conmigo un enfisema, o un cáncer de pulmón, o una de esas embolias de las que hablas, lo que tendré seguramente será un ataque al corazón.

Alcanzo los cigarrillos. Le doy uno a Iris. Esta noche ya no vamos a dormir más. ¿Hemos dormido algo? Durante un instante no puedo acordarme.

—¿Quién sabe de qué vamos a morir? —dice Iris—. Puede ser de cualquier cosa. Si vivimos lo bastante, quizá sea del riñón, o de algo por el estilo. El padre de una compañera de trabajo acaba de morir de insuficiencia renal. Es normal que te pase si tienes la suerte de llegar a una edad avanzada de verdad. Cuando te falla el riñón, el cuerpo se te empieza a llenar de ácido úrico. Y cambias totalmente de color antes de morirte.

—Fantástico. Parece maravilloso —digo—. ¿No crees que deberíamos dejar el tema? ¿Cómo hemos empezado a hablar de todo esto?

Iris no me contesta. Se aparta de la almohada inclinándose hacia adelante y se rodea las piernas con los brazos. Cierra los ojos y deja descansar la cabeza sobre las rodillas. Luego se balancea despacio, como si estuviera escuchando música. Pero no hay música. Por lo menos, yo no oigo ninguna.

—¿Sabes lo que me gustaría? —dice. Deja de moverse, abre los ojos y ladea hacia mí la cabeza. Luego sonrío para que yo sepa que está bien.

—¿Qué te gustaría, cariño?

Tengo su tobillo enlazado con mi pierna. Y ella responde:

—Un poco de café. Me gustaría tomar un café solo bien cargado. Estamos despiertos, ¿no? No nos vamos a volver a dormir, así que podemos tomarnos un café.

—Tomamos mucho café —digo—. Tanto café no es bueno. No digo que no tomemos nada. Lo que digo es que tomamos demasiado. Sólo es una observación —añado—. La verdad es que yo también me tomaría un café.

—Estupendo —dice Iris.

Pero ninguno de los dos hace ademán de levantarse.

Se sacude el pelo y enciende otro cigarrillo. El humo vaga despacio por el dormitorio. Parte de él se desliza hacia la ventana abierta. Una lluvia fina comienza a caer fuera, en el patio. Suena el despertador, y alargo la mano para pararlo. Luego cojo la almohada y vuelvo a ponérmela bajo la nuca. Me echo hacia atrás y me quedo unos instantes mirando al techo.

—¿Qué fue de aquella genial idea de una chica que nos trajera el café a la cama? —digo.

—Me gustaría que *alguien* nos trajera el café a la cama —dice—. Chica o chico, me es igual. El caso es que me tomaría un café ahora mismo.

Pone el cenicero en la mesilla, y pienso que va a levantarse. Alguien tiene que levantarse para hacer café y descongelar el zumo. Uno de los dos ha de ponerse en movimiento. Pero lo que Iris hace es deslizarse hacia abajo hasta quedar sentada en la mitad de la cama. Las mantas están revueltas sobre el colchón. Iris hurga en algo que hay encima de la colcha, lo frota con la palma de la mano unos instantes y finalmente levanta la mirada.

—¿Has visto en el periódico lo de ese tipo que entró con una escopeta en la unidad de cuidados intensivos y obligó a las enfermeras a que desconectarán la máquina que mantenía a su padre con vida? ¿Lo leíste?

—Algo he oído en la televisión —digo—. Pero de lo que más hablaron fue de esa enfermera que desconectó la máquina a seis u ocho personas. En realidad no saben exactamente a cuántas. Empezó por desconectar la de su madre, y luego siguió con otras personas. Fue algo así como una borrachera, imagino. Dijo que lo hizo por hacerles un favor a esas personas. Y que esperaba que alguien se lo hiciera a ella también llegado el caso.

Iris se desplaza hasta el pie mismo de la cama, y se vuelve de forma que quedamos frente a frente. Sigue teniendo las piernas bajo las mantas. Las pone entre las mías y dice:

—¿Y qué me dices de esa tetrapléjica que ha salido en los informativos? Dice que quiere morir, que quiere dejar de comer hasta morir de inanición. Ha puesto una demanda al hospital y al médico por empeñarse en alimentarla a la fuerza para mantenerla con vida. ¿No es increíble? Es de locos. La atan con correas tres veces al día para meterle un tubo en la garganta. Le dan desayuno, almuerzo y cena de la misma forma. Y, por si fuera poco, la mantienen enchufada a una máquina, porque sus pulmones se niegan a funcionar por su cuenta. El periódico decía que no hace más que

suplicar que la desconecten de la máquina, o que al menos le permitan ayunar hasta morir. Suplica y suplica que la dejen morir en paz, pero no le hacen el menor caso. Dice que al principio lo que quería era morir con cierta dignidad. Pero ahora está furiosa y quiere demandar a todo el mundo. ¿No es asombroso? ¿No es un caso increíble? Yo a veces tengo jaquecas. Puede que tengan algo que ver con esa vena. Puede que no. Puede que no tengan relación. Pero cuando tengo esos dolores de cabeza no te digo nada. No quiero preocuparte.

—¿De qué estás hablando? —digo—. Mírame, Iris. Tengo derecho a saberlo. Soy tu marido, no debes olvidarlo. Si algo te pasa, debo saberlo.

—¿Y qué podrías hacer tú? Preocuparte, nada más. —Me da en la pierna con la suya. Vuelve a darme otro golpecito—. ¿Me equivoco? Me dirías que me tomase una aspirina. Te conozco.

Miro hacia la ventana y veo que empieza a clarear. Me llega una brisa húmeda. Ha dejado de llover, pero es una de esas mañanas en las que no sería extraño que se pusiera a diluviar. Vuelvo a mirar a Iris.

—Si quieres que te diga la verdad, a veces siento un terrible dolor en el costado —digo.

Pero nada más decirlo me arrepiento. Iris se va a preocupar, y va a querer hablar de ello. Ya es hora de que pensemos en ducharnos. Deberíamos estar desayunando.

—¿En cuál? —dice.

—En el derecho.

—Puede que sea el apéndice —dice—. Algo tan simple como eso.

Me encojo de hombros.

—¿Tú crees? No sé. Lo que sé es que me pasa. De vez en cuando siento como una punzada aquí abajo. Muy intensa. Y dura sólo unos instantes. Al principio pensé que podía ser un tirón muscular. A propósito, ¿en qué lado tenemos la vesícula? ¿En el derecho o en el izquierdo? Puede que sea la vesícula. O un cálculo biliar, aunque no tengo ni idea de lo que significa.

—Es una piedrecita diminuta o algo así —dice Iris—. Como la puntita de un lápiz. No, espera, creo que ésas son las de riñón. La verdad es que yo tampoco tengo ni idea —dice, y mueve la cabeza.

—¿Cuál es la diferencia entre cálculo biliar y cálculo renal? —pregunto—. Dios mío, ni siquiera sabemos en qué lado del cuerpo está cada cual. Ni lo sabes tú ni lo sé yo. Entre los dos sabemos eso: nada. Pero he leído en alguna parte que el cálculo renal se expulsa, y que normalmente no es mortal. Aunque, eso sí, muy doloroso. Del cálculo biliar nunca he oído nada.

—Me ha gustado lo de «normalmente» —dice Iris.

—Ya —digo—. Oye, será mejor que nos levantemos. Es tarde. Son las siete.

—Sí. De acuerdo —dice, pero sigue sentada. Luego añade—: Mi abuela tenía al final tal artritis que no podía ni andar por sí misma. No podía ni mover los dedos. Tenía que estar sentada en una silla, con esa especie de manoplas todo el día. Al final ya no podía ni sostener una taza de cacao. Imagínate la artritis que tenía. Luego le dio la embolia. Y el abuelo... —dice—. Poco después de que muriera la abuela hubo que internarlo en un asilo. No hubo más remedio. Nadie podía ocuparse de él las veinticuatro horas. Ni pagar a una persona para que lo hiciera. Así que lo llevaron a un asilo. Pero allí empezó a decaer a ojos vistas. Una vez, cuando llevaba internado un tiempo, mamá fue a verlo y al volver dijo algo que no olvidaré en la vida. —Me mira como si tampoco yo fuera a olvidar en la vida lo que va a decirme. Y tiene razón—. Dijo: «Papá ya no me reconoce. Y ni siquiera sabe quién soy. Papá se ha vuelto un vegetal». Sí, mamá misma lo dijo.

Se inclina hacia adelante, se tapa la cara con las manos y se echa a llorar. Me deslizo hasta el pie de la cama y me siento a su lado. Le cojo la mano, la retengo sobre mi regazo. Le paso el brazo por los hombros. Estamos muy juntos, mirando la cabecera de la cama y la mesilla de noche. Vemos también el despertador, y al lado unas cuantas revistas y un libro de bolsillo. Estamos sentados en la parte de la cama donde tenemos los pies cuando dormimos. Es como si quienquiera que hubiera dormido en esta cama se hubiera levantado de pronto para salir de casa precipitadamente. Sé que no podré volver a mirar esta cama sin recordarla así, tal como está. Sé que nos está sucediendo algo, pero no sabría decir qué exactamente.

—No quiero que me pase nunca nada parecido —dice Iris—. Ni a ti. —Se seca ojos y mejillas con una esquina de la manta. Luego inspira profundamente, y el aire le sale en un sollozo—. Lo siento. Es que no puedo evitarlo —dice.

—A nosotros no nos pasará. No, no nos pasará —digo—. No te preocupes por nada, hazme caso. Estamos bien de salud, cariño, y vamos a seguir estándolo. Si ha de pasarnos algo algún día, aún falta mucho tiempo. Eh, Iris, te quiero. Nos queremos, ¿no es cierto? Eso es lo importante. Lo único que importa. No te preocupes, cariño.

—Quiero que me prometas una cosa —dice. Aparta su mano de la mía, me retira el brazo de su hombro—. Quiero que me prometas que me desconectarás de la máquina si llega el caso, o cuando llegue el caso. Si algún día me pasa, quiero decir. ¿Oyes lo que te digo? Estoy hablando en serio, Jack. Quiero que me desconectes de la máquina si un día tienes que hacerlo. ¿Me lo prometes?

Me quedo en silencio unos instantes. ¿Qué tendría que responderle? Es una

cuestión delicada. Tengo que pensarlo un momento. Sé que no me costaría nada decirle que sí, que lo haré si llega el caso. Serían sólo palabras, ¿no? Y las palabras poco cuesta pronunciarlas. Pero hay más que palabras en juego: ella quiere una respuesta sincera. Y yo aún no sé cuál es mi posición al respecto. No debo responder a la ligera. No debo pronunciarme sin pensar en lo que estoy diciendo, sin meditar en las consecuencias, en su reacción ante mi respuesta, sea ésta la que sea.

Aún sigo pensando en ello cuando ella dice:

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Quieres que te desconecte si llega el caso? Dios quiera que no llegue nunca, por supuesto —dice—. Pero creo que tendría que tener una idea de..., ya sabes, de lo que querrías que hiciera si las cosas llegaran a ese extremo. Que me dijeras algo ahora para saber a qué atenerme.

Me mira fija, intensamente, a la espera de mis palabras. Quiere registrarlas para poder hacer uso de ellas si un día se viera enfrentada a tal alternativa. Muy bien. De acuerdo. Me sería muy fácil decir: *Desconéctame, cariño, si piensas que es lo mejor*. Pero necesito pensarlo un poco más. Ni siquiera le he dicho aún lo que yo haría en el caso de *ella*. Y ahora tengo que ponerme a pensar en mí, en *mi* caso. No creo que deba seguir por ahí. Qué locura. Estamos chiflados. Pero me doy cuenta de que lo que diga ahora quizá llegue a afectarme vitalmente algún día. Se trata de un asunto crucial. Estamos hablando de una cuestión de vida o muerte.

Iris no se ha movido. Espera una respuesta. Veo que no vamos a movernos de aquí mientras no la obtenga. Sigo pensando unos segundos, y al cabo digo lo que pienso:

—No. No me desconectes. No quiero que me desconecten de la máquina. Déjame conectado todo el tiempo que sea posible. ¿Alguien va a poner reparos? ¿Vas tú a poner reparos? ¿Voy a molestar a alguien? Mientras la gente pueda soportar verme, mientras no empiecen a dar alaridos, no me desconectes. Déjame seguir vivo, ¿de acuerdo? Hasta el mismísimo y amargo final. Haz venir a los amigos para que me digan adiós. Y no metas prisas.

—No bromees —dice ella—. Estamos hablando de algo muy serio.

—No bromeo —digo—. No me desconectes. Tan sencillo como eso.

Asiente con la cabeza.

—Bien, de acuerdo. No lo haré, te lo prometo.

Me abraza. Me abraza con fuerza unos instantes.

Luego me deja. Mira el reloj despertador y dice:

—Santo cielo. Será mejor que nos demos prisa.

Nos levantamos y empezamos a vestirnos. En cierto modo todo es como cualquier otra mañana, sólo que hacemos las cosas más de prisa. Tomamos café y zumo y panecillos. Hacemos comentarios sobre el tiempo; el cielo está nublado, amenazador. No volvemos a hablar de máquinas conectadas a personas, ni de enfermedades, ni de hospitales, ni de ese tipo de cosas. Le doy un beso y la dejo en el porche con el paraguas abierto, esperando a que pase su compañera a recogerla. Corro hasta mi coche. Arranco, dejo que el motor se caliente unos segundos, le digo adiós con la mano a Iris y me pongo en marcha.

Pero a lo largo del día, en el trabajo, pienso en lo que hemos hablado esta mañana. No puedo evitarlo. Entre otras cosas, la falta de sueño me ha dejado maltrecho. Me siento vulnerable, fácil presa ante cualquier pensamiento fortuito y lúgubre. En un momento dado, cuando no hay nadie a la vista, dejo descansar la cabeza sobre la mesa y trato de dormir unos minutos. Pero cuando cierro los ojos me sorprende pensando en ello de nuevo. Veo mentalmente una cama de hospital. Sólo una cama de hospital. La cama está en una sala, supongo. Luego veo una tienda de oxígeno sobre la cama, y a un lado unas cuantas pantallas y unos grandes monitores de esos que se ven en las películas. Abro los ojos, me incorporo en la silla y enciendo un cigarrillo. Mientras fumo el cigarrillo me tomo un café. Luego miro el reloj y me pongo de nuevo a trabajar.

A las cinco estoy tan cansado que apenas me quedan fuerzas para volver a casa. Está lloviendo, debo conducir con cuidado. Con sumo cuidado. Ha habido un pequeño accidente. Un coche le ha dado un golpe por detrás a otro en un semáforo, pero no creo que haya habido heridos. Los coches siguen en medio de la calzada, y un grupo de gente charla bajo la lluvia. El tráfico, sin embargo, continúa despacio. La policía ha puesto señales luminosas sobre el asfalto.

Cuando veo a Iris, le digo:

—Dios mío, vaya día. Estoy hecho polvo. ¿Tú qué tal?

Nos besamos. Me quito el abrigo y lo cuelgo. Cojo la bebida que Iris me tiende. Luego, como no he hecho más que pensar en ello, y como quiero dejar saldado el asunto, digo:

—De acuerdo. Si es eso lo que quieres, te desconectaré. Si quieres que lo haga, lo haré. Si aquí y ahora te hace feliz oírmelo decir, te lo digo. Haré lo que me pides. Te desconectaré de la máquina, si llega el caso y lo creo necesario. O haré que te desconecten. Pero lo que te dije de mí sigue en pie.

Y ahora no quiero volver a pensar en este asunto nunca más. Ni volver a *hablar* de ello siquiera. Creo que hemos dicho todo lo que había que decir al respecto. Hemos agotado todos los aspectos del tema.

Y también yo estoy agotado.

Iris sonrío abiertamente.

—De acuerdo —dice—. Al menos ahora lo sé. Antes no lo sabía. Puede que esté un poco loca, pero me siento mejor, ¿sabes? Yo tampoco quiero pensar más en ello. Pero me alegro de haberlo hablado. Tampoco voy a volver a sacarlo a colación, te lo prometo.

Me coge el vaso de la mano y lo deja encima de la mesa, junto al teléfono. Me rodea con los brazos y se aprieta contra mí y posa la cabeza sobre mi hombro. Pero entonces siento que algo ha sucedido en mi interior. Lo que acabo de decirle, lo que he estado rumiando de forma recurrente todo el día... bien, pues siento como si hubiera cruzado alguna suerte de línea invisible. Siento como si hubiera llegado a un lugar al que jamás pensé que llegaría. Y no sé cómo ha sucedido. Es un lugar extraño. Un lugar en el que un fugaz e inocuo sueño y una breve charla temprana y somnolienta han dado lugar en mí a lucubraciones de muerte y aniquilamiento.

Suena el teléfono. Deshacemos el abrazo, alargó la mano hacia la mesa.

—¿Dígame? —digo.

—Hola —responde una mujer.

Es la misma mujer que ha llamado esta mañana, pero ahora no está ebria. Al menos eso creo; su voz parece sobria. Habla serena, discretamente, y me pregunta si puedo ponerla en contacto con Bud Roberts. Pide disculpas. Dice que siente importunarme, pero que se trata de un asunto urgente. Lamenta cualquier molestia que pueda estar ocasionándome.

Mientras la mujer habla me palpo torpemente en busca de los cigarrillos. Me llevo uno a los labios y me doy fuego con el encendedor. Ahora soy yo quien habla. Y digo lo siguiente:

—Bud Roberts no vive aquí. No está en este número, y me temo que no va a estar nunca. No voy a ver jamás a ese individuo de quien me habla. Así que por favor no vuelva a llamar a este teléfono. No lo haga, ¿de acuerdo? ¿Me oye? Y hágame caso, porque, si no, me veré obligado a retorcerle el pescuezo.

—Vaya caradura —dice Iris.

Me tiemblan las manos. Creo que también mi voz traiciona mi estado de ánimo. Pero mientras estoy tratando de dejar las cosas bien claras, Iris se mueve de pronto e inclina un poco el cuerpo, y todo cesa. La línea queda muda, y no oigo nada.

Intimidación

Tengo unas gestiones que hacer al oeste del estado, así que aprovecho para pararme en la pequeña población donde vive mi ex mujer. No nos hemos visto en cuatro años. Pero de cuando en cuando, siempre que se publica algo mío o escriben sobre mí en revistas y periódicos —una semblanza, una entrevista—, le envío los recortes. No sé por qué lo hago; tal vez porque pienso que puede interesarle. Pero ella nunca me contesta.

Son las nueve de la mañana. No la he llamado por teléfono, y la verdad es que no sé cómo va a recibirme.

Pero me deja pasar. No parece sorprendida. No nos damos la mano. Ni que decir tiene que no nos besamos. Me hace pasar a la sala. Llevo apenas unos segundos sentado cuando me trae café. Luego empieza a decirme lo que piensa. Dice que soy el culpable de su angustia, que he hecho que se sienta desnuda y humillada.

Que quede claro: me suena tan familiar que no me siento en absoluto incómodo.

Dice: Y entonces te metiste de lleno en el engaño. Tan pronto. Siempre te has sentido bien en el engaño. No, no es cierto. Al principio al menos no era así. Entonces eras diferente. Pero también yo era distinta, imagino. Todo era distinto entonces. No, fue después de que cumplieras los treinta y cinco, o treinta y seis, por esa época, no sé cuándo exactamente, mediada la treintena. Entonces empezaste. Vaya si empezaste. Te volviste contra mí. Te despachaste a gusto. Debes de sentirte muy orgulloso de ti mismo.

Dice: A veces tengo ganas de gritar.

Deberías olvidar los días duros, los malos tiempos al hablar de aquella época, me dice. Párate a pensar también en los buenos, me dice. ¿O es que no los hubo? Le gustaría que dejase a un lado los otros, los malos. Está harta del dichoso tema. Hasiada de oír hablar de ello. Tu cantinela preferida, dice. Lo hecho, hecho está, y el pasado nadie puede cambiarlo. Una tragedia, sí. Bien sabe Dios que fue una tragedia,

más que una tragedia. Pero ¿a qué viene volver sobre ello? ¿Es que no te cansas nunca de desenterrar la vieja historia?

Dice: Deja a un lado el pasado, por el amor de Dios. Todas esas viejas heridas. Seguro que en tu carcaj han de quedarte otras flechas.

Dice: ¿Sabes una cosa? Creo que estás enfermo. Creo que estás como una cabra. Oye, ¿no te creerás todas esas cosas que dicen de ti? No te las creas ni en broma. Mira, yo podría contarles un par de cosas. Déjame hablar con ellos; yo sí que podría contarles algo bueno.

Dice: ¿Me estás escuchando?

Te estoy escuchando, digo. Soy todo oídos, digo.

Dice: ¡Lo que he tenido que aguantar, señor mío! Y además, ¿quién te ha pedido que vengas a verme? Yo no, desde luego. Apareces y entras. ¿Qué diablos quieres de mí? ¿Sangre? ¿Más sangre? Pensaba que tenías ya la panza llena.

Dice: Piensa que estoy muerta. Quiero que me dejes en paz. Lo que quiero es que me dejes en paz, que me olvides. Mira, tengo cuarenta y cinco años. Cuarenta y cinco, y tengo la impresión de tener cincuenta y cinco, o sesenta y cinco. Así que déjame en paz, ¿quieres?

Dice: ¿Por qué no borras toda la pizarra y miras luego lo que queda? ¿Por qué no empiezas de nuevo otra pizarra? Hazlo, a lo mejor llegas lejos.

Esto último le hace reír. Yo río también, pero en mi caso son los nervios.

Dice: ¿Sabes una cosa? También yo tuve mi oportunidad, pero la dejé pasar. Sí, la dejé pasar. No creo habértelo contado nunca. Pero ahora mírame. ¡Mírame! Échame un buen vistazo, ahora que puedes. Me dejaste tirada como un trapo, grandísimo hijo de perra.

Dice: En aquel tiempo yo era más joven, y mejor persona. Quizá tú también lo eras. Mejor persona, me refiero. Lo eras, sin duda. Tenías que ser mejor persona, porque si no nunca habría tenido nada que ver contigo.

Dice: Te quise tanto. Te quise con locura. Sí, así te quise. Más que a nada en el mundo. ¿Te das cuenta? Es para morir de risa. ¿Te imaginas? Estábamos tan *íntimamente* unidos en aquella época que apenas puedo creerlo. Creo que eso es precisamente lo que más extraño se me hace ahora. El recuerdo de haber tenido tal intimidad con alguien. Una intimidad tan grande que me dan ganas de vomitar. No me cabe en la cabeza una intimidad así con otra persona. Nunca he vuelto a tenerla.

Dice: Sinceramente, quiero que me dejes al margen de todo de ahora en adelante. Lo digo en serio. Además, ¿quién te has creído que eres? ¿Te crees Dios o algo parecido? Tú no eres digno ni de lamerle las botas. Ni las botas de Dios ni las de

nadie, si vamos al caso. Señor mío, ha estado usted frecuentando gente que no le conviene. Pero ¿qué puedo saber yo? Ya ni siquiera sé qué es lo que sé. Pero sé que no me gusta lo que has ido repartiendo a manos llenas. Al menos sé eso. Ya sabes a lo que me refiero, ¿no? ¿Me equivoco?

No, digo. En absoluto.

Dice: Vas a darme la razón en todo, ¿no? Te das por vencido muy fácilmente. Siempre has sido igual. No tienes principios, ni uno solo. Eres capaz de cualquier cosa con tal de escurrir el bulto al menor conflicto. Aunque eso no viene a cuento.

Dice: ¿Te acuerdas de aquella vez que te amenacé con un cuchillo?

Lo dice como de pasada, como si se tratara de algo sin importancia.

Vagamente, digo. Seguramente me lo merecía, pero no lo recuerdo bien. Vamos, cuéntamelo, adelante.

Dice: Creo que ahora empiezo a entender... Creo que sé a qué has venido. Sí. Sé por qué estás aquí, aunque quizá tú no lo sepas. Pero eres un viejo zorro. Sabes por qué estás aquí. Has salido de *pesca*. En busca de *material*. ¿Me acerco? ¿He dado en el clavo?

Cuéntame lo del cuchillo, digo.

Dice: Si te interesa saberlo, lamento no haber llegado a utilizarlo. De veras. Lo digo con el corazón en la mano. Lo he pensado una y mil veces, y siento mucho no haberlo utilizado. Tuve ocasión de hacerlo. Pero vacilé. Dudé y la oportunidad se perdió, como dijo alguien. Pero debería haberlo utilizado, y al diablo con todo. Debería haberte dado un tajo en el brazo, al menos. Al menos eso.

Pero no lo hiciste, digo. Creí que ibas a darme una cuchillada, pero no lo hiciste. Luego te quité el cuchillo.

Dice: Siempre has tenido suerte. Me lo quitaste y me diste una bofetada. Siento mucho no haber utilizado aquel cuchillo. Un pequeño corte, al menos. Hasta un pequeño corte habría bastado para dejarte un buen recuerdo mío.

Tengo montones de recuerdos, digo. Y al punto me arrepiento de haberlo dicho.

Dice: Amén, hermano. Por si no te has dado cuenta, ahí está la manzana de la discordia. Ahí reside todo el problema. Pero en mi opinión, como ya te he dicho, recuerdas lo que no deberías recordar. Recuerdas las cosas bajas, vergonzosas. Por eso te has interesado tanto cuando he sacado a relucir lo del cuchillo.

Dice: Me pregunto si alguna vez te arrepientes de algo. Si es que ese sentimiento vale algo hoy día. No mucho, me temo. Aunque tú deberías ser ya un especialista en el tema.

Arrepentimiento, digo. No me interesa gran cosa, la verdad. No es un vocablo que

utilice muy a menudo. Arrepentimiento. No, supongo que en general no siento nada parecido. Admito que tengo tendencia a recrearme en el lado oscuro de las cosas. Bueno, a veces. Pero ¿arrepentimiento? No, creo que no.

Dice: Eres un grandísimo hijo de perra, ¿lo sabías? Un despiadado e insensible hijo de perra. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Sí, tú, digo. Miles de veces.

Dice: Yo siempre digo la verdad. Aunque duela. Nunca podrás cogerme en una mentira.

Dice: Se me cayó la venda de los ojos hace mucho tiempo, pero ya era tarde. Tuve mi oportunidad, pero la dejé escapar entre los dedos. Durante un tiempo llegué incluso a pensar que volverías. ¿Cómo pude imaginar algo semejante? Debía de estar muy desquiciada. Tengo ganas de llorar a mares, pero no voy a darte ese placer.

Dice: ¿Sabes? Si te estuvieras quemando vivo ahora mismo, si de pronto tu cuerpo se pusiera a arder en este mismo instante, no correría a echarte encima un cubo de agua.

Ríe ante lo que acaba de decir. Pero su semblante vuelve a ponerse grave en seguida.

Dice: ¿Qué diablos haces aquí? ¿Quieres seguir oyendo cosas? Podría seguir así días y días. Creo que sé por qué has venido, pero quiero que seas tú quien me lo diga.

Al ver que no respondo, que sigo allí sentado y quieto, continúa.

Dice: A partir de entonces, a partir del día en que te fuiste, ya nada me importaba. Ni los niños, ni Dios, ni nada. Era como si no supiera qué cataclismo me había fulminado. Era como si de pronto hubiera *dejado de vivir*. Había ido viviendo año tras año, y de pronto la vida cesaba. No se detenía sin más, sino con un chirrido horrible. Pensé: si para él no valgo nada, tampoco valgo nada para mí misma, para nadie. Eso fue lo peor. Sentía que se me iba a romper el corazón. ¿Qué digo? Se me había roto. Claro que se me rompió. Así, sin más. Y sigue roto, si te interesa saberlo. Ésa es la verdad, en pocas palabras. Lo puse todo en ti: todos los huevos en la misma cesta. Eso es lo que hice. Todos los huevos podridos en la misma cesta.

Dice: Encontraste a otra, ¿no es eso? No te llevó mucho tiempo. Y ahora eres feliz. Eso es lo que dicen de ti, al menos. «Ahora es feliz». ¿Sabes? ¡Leí todo lo que me mandaste! ¿Pensabas que no iba a hacerlo? Escuche, señor, le conozco muy bien. Siempre te he conocido bien. Entonces y ahora. Conozco el fondo de tu corazón. Todos sus recovecos. No lo olvides nunca. Tu corazón es una jungla, una selva oscura. Un cubo de la basura, por si quieres saberlo. Si quieren preguntar a alguien, diles que vengan a hablar conmigo. Yo sé muy bien cómo funcionas. Tú deja que vengan por

aquí: se enterarán de un buen puñado de cosas. Yo estaba allí. En primera línea, camarada. Luego me exhibiste y ridiculizaste en tu... «literatura». Para que todo el mundo me compadeciera o se permitiera juzgarme. Pregúntame si me importaba. Pregúntame si pasé vergüenza. Vamos, pregúntamelo.

No, digo. No voy a preguntártelo. No quiero entrar en eso, digo.

¡Pues claro que no quieres! ¡Y también sabes *por qué!*

Dice: Querido, no quiero ofenderte, pero a veces creo que sería capaz de pegarte un tiro y quedarme mirando cómo estiras la pata.

Dice: No puedes mirarme a los ojos, ¿eh?

Dice (y son palabras literales): Ni siquiera eres capaz de mirarme a los ojos cuando te hablo.

Muy bien, de acuerdo, la miro a los ojos.

Dice: Así. Perfecto. Puede que así podamos llegar a alguna parte. Así está mucho mejor. Si la miras a los ojos, puedes saber mucho de la persona con quien hablas. Lo sabe todo el mundo. Pero ¿sabes otra cosa? Nadie en todo el planeta se atrevería a decírtela. Nadie más que yo. Yo tengo derecho. Me *gané* ese derecho, querido. Bien, escucha, te crees alguien que no eres. Ésa es la pura verdad. Pero ¿qué puedo saber yo? Eso es lo que dirán en los cien próximos años. Dirán: «¿Quién era ella, al fin y al cabo?».

Dice: En cualquier caso, de lo que no hay duda es de que tú sí me has tomado *a mí* por otra persona. ¡Ya ni siquiera tengo el mismo nombre! Ni el que me pusieron cuando nací, ni el que llevé cuando vivía contigo, ni el que tenía hace un par de años. ¿Cómo se explica eso? ¿A qué vienen todos estos cambios? Pues bien, escucha: quiero que me dejes vivir en paz. Por favor. No creo que sea un crimen.

Dice: ¿No deberías estar en otra parte? ¿No tienes que coger ningún avión? ¿No tendrías que estar en algún sitio a doscientos kilómetros de aquí en este preciso instante?

No, digo. Y lo repito: No. No tengo que estar en ninguna parte.

Y entonces hago algo. Alargo la mano y le cojo la manga de la blusa entre el pulgar y el índice. Y eso es todo. No hago más que tocarla así, y después retiro la mano. Ella no se aparta. No se mueve.

Y he aquí lo que hago luego: me pongo de rodillas, un tipo grande como yo, y cojo el dobladillo de su vestido. ¿Qué estoy haciendo en el suelo? Me gustaría saberlo. Pero sé que estoy donde debo estar, y sigo de rodillas aferrado al bajo de su vestido.

Se queda inmóvil un instante, pero al momento siguiente dice: Está bien, bobo.

Eres tan tonto a veces... Levántate. Te digo que te levantes. Venga, hazme caso. Ya lo he superado. Me llevó bastante tiempo, pero logré superarlo. ¿Qué creías? ¿Que me iba a ser fácil? Luego apareces en mi puerta y toda la vieja historia se me viene de nuevo encima. Necesitaba airearla. Pero sabes y sé que todo aquello es agua pasada.

Dice: Durante mucho tiempo mi desconsuelo fue total. *Inconsolable*... Así estaba yo, cariño. Anota esa palabra en tu pequeña libreta. Puedo decir por experiencia que es la palabra más triste de todo el diccionario. Bien, pero al final pude superarlo. El tiempo es un caballero, dijo un sabio. O alguna mujer vieja y cansada, quién sabe.

Dice: Ahora tengo una vida. Una vida diferente de la tuya, pero supongo que no debemos compararlas. Es mi vida, y eso es lo importante; es de eso de lo que tengo que ser más y más consciente a medida que envejezco. Pero no te sientas *demasiado* mal. Bueno, quizá tampoco pase nada porque te sientas *un poco* mal. No te morirás, y es lo menos que puede esperarse de alguien que no es capaz de arrepentirse.

Dice: Vamos, levántate. Tienes que irte. Mi marido está a punto de llegar para el almuerzo. ¿Cómo podría explicarle todo esto?

Es absurdo, pero sigo de rodillas aferrado al bajo de su vestido. No quiero soltarlo. Soy como un terrier, y es como si estuviera pegado al suelo. Como si no pudiera moverme.

Dice: Levántate ahora mismo. ¿Qué pasa? ¿Quieres algo más de mí? ¿Qué es lo que quieres? ¿Que te perdone? ¿Por eso haces todo esto? Es por eso, ¿no es cierto? Por eso te desviaste para venir a verme. Lo del cuchillo parece que te ha reanimado un poco. Creí que lo habías olvidado. Pero ahí estaba yo para recordártelo. Bien, si te vas ahora mismo te diré algo.

Dice: Te perdono.

Dice: ¿Satisfecho? ¿Mejor así? ¿Te sientes feliz? Sí, ahora se siente feliz.

Pero yo sigo allí, arrodillado.

Dice: ¿Has oído lo que he dicho? Tienes que irte. ¿Eh, bobo? Querido, te he dicho que te perdono. Hasta te he recordado lo del cuchillo. ¿Qué más puedo hacer? Has salido bien parado, pequeño. Vamos, date prisa, tienes que irte. Levántate. Así, muy bien. Sigues siendo un hombre grande, ¿eh? Aquí tienes tu sombrero. No te olvides el sombrero. Antes nunca llevabas sombrero. Nunca en la vida te había visto con sombrero.

Dice: Escucha. Mírame. Escucha atentamente lo que voy a decirte.

Se acerca. Su cara está apenas a un palmo de la mía. No habíamos estado tan cerca en mucho tiempo. Aspiro el aire entrecortada y quedamente para que no me oiga, y espero. Tengo la impresión de que el corazón me late más despacio.

Dice: Cuéntalo como crees que debes, y olvida lo demás. Como siempre has hecho. Llevas tanto tiempo haciéndolo que no te será muy difícil.

Dice: Bien. Ya está hecho. Eres libre, ¿no es cierto? Al menos piensas que lo eres. Libre al fin. Era una broma, pero no te rías. De todas formas te sientes mejor, ¿no crees?

Me acompaña por el pasillo.

Dice: No sé cómo podría explicarle esto a mi marido si apareciera en este momento. Pero qué importa. Si nos ponemos a pensarlo, hoy día a nadie le importa un comino nada. Además, creo que todo lo que podía pasar ya ha pasado. A propósito, mi marido se llama Fred. Es un buen hombre. Trabaja duro para ganarse la vida. Y se preocupa por mí.

Me acompaña hasta la puerta, que ha estado abierta todo el rato. Durante toda la mañana han estado entrando la luz y el aire fresco y los ruidos de la calle, pero no nos hemos dado cuenta. Miro hacia el exterior y veo, oh, Dios, una luna blanca suspendida en el cielo de la mañana. No creo haber visto jamás nada tan extraordinario. Pero me da miedo comentarlo. Sí, me da miedo. No sé lo que podría pasar. Hasta podría echarme a llorar. O no entender en absoluto mis propias palabras.

Dice: Puede que algún día vuelvas a verme o puede que no. Lo de hoy no tardará en borrarse, lo sabes. Pronto volverás a sentirte mal. A lo mejor consigues una buena historia de todo esto. Pero si es así, no quiero saberlo.

Le digo adiós. Ella no dice nada. Se mira las manos, luego se las mete en los bolsillos del vestido. Sacude la cabeza. Vuelve a entrar en casa, y esta vez cierra la puerta.

Me alejo por la acera. Unos niños se pasan un balón de fútbol al otro extremo de la calle. Pero no son hijos míos. Ni hijos de ella. Hay hojas secas por todas partes, incluso en las cunetas. Mire donde mire, las veo a montones. Caen de los árboles a mi paso. No puedo avanzar sin que mis pies tropiecen con ellas. Deberían hacer algo al respecto. Deberían tomarse la molestia de coger un rastrillo y dejar esto como es debido.

Menudo

No puedo dormir, pero cuando sé que Vicky, mi mujer, está dormida, me levanto y miro por la ventana del dormitorio la casa de Oliver y Amanda, al otro lado de la calle. Oliver se fue hace ya tres días, pero Amanda, su mujer, está despierta. Tampoco ella puede dormir. Son las cuatro de la madrugada, y en la calle no se oye ningún ruido. No hace viento, no hay coches, ni siquiera hay luna. Sólo la casa de Oliver y Amanda, con las luces encendidas y las hojas amontonadas al pie de las ventanas.

Hace un par de días no podía estar quieto y rastrillé el jardín. Nuestro jardín, el de Vicky y mío. Recogí las hojas y las metí en bolsas, até las bolsas y las dejé en el borde de la acera. Entonces sentí el impulso de cruzar la calle y rastrillar también su jardín, pero me contuve y no lo hice. La culpa de que las cosas estén como están en esa casa es mía.

Desde que Oliver se fue sólo he dormido unas cuantas horas. Vicky me ha visto vagar por la casa con aire angustiado, como un alma en pena, y se ha puesto a atar cabos. Ahora está acostada en su lado de la cama, acurrucada junto al borde mismo del colchón. Al acostarse ha buscado una postura que evitara todo riesgo de contacto fortuito conmigo durante el sueño. Se metió en la cama, lloró, se durmió y no se ha movido desde entonces. Está agotada. Igual que yo.

Me he tomado casi todas las píldoras de Vicky, pero sigo sin poder dormir. Estoy sobreexcitado. Pero puede que si sigo mirando vea fugazmente a Amanda moviéndose por algún cuarto, o atisbando desde detrás de una cortina para ver lo que puede vislumbrar de nuestra casa.

Y si la veo ¿qué? ¿Qué pasaría? ¿Cambiaría algo?

Vicky dice que estoy loco. Anoche dijo cosas aún peores. Pero ¿cómo voy a echárselo en cara? Se lo conté —tuve que hacerlo—, pero no le dije que era Amanda. Cuando salió a relucir el nombre de Amanda, negué categóricamente que se tratara de ella. Vicky lo sospecha, pero me he negado a darle nombres. No quise decirle quién

era, pese a su insistencia y a que en un momento dado llegara incluso a golpearme varias veces en la cabeza.

—¿Qué importa *quién*? —dije—. No la conoces —mentí.

Fue entonces, cuando le dije que no la conocía, cuando se puso a pegarme.

Estoy *que salto*. Es la expresión que usaba mi amigo Alfredo, el pintor, cuando contaba que algún amigo estaba «de vuelta» de algún «viaje». Está *que salta*. Estoy *que salto*.

Es de locos. Lo sé, pero no puedo dejar de pensar en Amanda. Las cosas están tan mal que me sorprende incluso pensando en mi primera mujer, Molly. Creo que amé a Molly más que a mi propia vida.

Sigo imaginando a Amanda con su camisón rosa, ese que me gusta tanto. Y con sus zapatillas a juego. Y estoy seguro de que ahora mismo está sentada en el gran sillón de cuero, bajo la lámpara de latón. Está fumando cigarrillo tras cigarrillo. Hay dos ceniceros a mano, y los dos están llenos. A la izquierda del sillón, junto a la lámpara de pie, hay una mesita llena de revistas (ese tipo de revistas que lee la gente como es debido). También nosotros, todos nosotros, somos hasta cierto punto gente como es debido. Imagino que Amanda, en este mismo instante, está hojeando una revista, deteniéndose de vez en cuando en alguna ilustración, en algún chiste.

Anteayer por la tarde, Amanda me decía:

—Ya no leo libros. ¿Quién tiene tiempo para leer libros? —Fue al día siguiente de que Oliver se fuera, y estábamos en ese pequeño café de la zona industrial de la ciudad—. ¿Quién puede concentrarse en estos tiempos? —dice mientras remueve el café—. ¿Quién lee? ¿Tú lees? —Niego con la cabeza—. Alguien leerá, supongo. Ahí están todos esos libros en los escaparates de las librerías. Y ahí tienes todos esos clubes. Alguien tiene que leer —dice—. ¿Quién? Yo no conozco a nadie que lea.

Eso dijo, sin venir a cuento. Porque no estábamos hablando de libros sino de nuestras *vidas*. ¿Qué tenían que ver los libros con ellas?

—¿Qué dijo Oliver cuando se lo dijiste?

Entonces se me ocurrió de pronto que nuestra charla, nuestras expresiones tensas y alerta, eran muy similares a las de los personajes de esos programas de televisión de la tarde que nunca suelo ver sino de pasada, cuando enciendo el televisor un rato.

Amanda bajó la mirada y sacudió la cabeza, como si le resultara insoportable recordarlo.

—¿Seguro que no le dijiste quién era tu amante?

Volvió a negar con la cabeza.

—¿Estás segura?

Esperé, y ella por fin alzó la mirada.

—No dije ningún nombre, si te refieres a eso.

—¿Dijo adónde iba, o cuándo volvería? —pregunté, y me resultaba odioso oírme. Era de mi vecino de quien hablaba. De Oliver Porter. Un hombre a quien casi había empujado fuera de su casa.

—No dijo adonde. A un hotel. Dijo que arreglara mis cosas y que me fuera de casa. *Que me fuera*, dijo. Con un tono casi bíblico: fuera de su casa, de su *vida*. Y me dio una semana. Supongo que volverá entonces, cuando me haya ido. Así que tenemos que tomar una decisión vital, cariño. Decidir algo. Y de inmediato. Tenemos que darnos prisa.

Ahora era ella quien me miraba. Sé que esperaba ver en mí una promesa de compromiso eterno.

—Una semana... —dije.

Fijé la mirada en el café, que se había enfriado. Habían sucedido muchas cosas en un tiempo muy breve, y necesitábamos digerirlas. No sé qué ideas a largo plazo —si las hubo— nos hicimos durante los meses en que pasamos del flirteo al amor, y a estas citas de la tarde. En cualquier caso, ahora estábamos en un serio aprieto. Muy serio. Nunca —ni en cien años— se nos habría ocurrido imaginar que llegaríamos a vernos en tal trance: ocultándonos en un café, en plena tarde, tratando de decidir cuestiones tan cruciales.

Levanté la mirada, y Amanda se puso a dar vueltas al café con la cucharilla. Siguió haciéndolo. Le toqué la mano, y la cucharilla se le cayó de los dedos. La recogió, siguió usándola. Eramos como cualquier pareja anónima que toma café bajo las luces fluorescentes de un cafeticho urbano. Una pareja cualquiera, ni más ni menos. Le cogí una mano a Amanda y la retuve entre las mías. Y fue como si algo cambiara.

Cuando bajo a la cocina Vicky sigue durmiendo en su lado de la cama. Voy a tomarme un vaso de leche caliente. Antes, cuando no podía dormir, solía tomar whisky. Pero luego dejé de hacerlo. Ahora sólo tomo leche caliente. Cuando lo del whisky, solía despertarme a media noche con una sed tremenda. Pero era precavido: dejaba una botella de agua en el frigorífico. Así, cuando me despertaba bañado en sudor, casi deshidratado, iba a tientas hasta la cocina con la certeza de que en la nevera me esperaba el agua helada. Y me la bebía toda. Salud. Un litro entero. A veces usaba un vaso, pero era raro. De pronto volvía a estar borracho, dando tumbos por la cocina.

Sigo sin explicármelo: sobrio en un momento dado, borracho al minuto siguiente.

El alcohol era parte de mi destino, según Molly. Molly creía mucho en el destino.

Estoy como desquiciado de no dormir. Daría cualquier cosa, casi cualquier cosa, por poder conciliar el sueño, por dormir el sueño de los justos.

¿Por qué necesitamos dormir? ¿Y por qué dormimos menos en unas crisis y más en otras? Recuerdo, por ejemplo, cuando mi padre tuvo la embolia. Después de siete días y siete noches en coma, despertó en la cama del hospital y dijo «Hola» con voz plácida a la gente de la sala. Luego reparó en mí. «Hola, hijo», me dijo. Cinco minutos después había muerto. Murió, sin más. Mientras duró todo aquello, sin embargo, ni una sola vez me desvestí ni me fui a la cama. Puede que dormitara de cuando en cuando en una silla de la sala de espera, pero en ningún momento me acosté ni *dormí* como es debido.

Luego, hace aproximadamente un año, supe que Vicky se veía con otro hombre. Cuando me enteré, en lugar de enfrentarme a ella, me metí en la cama y me quedé acostado días y días; quizá una semana, no estoy seguro. Bueno, me levantaba para ir al baño, o a la cocina a hacerme un bocadillo. O incluso a la sala por la tarde, en pijama, a intentar leer el periódico. Pero me quedaba dormido. Al rato me revolvía en el sillón, abría los ojos y volvía a la cama a seguir durmiendo. Necesitaba más y más sueño.

Luego pasó. Lo superamos. Vicky dejó a su amante, o le dejó él a ella, nunca lo supe con certeza. Lo único que sé es que se apartó de mí un tiempo y que acabó volviendo. Pero ahora tengo la sensación de que no vamos a superar esto. Lo de Amanda es diferente. Oliver le ha dado un ultimátum.

Sin embargo, ¿no cabe dentro de lo posible que el propio Oliver esté ahora mismo despierto, escribiéndole a Amanda una carta en la que le insta a la reconciliación? Puede que en este mismo instante esté llenando unas cuartillas tratando de convencerla de que lo que les está haciendo a él y a su hija Beth es insensato, desastroso, y que va a resultar trágico para los tres.

No, qué locura. Conozco a Oliver. Oliver no perdona, es implacable. Es de esos tipos capaces de lanzar una bola de croquet a doscientos metros (se lo he visto hacer, de hecho). No va a escribir ninguna carta semejante. Además le ha dado un ultimátum, ¿no? Pues no hay más que hablar. Una semana. Quedan cuatro días. ¿O tres? Puede que Oliver esté despierto, pero si es así está arrellanado en un sillón de su cuarto del hotel, con un vaso de vodka helado en la mano y los pies sobre la cama, con el televisor encendido y el volumen bajo. Está vestido; sólo se ha quitado los zapatos. Los pies descalzos, su única concesión. Ésa y el haberse aflojado la corbata.

Oliver es implacable.

Caliento la leche, quito la nata con una cucharilla y me sirvo una taza. Apago la luz de la cocina, voy a la sala y me siento en el sofá, desde donde puedo mirar hacia las ventanas iluminadas del otro lado de la calle. Pero no puedo estarme quieto. Me muevo una y otra vez, cruzo una pierna y luego la otra. Siento que voy a echar chispas, o que podría romper el cristal de una ventana... O quizá ponerme a cambiar de sitio los muebles de la sala.

¡Las cosas que se le pasan a uno por la cabeza cuando no puede dormir! Antes, pensando en Molly, ha habido un momento en que ni siquiera podía recordar su cara. Santo cielo, después de haber estado juntos casi ininterrumpidamente desde chiquillos. Molly, que juraba que me amaría eternamente. Lo único que me quedaba en la memoria era su imagen sentada a la mesa de la cocina, llorando, con los hombros encorvados y las manos en la cara. *Eternamente*, decía. Pero no había resultado así. Al final —diría luego— no importaba, había dejado de ser vital para ella el hecho de que viviéramos o no juntos el resto de nuestras vidas. Nuestro amor existía en un «plano superior». Eso es lo que le dijo a Vicky por teléfono aquel día, cuando Vicky y yo ya vivíamos juntos. Llamó, quiso hablar con Vicky, y le dijo: «Tienes tu relación con él, pero yo siempre tendré la mía. Su destino y el mío están unidos».

Molly, mi primera mujer, hablaba así. «Nuestros destinos están unidos». No hablaba así desde el principio. Fue luego, cuando ya habían sucedido muchas cosas, cuando empezó a emplear palabras como «cósmico», «insuflación de poder»... ese tipo de términos. Pero nuestros destinos *no* están unidos. Ya no lo están, en cualquier caso, si alguna vez lo estuvieron. Ni siquiera sé dónde está ahora (con seguridad, al menos).

Creo poder precisar el momento exacto, el punto de inflexión que marcó en Molly el viraje decisivo. Fue cuando se enteró de que yo veía a Vicky. Un día me llamaron del instituto donde daba clases Molly y me dijeron: «Por favor. Su mujer está dando volteretas delante de la puerta principal. Será mejor que venga». La llevé a casa, y fue a partir de entonces cuando le empecé a oír cosas como «poder superior» y «dejarse ir con el flujo» y cosas de ese tipo. Nuestro destino había sido «modificado». Y si hasta entonces me sentía indeciso... bien, pues la dejé tan pronto como pude. Aquella mujer a quien conocía de siempre, que había sido mi mejor amiga tantos años, mi relación íntima, mi confidente... La dejé en la cuneta. Entre otras cosas, estaba asustado.

Asustado.

Aquella chica con quien había empezado a vivir, aquel espíritu delicado y dulce, acabó consultando pitonisas, quirománticos, adivinos de *bola de cristal*, en busca de respuestas, de pautas de lo que debía hacer con su vida. Dejó su empleo en el instituto, cogió la jubilación anticipada, y a partir de entonces no daba el menor paso sin consultar el *I Ching*. Empezó a vestir de forma estrafalaria (ropa de telas arrugadas con muchos tonos naranja y agua y vino). Hasta llegó a entrar en un grupo que se sentaba en círculo —no bromeo— e intentaba levitar.

Cuando Molly y yo crecimos juntos ella era parte de mí y, por supuesto, yo parte de ella. Nos amábamos. Era nuestro destino. También yo lo creía entonces. Pero ahora ya no sé en qué creer. No estoy quejándome, sólo constato un hecho. Ahora estoy inmerso en el vacío. Y he de seguir así. No existe ya destino. Sólo hechos sucesivos a los que se les da el sentido que uno cree que tienen. Impulsos y yerros, como el más común de los mortales.

¿Y Amanda? Me gustaría creer en ella, mi pobre Amanda. Pero ella buscaba a alguien cuando me encontró. Es lo que hace la gente cuando siente un desasosiego interior. Dar comienzo a una relación, sabiendo que ello cambiará las cosas para siempre.

Siento ganas de salir al jardín y de ponerme a gritar:

—¡Nada vale la pena!

Y me gustaría que todo el mundo pudiera oírlo.

«El destino», decía Molly. Y, que yo sepa, sigue diciéndolo.

Su casa ya no está iluminada. Sólo la luz de la cocina sigue encendida. Podría intentar llamar a Amanda por teléfono. Podría hacerlo y ver qué pasa. ¿Y si Vicky me oyera marcar o hablar y bajara al piso de abajo? ¿Y si descolgara arriba y se pusiera a escuchar? Además, existe la posibilidad de que sea Beth quien coja el teléfono. No tengo ganas de hablar con críos esta mañana. No tengo ganas de hablar con nadie. El caso es que, si pudiera, hablaría con Molly, pero ya no es posible: ahora es alguien distinto. Ya no es *Molly*. Pero —¿qué puedo decir?— también yo soy otra persona.

Me gustaría ser como cualquier persona de este vecindario —alguien normal, sencillo, vulgar—, y subir al dormitorio, echarme en la cama y poder dormir. Hoy va a ser un día importante, y me gustaría estar preparado para afrontarlo. Me gustaría dormir y al despertar ver que todo ha cambiado en mi vida. No me refiero sólo a las cosas importantes, como lo de Amanda o mi pasado con Molly, sino también a esas

cosas sobre las que puedo actuar.

Lo de mi madre, por ejemplo. Yo le mandaba dinero todos los meses. Pero un día empecé a mandárselo cada seis meses. La misma suma anual. Le enviaba la mitad por su cumpleaños, y la otra mitad por Navidad. Y me decía a mí mismo: No tendré que preocuparme por si se me pasa su cumpleaños, o por su regalo de Navidad. No tendré que preocuparme, y punto. Y todo marchó sobre ruedas durante unos años.

Pero el año pasado —entre los dos envíos; quizá en abril, o en marzo— me pidió una radio. Una radio, me dijo, le sería de gran utilidad.

Lo que quería era una pequeña radio despertador. Podría ponerla en la cocina, y escucharla mientras se hacía la cena. Además podría mirar el reloj para saber cuándo debía sacar algo del horno, o para ver cuánto faltaba hasta que empezaran sus programas preferidos.

Una pequeña radio despertador.

Al principio empezó con rodeos:

—Qué bien me vendría una radio. Lo malo es que no puedo permitírmela. Tendré que esperar a mi cumpleaños. La que tenía, aquella pequeñita, se me cayó y se rompió. Echo de menos una radio.

Echo de menos una radio. Me lo decía siempre que hablaba conmigo por teléfono, o lo sacaba a colación cuando me escribía.

¿Qué podía decirle? Al final le dije por teléfono que no podía permitirme comprar ninguna radio. Se lo dije también en una carta, para cerciorarme bien de que lo entendía. *No puedo permitirme comprar ninguna radio*, le escribí. No puedo hacer más de lo que hago, le expliqué. Con estas mismas palabras.

¡Pero no era cierto! Podía haber hecho más. Pero le dije que no podía. Podía haberle comprado la radio que quería. ¿Qué me habría costado? ¿Treinta y cinco dólares? A lo sumo cuarenta, incluidos los impuestos. Podía habérsela mandado por correo. Podía haber hecho que se la mandaran directamente de la tienda, en caso de querer ahorrarme la molestia de enviársela yo mismo. O bien podía haberle mandado un cheque de cuarenta dólares con una nota que dijera: *El dinero para tu radio, madre.*

Podía habérmelo permitido, en cualquier caso. Cuarenta míseros dólares... Pero no lo hice. Me negué a desprenderme de ellos. Tenía la impresión de que en cierto modo se trataba de una cuestión de principios. Eso es lo que me dije entonces, al menos. Una cuestión de principios.

Ja.

¿Y qué sucedió luego? Que se murió. *Murió.* Volvía del supermercado, con las

bolsas de la compra, cuando se desplomó sobre los arbustos de una casa y se quedó allí muerta.

Cogí un avión y me presenté allí para ocuparme de los trámites. Su cuerpo seguía en el depósito, a disposición del forense. Vi su bolso y sus compras en la oficina, detrás del escritorio. No miré el interior del bolso que me tendían. Pero sí vi el contenido de las bolsas de la compra: un tarro de mermelada, dos pomelos, una cajita de queso fresco, patatas, cebollas y un paquete de carne picada que empezaba a adquirir una tonalidad oscura.

¡Dios mío!, me eché a llorar como un niño. Lloré y lloré como si no fuera a parar nunca. La mujer de detrás del escritorio, turbada, me trajo un vaso de agua. Me dieron una bolsa para las compras de mi madre y otra para sus efectos personales: el bolso y la dentadura postiza. Luego, me metí la dentadura en el bolsillo de la chaqueta, cogí el coche de alquiler y fui a entregársela a un empleado de la funeraria.

La luz de la cocina de Amanda sigue encendida. Es una luz muy viva que baña las hojas secas de fuera. Quizá Amanda es como yo y está asustada. Quizá ha dejado esa luz a modo de lamparilla nocturna. O quizá sigue despierta y está en la mesa de la cocina, bajo la luz, escribiéndome. Amanda me está escribiendo una carta que hará llegar a mis manos luego, cuando comience de verdad el día.

Ahora que lo pienso, nunca he recibido una carta suya. Tanto tiempo de amantes secretos —seis, ocho meses— y aún no he visto ni un solo trazo de su escritura. Ni siquiera sé si es una persona instruida en tal sentido.

Creo que lo es. Sí, seguro. Habla de libros, ¿no? Aunque no importa. Bueno, no mucho. La amo de todas formas, ¿no?

Pero tampoco yo le he escrito nada nunca. Siempre hemos hablado por teléfono, o cara a cara.

Molly, ella era la que escribía cartas. Solía escribirme incluso después de separarnos. Vicky traía las cartas del buzón y las dejaba sobre la mesa de la cocina sin decir una palabra. Luego las cartas se espaciaron, se hicieron cada día más escasas y más excéntricas. Cuando las leía me recorría el cuerpo un escalofrío. Hablaban constantemente de «auras» y «signos». De cuando en cuando me contaba que una voz le dictaba lo que tenía que hacer o adonde tenía que ir. Y una vez me dijo que, pasara lo que pasara, ambos seguíamos «en la misma frecuencia». Que ella siempre sabía lo que yo sentía. Que a veces «me irradiaba» cosas. Al leer sus cartas sentía un hormigueo en el vello de la nuca. Ahora al destino lo llamaba de otra forma: *karma*.

«Estoy siguiendo mi *karma*», me escribía. O bien: «Tu *karma* ha tomado un mal sesgo».

Me gustaría poder dormir, pero ¿cómo voy a acostarme ahora? La gente no tardará en levantarse. Pronto sonará el despertador de Vicky. Me gustaría subir al dormitorio, volver a acostarme junto a ella y decirle que lo siento, que ha sido un error, que lo olvidemos todo... Y luego dormirme y despertar con ella en mis brazos. Pero he perdido ese derecho. Estoy excluido de todo eso, y me está vedado el retorno. Pero pongamos que lo hago. Que subo al dormitorio y me meto en la cama junto a Vicky. Podría despertar y decirme: *Cabrón. No te atrevas a tocarme, hijo de perra.*

Pero ¿de qué habla? Jamás se me ocurriría tocarla. No de ese modo, no señor.

Unos dos meses después de dejarla, de irme de su lado, Molly se derrumbó. Sufrió un auténtico hundimiento (el que desde tiempo atrás venía gestándose). Su hermana se ocupó de que recibiera la asistencia necesaria. ¿Qué digo? *La internaron.* Tuvieron que hacerlo, dijeron. Internaron a mi mujer en un psiquiátrico. Para entonces yo ya vivía con Vicky, y hacía lo posible por dejar el whisky. No pude hacer nada por Molly. Quiero decir que ella estaba recluida, y yo aquí fuera, y que no habría podido sacarla de allí aunque hubiera querido. Pero el caso es que no quise. Estaba internada —decían— porque lo necesitaba. Nadie dijo nada acerca del destino. Las cosas habían ido mucho más lejos.

Y yo ni la visité siquiera. ¡Ni una sola vez! Entonces pensé que no podría soportar verla encerrada. Pero, santo cielo, ¿qué era yo? ¿Un amigo sólo para lo bueno? Habíamos pasado tanto juntos. Pero ¿qué diablos podía haberle dicho? *Siento mucho todo esto, cariño.* Sí, podía haberlo dicho, supongo. Pensé en escribirle, pero no lo hice. Ni una palabra. Aunque, puestos a ello, ¿qué podía haberle dicho en una carta? *¿Qué tal te tratan, pequeña? Siento que estés donde estás, pero no te rindas. ¿Te acuerdas de los buenos tiempos? ¿Te acuerdas de cuando éramos felices juntos? Siento mucho lo que te han hecho. Siento que se hayan puesto así las cosas. Siento que todo se haya vuelto pura basura.* Molly, lo siento.

No le escribí. Creo que lo que pretendía era olvidarla, hacer como si no existiera. ¿Molly qué?

Dejé a mi esposa y me fui a vivir con otra mujer, con Vicky. Ahora quizá he perdido también a Vicky. Pero a Vicky no la internarán en una institución de descanso para enfermos mentales. Es una mujer dura. Dejó a su primer marido, Joe Kraft, sin pestañear siquiera. No creo que la ruptura le hiciera perder ni una sola noche de

sueño.

Vicky Kraft-Hughes. Amanda Porter. ¿A esto es a lo que me ha llevado el destino? ¿A arruinar la vida de estas dos mujeres en esta calle, en este barrio?

Ya no hay luz en la cocina de Amanda. Se ha apagado cuando yo no miraba. La cocina está oscura, como el resto de la casa. Sólo la luz del porche sigue encendida. Amanda ha olvidado apagarla, imagino. Eh, Amanda...

Una vez, cuando Molly estaba internada y yo no estaba en mis cabales (he de admitirlo, yo también estaba loco), fui a casa de mi amigo Alfredo. Éramos unos cuantos; bebíamos y escuchábamos discos. Ya me tenía sin cuidado lo que pudiera pasarme. Me había pasado ya —pensaba— todo lo que podía pasarme. Estaba desequilibrado. Estaba perdido. Bien, el caso es que estaba en casa de Alfredo. Sus cuadros de aves y animales tropicales tapizaban todas las paredes de la casa, y había telas diseminadas por todos los cuartos —apoyadas contra patas de mesa, contra la librería de ladrillo y tablas, contra otros muebles y objetos— y apiladas en el porche trasero. Yo estaba sentado a la mesa de la cocina —la cocina le servía también de estudio— con una copa en la mano. A un lado, frente a la ventana que daba al callejón, había un caballete, y sobre una esquina de la mesa tubos de pintura retorcidos, una paleta y algunos pinceles. Alfredo se preparaba una bebida en el mostrador, a escasos palmos de donde yo estaba. Me encantaba la desastrada economía de aquel rincón de la casa. La música estéreo, a todo volumen, atronaba el apartamento de tal forma que las ventanas de la cocina trepidaban en los marcos. De pronto empecé a temblar. Primero me temblaron las manos, luego los brazos y los hombros. Los dientes empezaron a castañetearme. Mi mano no podía sostener el vaso.

—¿Qué te pasa, muchacho? —dijo Alfredo al volverse y verme en tal estado—. ¿Eh, qué es eso? ¿Qué te pasa?

No sabía cómo explicárselo. ¿Qué podía decirle? Pensé que me estaba dando un ataque de algo. Logré levantar los hombros, volví a dejarlos caer.

Entonces Alfredo se acercó, cogió una silla y se sentó a mi lado a la mesa. Puso su mano grande de pintor sobre mi hombro. Yo seguía temblando. Él percibía físicamente mi temblor.

—¿Qué te pasa, muchacho? Lo siento de veras, créeme. Sé que lo estás pasando mal.

Luego dijo que me iba a preparar un menudo. Que era un buen remedio para lo que me estaba pasando.

—Sienta bien a los nervios, muchacho —dijo—. Te calma en un abrir y cerrar de ojos.

Dijo que tenía todos los ingredientes para hacer un buen menudo, y que de todos modos tenía pensado prepararlo.

—Escúchame. Escucha lo que te digo, muchacho —me dijo—. Ahora yo soy tu familia.

Eran las dos de la madrugada, estábamos borrachos. Los demás estaban también borrachos por la casa y el estéreo sonaba a todo volumen. Pero Alfredo fue hasta la nevera y la abrió y sacó una serie de cosas. Cerró la puerta del frigorífico, abrió la del congelador y sacó un paquete helado. Luego buscó en los armarios. Sacó una gran cacerola de debajo de la pila. Todo listo.

Trozos de estómago de vaca. Empezó por poner los en unos cuatro litros de agua. Luego picó unas cebollas y las añadió al agua, que había empezado a hervir. Al rato añadió chorizo a la olla, y luego echó pimienta en grano y una pizca de chile en polvo. Luego vino el aceite de oliva. A continuación una gran lata de salsa de tomate. Agregó también unos dientes de ajo, unas rebanadas de pan blanco, sal y zumo de limón. Abrió una lata de maíz pelado y desecado y la vació en la olla. Una vez incorporados todos los ingredientes, bajó el fuego y la tapó.

Yo lo miraba. Seguía allí sentado, sin dejar de temblar, mientras Alfredo preparaba el menudo en su cocina. Cocinaba y hablaba —no le entendía una palabra de lo que decía—, y de vez en cuando sacudía la cabeza o se ponía a silbar entre dientes. De rato en rato aparecía alguien en busca de cerveza, pero Alfredo seguía cuidando atentamente su menudo. Era como si estuviera en el hogar, allá en Morelia, preparando el menudo familiar en Año Nuevo.

La gente se quedaba en la cocina durante un rato, bromeando, pero Alfredo no les seguía la corriente cuando le tomaban el pelo por ponerse a hacer menudo a aquellas horas de la madrugada. Acabaron, pues, por dejarnos solos. Más tarde, mientras Alfredo seguía junto al fuego con la cuchara en la mano, mirándome, me levanté despacio de la mesa. Salí de la cocina y entré en el cuarto de baño, y de allí pasé al cuarto de invitados, donde me acosté y me quedé dormido. Cuando desperté era media tarde. El menudo se había esfumado. La olla estaba en la pila, en remojo. ¡Habían dado buena cuenta del menudo de Alfredo! Lo habían devorado y se habían calmado. Se habían marchado todos: en la casa reinaba el silencio.

Después de aquella noche no volví a ver a Alfredo más que en un par de ocasiones. La vida nos llevó por derroteros distintos. ¿Y la otra gente? Quién sabe qué habrá sido de ella. Es muy probable que me vaya de este mundo sin haber probado el

menudo. Aunque nunca se sabe.

¿Es a esto a lo que se llega, al cabo? ¿A ser un cuarentón liado con la mujer del vecino, a depender de un airado ultimátum? ¿Qué clase de destino es ése? Una semana, dijo Oliver. Ahora tres días, a lo sumo cuatro.

Pasa un coche con los faros encendidos. El cielo va tomando un tono gris, y empiezan a oírse algunos pájaros. No puedo esperar más. No puedo seguir sentado, sin hacer nada... Se acabó. No puedo seguir esperando. He esperado y esperado, ¿y de qué me ha servido? El despertador de Vicky sonará muy pronto, Beth se levantará para ir al colegio, Amanda se despertará también... Al igual que todo el vecindario.

En el porche trasero encuentro unos viejos vaqueros y la parte de arriba de un chándal. Me cambio. Luego me pongo mis zapatillas blancas de lona. (Zapatillas «de borracho», las habría llamado Alfredo. ¿Dónde estás, Alfredo?).

Voy al garaje y cojo el rastrillo y unas bolsas grandes de plástico. Cuando rodeo la casa y llego al césped de la entrada con el rastrillo, listo para empezar, siento que ya no me queda otra alternativa. Amanece despacio, pero hay luz suficiente para lo que me dispongo a hacer. No lo pienso dos veces y me pongo a rastrillar. Rastrillo nuestro jardín palmo a palmo. Es importante que haga bien mi trabajo. Aprieto bien el rastrillo contra el césped y tiro con fuerza. El césped siente sin duda algo parecido a lo que sentimos nosotros cuando alguien nos tira del pelo. De cuando en cuando pasa un coche y aminora la marcha, pero yo no levanto la vista de mi trabajo. Sé lo que estarán pensando los conductores, pero se equivocan de medio a medio, no saben nada de nada. ¿Cómo van a saberlo? Me siento feliz rastrillando.

Acabo nuestro jardín y dejo la bolsa junto al bordillo de la acera. Luego empiezo a rastrillar el jardín de al lado, el de los Baxter. Al poco sale al porche en albornoz la señora Baxter. No le hago el menor caso. No me siento turbado, y tampoco quiero ser desagradable. Lo único que quiero es seguir con mi trabajo.

Ella permanece en silencio durante un rato, y luego dice:

—Buenos días, señor Hughes. ¿Qué tal está usted hoy?

Dejo lo que estoy haciendo y me paso el brazo por la frente.

—Termino en un momento —digo—. Espero que no le importe...

—No, claro que no —dice la señora Baxter—. Siga, siga.

Veo al señor Baxter de pie en el umbral de la puerta, a su espalda. Está vestido para el trabajo: pantalón, chaqueta sport y corbata. Pero no se decide a salir al porche. La señora Baxter se vuelve y mira al señor Baxter, que se encoge de hombros.

Está bien. Ya he terminado aquí, de todos modos. Hay otros jardines, y más importantes. Me arrodillo y, cogiendo el mango del rastrillo casi por la base, hago que entren en la bolsa unas cuantas hojas finales. Luego, después de atar la bolsa, no puedo evitar seguir allí, arrodillado sobre el césped con el rastrillo en la mano. Cuando levanto la mirada, veo cómo los Baxter bajan juntos los escalones del porche y vienen hacia mí por el césped mojado y fragante. Se detienen a unos pasos y me miran atentamente.

—Vaya —dice la señora Baxter. Sigue en albornoz y zapatillas. Hace fresco; se sujeta el cuello del albornoz con la mano—. Ha hecho usted un buen trabajo en nuestro jardín. Ya lo creo.

No digo nada. Ni siquiera digo «no hay de qué».

Siguen de pie frente a mí unos instantes. Ninguno de los tres dice nada. Es como si hubiéramos llegado a algún acuerdo tácito. Al cabo se dan la vuelta y se dirigen a la casa. Arriba, en lo alto del viejo arce (de donde caen todas esas hojas), los pájaros se lanzan trinos unos a otros. Eso es al menos lo que creo que hacen.

De pronto oigo cómo se cierra la puerta de un coche. El señor Baxter está ya en su coche en el camino de entrada, con la ventanilla bajada. La señora Baxter le dice algo desde el porche; el señor Baxter asiente con la cabeza despacio y vuelve hacia mí la mirada. Me ve de rodillas con el rastrillo, y algo ensombrece su semblante. Frunce el ceño. En sus mejores momentos, el señor Baxter es un hombre honrado, corriente. Un tipo a quien nadie tomaría por alguien especial. Pero *es* especial. Para mí lo es. Para empezar tiene en su haber toda una noche de sueño, y acaba de abrazar a su mujer antes de salir para el trabajo. Y se le espera en casa —antes incluso de que se haya marchado— al cabo de un determinado número de horas. En el gran fresco de los acontecimientos humanos, su vuelta a casa no será sino un acontecimiento ínfimo. Muy cierto. Pero un acontecimiento al fin y al cabo.

El señor Baxter pone el coche en marcha y calienta un poco el motor. Luego baja marcha atrás con suavidad, sale del jardín, frena y mete una velocidad. Al enfilarse la calle aminora la marcha y mira hacia mí fugazmente. Alza la mano del volante. ¿Un saludo o un gesto de rechazo? Un gesto, en cualquier caso. Y finalmente vuelve los ojos en dirección a la ciudad. Me incorporo y levanto también la mano (no es un gesto de adiós exactamente, pero casi). Pasan otros coches. Uno de los conductores debe de creer que me conoce, porque me dedica un amistoso toque de claxon. Miro a derecha e izquierda y cruzo la calle.

El elefante

Sabía que era un error dejarle aquel dinero a mi hermano. ¿Qué necesidad tenía yo de más deudores...? Pero me llamó y me dijo que no podía pagar el plazo de la casa. ¿Qué otra opción me quedaba? No había estado nunca en su casa (vivía en California, a mil quinientos kilómetros de distancia); ni siquiera la había visto, pero no quería que la perdiera. Lloraba en el teléfono, y decía que iba a perder lo que había conseguido en toda una vida de trabajo. Dijo que me devolvería el dinero. En febrero, dijo. Incluso antes. En marzo, a más tardar. Dijo que estaban a punto de devolverle cierta suma que Hacienda le había cobrado de más. Además —dijo—, había hecho una pequeña inversión que daría sus frutos en febrero. Se mostró reservado al respecto, y no quise presionarlo para que fuera más explícito.

—Confía en mí —dijo—. No te fallaré.

Se había quedado sin trabajo en julio del año anterior, cuando la empresa donde trabajaba —una fábrica de aislamientos de fibra de vidrio— decidió despedir a doscientos empleados. Había cobrado el paro durante un tiempo, pero ahora hasta el subsidio se le había acabado, al igual que sus ahorros. Se había quedado incluso sin seguro médico. Al perder el trabajo, perdió el seguro. Su mujer, diez años mayor que él, era diabética y necesitaba tratamiento médico. Habían tenido que vender el segundo coche —una vieja ranchera—, y hacía una semana que habían empeñado el televisor. Me dijo que tenía la espalda hecha polvo de cargar con el televisor de puerta en puerta. Se había recorrido todas las casas de empeños —dijo—, en busca de la oferta más alta, hasta que alguien le dio cien dólares por su Sony de pantalla grande. Me habló del televisor y de lo mal que tenía la espalda, como si de ese modo se asegurara mi implicación en sus problemas (a menos que yo, su hermano, tuviera un corazón de piedra).

—Estoy hasta el cuello —dijo—. Pero tú puedes ayudarme a salir de esto.

—¿Cuánto? —dije.

—Quinientos dólares. Me harían falta más, por supuesto, ¿a quién no? —dijo—. Pero quiero ser realista. Puedo devolver quinientos. Más, si quieres que sea sincero, no sé si podría. No sabes lo que odio tener que pedirte esto, hermanito. Pero eres mi último recurso. Irma Jean y yo nos quedaremos en la calle si nadie nos ayuda. No te fallaré.

Eso fue lo que dijo. Palabra por palabra.

Seguimos hablando unos minutos más —sobre todo de nuestra madre y sus problemas—, pero no quiero extenderme. El caso es que le mandé el dinero. Tuve que hacerlo. Me pareció que debía hacerlo, más bien (lo cual viene a ser lo mismo). Cuando le envié el cheque le escribí diciéndole que el dinero se lo devolviera a nuestra madre, que vivía en la misma ciudad y siempre estaba ávida de dinero y sin blanca. Yo llevaba ya tres años mandándole una mensualidad, hiciera sol o tronara. Y pensé que si mi hermano le pagaba el dinero que me debía yo podría desentenderme un tiempo, darme un pequeño respiro. No tendría que preocuparme del asunto en un par de meses. Y, para ser franco, también pensé que quizá había más probabilidades de que le pagase a ella, ya que vivían en la misma ciudad y se veían de cuando en cuando. Lo que quería era cubrirme un poco las espaldas. Porque, por mucho que mi hermano tuviera las mejores intenciones del mundo, a veces suceden cosas. La realidad a veces sale al paso de las buenas intenciones. Ojos que no ven, corazón que no siente, como vulgarmente se dice. Pero no sería capaz de dejar en la estacada a su propia madre. Eso no lo haría nadie.

Me pasé horas y horas escribiendo cartas para dejar bien claro el asunto. Lo que cada cual debía hacer. Telefoneé incluso varias veces a mi madre para explicárselo. Pero ella se mostró recelosa al respecto. Le expliqué que el dinero que tenía que enviarle a primeros de marzo y a primeros de abril se lo daría Billy, que me lo debía. Recibiría el dinero, no tenía que preocuparse. Esos dos meses recibiría el dinero de Billy y no de mí, eso era todo. Billy, en lugar de enviarme el dinero a mí para que yo se lo enviara a ella, le entregaría el dinero directamente. En cualquier caso, no debía preocuparse. Tendría su dinero, pero esos dos meses lo recibiría de él, porque me lo debía. Dios mío, no sé cuánto me gasté en conferencias. No sé las cartas que escribí (si me dieran medio dólar por cada una me haría rico), explicándole a él lo que le había dicho a ella y a ella lo que debía hacer él...

Pero mi madre no se fiaba de Billy.

—¿Y si no puede hacer frente a esos pagos? —me decía por teléfono—. ¿Entonces qué? Lo está pasando mal, y lo siento por él —decía—, pero, hijo mío, lo que yo quiero saber es qué va a pasar si no puede pagarme. ¿Eh? ¿Entonces qué?

—Entonces te lo daré de mi bolsillo —dije—. Como siempre. Si él no te lo da, te lo daré yo. Pero te lo dará. No te preocupes. Dice que va a hacerlo, y lo hará.

—No quiero preocuparme —dijo ella—. Pero me preocupo. Me preocupo por mis chicos, y luego por mí misma. Nunca imaginé que vería en tal situación a uno de mis hijos. Me alegro de que tu padre no viva para verlo.

En tres meses mi hermano le dio a mi madre sólo una pequeña parte de lo que se había comprometido a darle. Cincuenta dólares. O setenta y cinco, porque hay diferentes versiones. Dos versiones contrapuestas: la de él y la de ella. Pero eso es todo lo que pagó de los quinientos dólares: cincuenta o setenta y cinco, según a cuál de los dos quiera creerse. Tuve que poner lo que faltaba. Tuve que seguir rascándome el bolsillo, como de costumbre. Mi hermano estaba acabado. Eso es lo que me dijo —que estaba acabado— cuando le llamé para preguntarle qué pasaba, porque mamá me había llamado para saber qué había sido de su dinero.

Me había dicho:

—Hice que el cartero volviera a la furgoneta y mirara bien, por si tu carta se había caído detrás del asiento. Luego fui preguntando a los vecinos si les habían dejado por error alguna carta mía. Me está volviendo loca este asunto, cariño. —Luego añadió—: ¿Qué quieres que piense una madre en mi situación? —Y siguió preguntándose quién cuidaba de sus intereses en todo aquel asunto. Eso es lo que quería ella saber. Eso y cuándo recibiría su dinero.

Así que cogí el teléfono y llamé a mi hermano para saber si se trataba de una simple demora o una quiebra en toda regla. Billy, según él, estaba acabado. No tenía salvación. Iba a poner su casa en venta de inmediato. Y confiaba en no tener que precipitarse demasiado y acabar dándola a bajo precio. Ya no le quedaba en ella nada que vender. Lo había vendido todo menos la mesa y las sillas de la cocina.

—Ojalá pudiera vender mi sangre —dijo—. Pero ¿quién iba a comprármela? Con la suerte que tengo, seguro que me descubren una enfermedad incurable.

Naturalmente, su pequeña inversión no había dado ningún fruto. Cuando le pregunté por ella se limitó a responder que no se había materializado. Tampoco la devolución de Hacienda se había hecho realidad: la suma que debían devolverle había sido objeto de una especie de embargo.

—Las desgracias nunca vienen solas —dijo—. Lo siento, hermanito. Nada de esto habría pasado si hubiera estado en mi mano.

—Lo comprendo —dije yo.

Y era cierto. Pero no hacía más fáciles las cosas. Bien, el caso es que no me pagó lo que me debía. Ni a mí ni a mi madre, a quien hube de seguir mandándole su cheque

todos los meses.

Sí, me sentía dolido. ¿Y quién no? Lamentaba la situación de mi hermano de todo corazón. Ojalá la desgracia no hubiera llamado a su puerta. Pero ahora mi situación tampoco era muy halagüeña. En adelante, al menos, ya no volvería a acudir a mí sucediera lo que le sucediera. Nadie con esa deuda pendiente se atrevería a pedir más dinero. Eso es lo que me decía a mí mismo, pero cuán equivocado estaba.

Me dediqué con ahínco a mis ocupaciones. Me levantaba muy temprano e iba al trabajo y no paraba en toda la jornada. Cuando volvía a casa me dejaba caer en el sillón y ya no me movía. Estaba tan cansado que tardaba un rato en empezar a soltarme los cordones de los zapatos. Y seguía allí, hundido en el sillón. Sin fuerzas siquiera para levantarme a encender el televisor.

Lamentaba de veras los problemas de mi hermano. Pero yo también tenía problemas. Además de mi madre, tenía a otras personas en nómina. Mandaba dinero a mi ex mujer todos los meses. Tenía que hacerlo. Yo no quería, pero los jueces así lo dispusieron. Luego estaban mi hija y sus dos niños. Vivían en Bellingham, y todos los meses les mandaba algún dinero. Las criaturas tenían que comer, ¿no? Mi hija vivía con un indeseable que ni se molestaba en buscar trabajo, un tipo incapaz de conservar un empleo aunque se lo sirvieran en bandeja. Las escasas veces en que encontró algo (una o dos), se quedaba dormido por las mañanas, o se le averiaba el coche camino del trabajo, o le ponían de patitas en la calle, así, sin más explicaciones.

Una vez, muchos años atrás, cuando yo aún me tomaba estas cosas en serio, amenacé de muerte a ese parásito. Pero no viene al caso. Además, yo entonces bebía. Bueno, la cuestión es que el muy hijoputa sigue con mi hija.

Mi hija me escribía contándome que sólo se alimentaban de copos de avena. Ella y los niños. (Imagino que el tipo pasaba tanta hambre como ellos, pero ella se guardaba bien de mencionar su nombre en las cartas). Me decía que, si podía ayudarla hasta el verano, las cosas acabarían arreglándosele. Su situación iba a cambiar — estaba segura— cuando llegara el verano. Aun en caso de que nada saliera como esperaba —y no iba a ser así, porque tenía varias cosas en mente—, siempre podía conseguir trabajo en la fábrica de conservas de pescado. No estaba lejos de casa, y tendría que enlatar salmón vestida con mono y guantes y botas de goma. O podía vender refrescos, en un puesto al lado de la carretera, a la gente que hacía cola en coche para entrar en Canadá. Allí, metida en el coche ante la frontera en pleno verano, la gente tiene que estar sedienta, ¿no? Le quitarían de las manos cualquier bebida fría.

El caso es que, se decidiera por lo uno o lo otro, las cosas le irían bien cuando llegara el verano. Pero tendría que ir tirando hasta entonces, y ahí es donde entraba yo.

Sabía —me decía— que tenía que cambiar de vida. Quería valerse por sí misma, como todo el mundo. Quería dejar de considerarse una víctima. «No soy una víctima —me dijo una noche por teléfono—. Soy una mujer joven con dos hijos y un vago, un hijo de perra que vive conmigo. Como infinidad de mujeres. No me asusta el trabajo duro. Sólo necesito una oportunidad. Es todo lo que le pido al mundo».

Ella podía soportar las privaciones. Pero hasta que la suerte cambiase, hasta que la oportunidad llamase a su puerta, eran los niños quienes le preocupaban. Los niños siempre estaban preguntando cuándo iría a visitarlos el abuelito. En ese mismo momento estaban dibujando los columpios y la piscina del motel donde me había alojado en mi visita del año anterior. Pero el verano —siguió—, el verano era la fecha del cambio. Si podía aguantar hasta el verano, se acabarían los problemas. Las cosas cambiarían, estaba segura. Con un poco de ayuda mía podía conseguirlo.

«No sé qué haría sin ti, papá».

Ésas eran sus palabras. Casi se me partió el corazón. Por supuesto que tenía que ayudarla. Era una suerte que mi situación, por precaria que fuera, me permitiera echarle una mano. ¿No tenía yo un trabajo? Comparado con ella, con el resto de mi familia, yo tenía la vida solucionada. Comparado con ellos, vivía en Jauja.

Le mandé el dinero que me pedía. Le mandaba dinero siempre que me lo pedía. Y un día le dije que me sería más fácil mandarle un dinero, no mucho, pero dinero al fin y al cabo, a primeros de cada mes.

Sería algo con lo que podría contar, y sería *su* dinero, de nadie más. Suyo y de los niños. Esperaba que así fuera, al menos. Ojalá hubiera existido un medio de asegurarme de que el hijoputa que vivía con ella no pusiera la mano en una sola naranja, en un trozo de pan comprado con mi dinero. No era posible, claro. Así que no tenía otra opción que mandar el dinero y no preocuparme por el hecho de que aquel tipo pudiera darse un atracón a mi costa.

Mi madre y mi hija y mi ex mujer. He ahí las tres personas en nómina, sin contar a mi hermano. Pero mi hijo también necesitaba dinero. Cuando terminó la escuela secundaria hizo las maletas, dejó la casa de su madre y se fue a una universidad del Este. A un college de New Hampshire, nada menos. ¿Quién ha oído hablar de New Hampshire? Era el primero de la familia —de ambas ramas— al que se le ocurría ser universitario, así que todo el mundo pensó que era una excelente idea. Incluido yo, al principio. ¿Cómo iba a imaginar que acabaría costándome un ojo de la cara? Para sufragarse los estudios pidió créditos bancarios a diestro y siniestro. No quería

trabajar y estudiar al mismo tiempo. Eso fue lo que dijo. Y, claro, lo entiendo. En parte hasta me parece bien. ¿A quién le gusta trabajar? A mí no. Así que luego, cuando agotó su crédito después de pedir en todas partes y de financiarse incluso un año de estudios en Alemania, tuve que empezar a mandar dinero, y mucho. Al final, cuando le escribí que no podía seguir haciéndolo, me contestó que si tal era mi posición al respecto, lo que haría sería traficar con drogas o atracar un banco, o cualquier otra cosa con la que conseguir dinero para seguir viviendo. Y que me podría considerar afortunado si no le mataban a tiros o le metían en la cárcel.

Le escribí y le dije que había cambiado de opinión, que le mandaría algo más de dinero. ¿Qué otra cosa podía hacer? No quería que su sangre me salpicara las manos. No quería imaginar a mi hijo en un coche celular, o en algún trance aún peor. Bastantes cosas tenía sobre mi conciencia como para cargar con una más.

Eso hacen cuatro personas. Sin contar a mi hermano, que aún no figuraba entre los hijos. Era para volverse loco. Le daba vueltas al asunto día y noche. No podía dormir. Estaba mandándoles todos los meses casi la totalidad de mi paga. No hace falta ser un genio o saber mucho de economía para comprender que aquello no podía continuar. Tuve que pedir un préstamo al banco para hacer que mis cuentas cuadraran. Ello supuso otro pago mensual.

Así que empecé a reducir gastos. Dejé de comer fuera, por ejemplo. Como vivía solo me gustaba comer fuera, pero tuve que dejar de hacerlo. Me veía obligado a controlar mis salidas al cine. No podía comprarme ropa o arreglarme la dentadura. El coche se caía a pedazos. Necesitaba zapatos...

A veces me sentía harto y les escribía a los cuatro amenazándoles con cambiarme de nombre y dejar mi trabajo. Les decía que estaba planeando marcharme a Australia. Y el caso es que hablaba en serio cuando decía lo de Australia, por mucho que fuera un país del que no supiera ni una palabra. Lo único que sabía de Australia era que estaba en la otra punta del mundo, y era precisamente allí donde yo quería estar.

Pero en el fondo ninguno de ellos creía que me fuera a marchar a Australia. Me *tenían*, y lo sabían. Sabían que estaba al borde de la desesperación, y lo sentían y me lo hacían saber. Pero confiaban en que las aguas se calmaran antes de primeros de mes, cuando tuviera que sentarme a rellenar sus cheques.

En respuesta a una de mis cartas en la que hablaba de emigrar a Australia, mi madre me escribió diciendo que no quería seguir siendo una carga, y que tan pronto como se le pasara la hinchazón de las piernas iba a ponerse a buscar trabajo. Tenía setenta y cinco años, pero quizá podría volver a trabajar de camarera. Le escribí diciendo que no dijera bobadas. Que me alegraba poder ayudarla. Y era cierto. Me

alegraba. Lo que necesitaba era que me tocara la lotería.

Mi hija sabía que lo de Australia no era más que una forma de decir a todo el mundo que estaba harto. Sabía que lo que necesitaba era un respiro, y algo que me levantara el ánimo. Así que me escribió para decirme que iba a buscar a alguien que cuidara de los niños y que se pondría a trabajar en la fábrica de conservas en cuanto empezara la temporada. Era joven y fuerte, decía. Sería capaz de aguantar las jornadas de doce a catorce horas, siete días a la semana. No había problema. Bastaba con decirse a sí misma que podía hacerlo, mentalizarse, y su cuerpo respondería. Claro que tendría que encontrar una niñera adecuada. Y ahí iba a estar el problema. Tendría que ser una niñera muy especial, porque serían muchas horas y los niños estaban insoportables, cosa nada extraña viendo la cantidad de golosinas que devoraban diariamente. Pero qué se iba a hacer, a los niños les encantaban esas porquerías. De todas formas, si seguía buscando acabaría encontrando a la persona adecuada. Pero tendría que comprarse botas y ropa para el trabajo, y en eso es en lo que podría ayudarla yo.

Mi hijo me escribió diciendo que sentía mucho ser una de las causas de mi angustiada situación económica, y que sería mejor para los dos si acababa con todo de una vez por todas. Por si fuera poco, había descubierto que era alérgico a la cocaína. Cuando la esnifaba le lloraban los ojos y no podía respirar. No podría, pues, probar la mercancía con la que pensaba traficar. Así, su carrera como traficante de drogas se había visto truncada antes de empezar. Un tiro en la sien, eso era lo mejor que podía hacer para acabar con todo de una vez. O quizá ahorcarse. Se ahorraría la molestia de tener que conseguir una pistola. Y nos ahorraría a todos el precio de las balas. Por increíble que parezca, eso me decía en su carta. Adjuntaba una fotografía suya del verano anterior, cuando estudiaba en Alemania. Se le veía de pie bajo un gran árbol con gruesas ramas a unos palmos de la cabeza. Y sonreía.

Mi ex mujer no tenía nada que decir de mi hipotética emigración a Australia. ¿Para qué? Sabía que a primeros de mes recibiría su dinero, aunque tuviera que llegarle de Sydney. Si no le llegaba el cheque en la fecha estipulada, no tenía más que coger el teléfono y llamar a su abogado.

Así estaban las cosas cuando un domingo por la tarde, a principios de mayo, llamó mi hermano. Había abierto las ventanas y una agradable brisa corría por la casa. Tenía puesta la radio. La ladera de la colina, detrás de la casa, ya había verdeado. Pero cuando oí su voz al otro lado de la línea empecé a sudar. No había vuelto a saber de él desde el penoso asunto de los quinientos dólares, y no podía creer que me llamara para intentar otro sablazo. Pero empecé a sudar de todas formas. Me preguntó cómo

me iban las cosas, y le solté de inmediato el asunto de la «nómina» y demás. Le hablé de copos de avena, de cocaína, de fábricas de conservas, de suicidios, de atracos a bancos... y de cómo no podía ya ir al cine o comer fuera. Le dije que tenía un agujero en el zapato. Le hablé del dinero que mes tras mes tenía que mandarle a mi ex mujer. Nada era nuevo para él, por supuesto. Conocía perfectamente todo lo que le estaba contando. Me dijo que lo sentía en el alma. Seguí hablando. La conferencia la pagaba él. Pero, cuando le llegó el turno y me puse a escucharle, empecé a pensar: *¿Cómo te las vas a arreglar para pagar esta conferencia, Billy?* Y de pronto caí en la cuenta de que era yo quien iba a pagarla. Unos minutos, unos segundos más, y todo se habría consumado.

Miré por la ventana. El cielo estaba azul, salpicado por un puñado de nubes blancas. Sobre el cable del teléfono había unos cuantos pájaros. Me sequé la cara con la manga. No se me ocurría nada que añadir. Así que callé y me quedé mirando las montañas. Fue entonces cuando mi hermano dijo:

—Detesto pedirte esto, pero...

Al oírlo sentí que mi corazón caía en un abismo. Luego le oí formular su petición. Esta vez eran mil dólares. Me hizo saber ciertos detalles. Los acreedores se apiñaban a su puerta: ¡a su puerta! Las ventanas vibraban, la casa se estremecía bajo la violencia de sus puños: *pam, pam, pam...* No había escapatoria. Iban a tirarle la casa abajo.

—Ayúdame, hermano.

¿De dónde iba yo a sacar mil dólares? Agarré con fuerza el auricular, aparté la mirada de la ventana y dije:

—Pero si ni siquiera me devolviste el dinero que te presté la última vez... ¿Qué me dices de eso?

—¿No? —dijo él, como sorprendido—. Creía que sí. Quise hacerlo, al menos. Lo intenté, bien lo sabe Dios.

—Quedaste en darle ese dinero a mamá —dije—. Pero no lo hiciste. Tuve que seguir mandándole su cheque todos los meses, como siempre. Es el cuento de nunca acabar, Billy. Doy un paso adelante y dos atrás. Me estoy yendo a pique. Os estáis yendo a pique y vais a hundirme con vosotros.

—Le di *algo* —protestó él—. Le pagué una parte. Que conste. Le devolví parte de la deuda.

—Dijo que le diste cincuenta dólares. Nada más.

—No —dijo—. Le di setenta y cinco. Se ha olvidado de los otros veinticinco. Fui a verla una tarde y le di dos billetes de diez y uno de cinco. Se lo di así, en metálico, y se ha olvidado. Empieza a fallarle la memoria. Mira —dijo—, te prometo que esta vez

no te fallaré. Te lo juro por Dios. Calcula lo que te debo y súmalo a lo que te estoy pidiendo, y te mandaré un cheque por el total. Nos cambiamos los cheques. Y tú no cobres el mío en un par de meses. Es todo lo que te pido. Dentro de dos meses habré salido del apuro. Y podrás cobrarlo. El día uno de julio. Te lo prometo. No más tarde. Y esta vez puedo jurártelo. Hemos puesto en venta ese pequeño terreno que Irma Jean heredó hace un tiempo de su tío. Está casi vendido. El trato está cerrado. Sólo es cuestión de resolver un par de detalles y de firmar los papeles. Además, tengo un trabajo apalabrado. Es seguro. Tendré que hacer cuarenta kilómetros de ida y otros cuarenta de vuelta todos los días, pero no hay problemas. Dios mío, claro que no. Haría el triple si fuera necesario, y con gusto. Te digo que en dos meses tendré dinero en mi cuenta. Podrás cobrar el uno de julio. Todo lo que te debo. Cuenta con ello.

—Billy, te quiero —dije—. Pero tengo muchas cargas. Estoy ayudando a mucha gente últimamente, por si no lo sabes.

—Por eso no voy a fallarte —dijo—. Tienes mi palabra de honor. Puedes tener absoluta confianza. Te prometo que podrás cobrar mi cheque dentro de dos meses. No más tarde. Es todo lo que te pido, dos meses. No sé a quién acudir, hermanito. Eres mi última esperanza.

Hice lo que me pedía. Cómo no. Por increíble que parezca, aún tenía cierto crédito en el banco, así que pedí el dinero y se lo envié. Los cheques se cruzaron. Clavé el suyo con una chincheta en la pared de la cocina, junto al calendario y la foto de mi hijo bajo el árbol. Y me puse a esperar.

Seguí esperando. Mi hermano me escribió pidiéndome que no cobrara el cheque en la fecha convenida. «Espera un poco», me dijo. Habían surgido ciertos contratiempos. El trabajo que le habían prometido se había ido al traste en el último minuto. Y eso no era todo. También la venta del pequeño terreno de su mujer se había malogrado. Su mujer, en el último momento, se había echado atrás. El terreno llevaba en manos de la familia varias generaciones, y no tenía corazón para venderlo. ¿Qué podía hacer él? Era propiedad de su mujer, y su mujer no quería entrar en razón.

Hacia esas fechas telefoneó mi hija para decirme que les habían desvalijado la roulotte donde vivían. Se lo habían llevado absolutamente todo. Cuando volvió de su primera noche en la fábrica se encontró con la roulotte vacía. No habían dejado ni una mísera silla donde sentarse. También la cama se había esfumado. Iban a tener que dormir en el suelo, como gitanos.

—¿Dónde estaba el... tipejo ese en el momento del robo? —dije.

Había salido temprano a buscar trabajo, me explicó mi hija. Lo más seguro es que estuviera con los amigos. A ciencia cierta no lo sabía, como tampoco sabía dónde

estaba en aquel momento.

—Ojalá en el fondo del río —dijo.

Los niños estaban con la niñera en el momento del robo. Bueno, el caso es que si pudiera prestarle algo de dinero para comprar algunos muebles de segunda mano... Me lo devolvería en seguida, en cuanto cobrara la primera paga. Lo ideal sería que pudiera recibirlo antes del fin de semana —¿un giro telegráfico, quizá?—, porque así podría comprar lo más imprescindible.

—Han profanado mi rincón —dijo—. Me siento como si me hubieran violado.

Mi hijo me escribió desde New Hampshire para decirme que era de vital importancia que volviera a Europa. Que su vida misma dependía de ello. Iba a terminar sus estudios a finales del verano, pero a partir de ese momento no soportaría vivir en los Estados Unidos ni un día más. La nuestra era una sociedad materialista, y estaba sencillamente hartado. En nuestro país, decía, no se podía tener ninguna conversación en la que de un modo u otro no saliera a colación el *dinero*, y se sentía asqueado. Él no era un yuppie, y no quería llegar a serlo jamás. No era lo suyo. Y dejaría para siempre de importunarme si le prestaba el dinero suficiente para comprarse un billete para Alemania.

De mi ex mujer no tuve noticias. No tenía por qué. Ambos sabíamos a qué atenernos.

Mi madre me escribió contándome que hacía tiempo que tenía que prescindir de las medias de descanso que tanta falta le hacían, y que no podía ir a la peluquería a teñirse el pelo. Había pensado que ese año podría ahorrar algún dinero para los días difíciles por venir, pero las cosas no salían como esperaba. Veía claro que sus previsiones no iban a cumplirse.

—¿Y tú cómo estás? —me preguntaba luego—. ¿Y los demás? Espero que estéis bien.

Envié más cheques por correo. Luego crucé los dedos y esperé.

Una noche, mientras esperaba, tuve un sueño. Dos sueños, más exactamente. En la misma noche. En el primero mi padre estaba vivo y me llevaba montado sobre los hombros. Yo era un niño muy pequeño, de unos cinco o seis años. *Súbete aquí arriba*, me dijo. Y, cogiéndome de las manos, me alzó en el aire y me montó sobre sus hombros. Estaba a mucha altura del suelo, pero no tenía miedo. Él me sujetaba con fuerza. Los dos nos aferrábamos el uno al otro. Luego echó a andar por la acera. Quitó las manos de sus hombros y se las puse alrededor de la frente. *No me despeines*, dijo. *Puedes soltarme. Te tengo bien sujeto. No vas a caerte*. Al oírle decir esto, caí en la cuenta de la fuerza con que sus manos asían mis tobillos. Y entonces le solté la frente.

Liberé las manos y extendí los brazos a ambos lados. Los mantuve así para mantener el equilibrio. Mi padre siguió andando conmigo sobre los hombros. Yo hacía como si fuera montado en un elefante. No sé adonde íbamos. Quizá a la tienda a comprar algo, o quizá al parque, donde me sentaría en un columpio y se pondría a columpiarme.

Entonces me desperté, me levanté de la cama y fui al baño. Empezaba a amanecer; faltaba sólo una hora para que sonara el despertador. Pensé en hacer café y en vestirme. Pero decidí volver a la cama. No quería dormir. Pensaba quedarme echado un rato, con las manos bajo la nuca, mirando cómo llegaba el alba y quizá pensando un poco en mi padre, en quien no pensaba desde hacía muchos años. Mi padre no ocupaba ya ningún lugar en mi vida, ni en la vigilia ni en el sueño. Bien, el caso es que volví a acostarme. Pero no había pasado ni un minuto cuando volví a dormirme, y al hacerlo me sumergí en otro sueño. En él aparecía mi ex mujer, aunque en el sueño no era mi ex mujer. Seguíamos casados.

También estaban mis hijos. Eran pequeños, y comían una bolsa de patatas fritas. En el sueño, creía oler las patatas fritas y oír el ruido que hacían al quebrarse entre los dientes. Estábamos sobre una manta, y muy cerca había agua. Yo experimentaba una sensación de honda satisfacción y bienestar. Luego, de pronto, me vi en compañía de otra gente —gente que no conocía—, y al instante siguiente lanzaba violentas patadas contra la ventanilla del coche de mi hijo mientras le amenazaba de muerte, como hice en una ocasión, muchos años atrás. Él estaba dentro del coche y mi pie destrozaba el cristal. Y entonces abrí los ojos y me desperté. Estaba sonando el despertador. Alargué la mano y paré la alarma y seguí acostado unos minutos más, con el corazón como un caballo desbocado. En el segundo sueño alguien me había ofrecido whisky, y yo lo había bebido. Y eso era lo que me había asustado. El beber aquel whisky era lo peor que podía haberme sucedido. Era tocar fondo. Comparado con ello, lo demás era un juego de niños. Seguí allí echado unos instantes más, tratando de calmarme. Luego me levanté.

Hice café y me senté a la mesa de la cocina, frente a la ventana. Me puse a describir pequeños círculos sobre la mesa con la taza, y de nuevo pensé seriamente en Australia. Y entonces, repentinamente, imaginé lo que habría sentido mi familia cuando les amenacé con irme a vivir a Australia. Al principio debieron de quedarse mudos de asombro, y quizá un poco asustados. Pero luego —me conocían bien— probablemente se echaron a reír a carcajadas. Al pensar en ello, al imaginar su risa, no pude reprimir la mía. *Ja, ja, ja*. Tal era el sonido de mi risa allí en la mesa de la cocina: *ja, ja, ja*. Como si hubiera leído en alguna parte cómo reír.

¿Qué diablos pensaba yo hacer en Australia? Tenía tantas ganas de ir a Australia

como de ir a Tombuctú o a la Luna o al polo Norte. ¿Australia? No, santo cielo, no tenía el menor deseo de ir a Australia. Pero en cuanto lo comprendí, en cuanto comprendí que no iría a Australia —ni a ninguna otra parte—, empecé a sentirme mejor. Encendí otro cigarrillo y me serví más café. No había leche, pero me tenía sin cuidado. Podía pasar sin leche un día, no iba a morirme por eso. Al cabo de un rato metí en la fiambarrera el almuerzo y el termo recién lleno. Y salí de casa.

Era una mañana espléndida. El sol descansaba sobre las montañas, al otro lado de la ciudad, y una bandada de pájaros se desplazaba a través del valle. No me molesté en cerrar la puerta con llave. Recordaba lo que le había sucedido a mi hija, pero decidí que era igual, que de todas formas no tenía nada que mereciera la pena robarse. En casa no había nada de lo que no pudiera prescindir. Tenía un televisor, sí, pero estaba harto de ver la televisión y me harían un favor si entraban y se lo llevaban.

Me sentía bien, después de todo, y decidí ir andando al trabajo. No estaba muy lejos, y había salido muy temprano. Ahorraría un poco de gasolina, claro, pero no era ésa la razón más importante. Era verano, una estación efímera que pasa en un abrir y cerrar de ojos. El verano —no pude evitar recordarlo— era la época en la que todos creían que iba a cambiar su suerte.

Eché a andar por el borde de la carretera, y en un momento dado —no sabría decir por qué— empecé a pensar en mi hijo. Le deseé suerte, dondequiera que estuviese. Si había vuelto a Alemania para entonces —lo normal era que así fuera—, esperaba que se sintiera feliz. Aún no me había escrito para darme su dirección, pero no había duda de que tendría noticias tuyas muy pronto. Y mi hija... Que Dios la bendijera y protegiera. Confiaba en que le fueran bien las cosas. Decidí escribirle aquella misma noche para hacerle llegar todo mi aliento. Mi madre, por su parte, seguía con vida y gozaba de una salud bastante buena. Me sentí afortunado también en esto: si no surgía ningún contratiempo, viviría aún unos cuantos años.

Los pájaros cantaban; de cuando en cuando pasaban coches por la carretera. Buena suerte también a ti, hermano mío —pensé—. Espero que consigas esa seguridad económica que tanto ansias. Págame cuando la tengas. Y mi ex mujer, la mujer a quien en un tiempo amé tanto... Estaba viva, y estaba bien (que yo supiera, al menos). Le deseé felicidad. Pensé que, a fin de cuentas, todo podía ir mucho peor. En aquel momento, por supuesto, las cosas estaban mal para todos. La suerte nos había dado la espalda, eso era todo. Pero las cosas iban a cambiar pronto. Las cosas empezarían a arreglarse quizá en otoño. Había muchos motivos de esperanza.

Seguí andando. Luego me puse a silbar. Me sentía con derecho a hacerlo si tenía ganas. Empecé a mover los brazos al andar, pero la fiambarrera no me permitía marchar de forma equilibrada. Dentro llevaba bocadillos, una manzana y galletas. Además del termo, claro. Me detuve frente a Smitty's, un viejo café con grava en el aparcamiento y tablas sobre las ventanas. Un local clausurado desde que yo lo recordaba. Decidí dejar la fiambarrera en el suelo unos instantes. Así lo hice, y luego levanté los brazos, levanté los brazos a ambos lados hasta la altura de los hombros. Seguía así, como un pobre chiflado, cuando alguien tocó el claxon y entró con el coche en el aparcamiento. Cogí la fiambarrera del suelo y me acerqué al coche. Era George, un tipo al que conocía del trabajo. Se echó hacia un lado y me abrió la puerta del asiento delantero.

—Venga, sube, muchacho —dijo.

—Hola, George —saludé.

Subí y cerré la puerta. El coche aceleró al instante, e hizo que la grava saltara bajo sus ruedas.

—Te he visto —dijo George—. Sí, te he visto. Te estás entrenando para algo, no sé para qué. —Me miró y volvió a mirar la carretera. Conducía muy de prisa—. ¿Siempre vas con los brazos así por la carretera? —preguntó, y se echó a reír: *ja, ja, ja*. Luego pisó el acelerador.

—A veces —dije—. Bueno, depende. En realidad estaba quieto.

Encendí un cigarrillo. Me eché hacia atrás en el asiento.

—¿Qué cuentas? —dijo George.

Se puso un puro en la boca, pero no lo encendió.

—Poca cosa —dije—. ¿Y tú qué cuentas?

George se encogió de hombros. Luego sonrió. Ahora íbamos a gran velocidad. El viento azotaba el coche y silbaba en las ventanillas. George conducía como si fuera a llegar tarde al trabajo. Pero era temprano. Teníamos mucho tiempo, y se lo dije.

Pero él seguía pisando el acelerador. En lugar de tomar el desvío, seguimos carretera adelante en dirección a las montañas. George se quitó el puro de la boca y se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—He pedido un préstamo y he rectificado el motor de este cacharro —dijo.

Luego dijo que quería que viera algo. Pisó a fondo el acelerador. Me até el cinturón de seguridad y apreté los dientes.

—*Písale fuerte* —dije—. ¿A qué esperas, George?

Y fue entonces cuando volamos de verdad. El viento aullaba en las ventanillas. George llevaba el pie metido hasta el piso, y avanzábamos a todo gas. A velocidad de vértigo por la carretera en aquel enorme coche de motor rectificado aún por pagar.

Caballos en la niebla

Estaba una noche en mi estudio cuando oí algo en el pasillo. Levanté los ojos del trabajo y vi que un sobre se deslizaba por debajo de mi puerta. Era un sobre grueso, aunque no hasta el punto de no poder pasar por debajo de la puerta. Llevaba mi nombre escrito en el anverso, y contenía una carta que se suponía me había escrito mi mujer. Digo «se suponía» porque, aunque las quejas sólo podían provenir de alguien que se hubiera pasado veintitrés años observándome en un terreno cotidiano e íntimo, las acusaciones eran terribles y absolutamente discordantes con el carácter de mi mujer. Había además un dato de importancia decisiva: no era la letra de mi mujer. Pero, si la letra no era la de mi mujer, ¿de quién era aquella letra?

Ojalá hubiera conservado la carta; ahora podría reproducirla hasta la última coma, hasta el último e inclemente signo de admiración. Y ahora me estoy refiriendo al tono, y no sólo al contenido. Pero no la he conservado, y lo lamento. La he perdido, o se me ha traspapelado. Poco después del triste asunto que me dispongo a relatar, hice una limpieza de mi escritorio y cabe la posibilidad de que la tirase sin darme cuenta. Aunque no es propio de mí, porque normalmente no suelo tirar nada.

En cualquier caso, tengo una memoria excelente. Puedo recordar palabra por palabra lo que leo. Mi memoria es tal que en el colegio solían premiarme por mi facilidad para recordar nombres y fechas, inventos y descubrimientos, batallas, tratados, alianzas y demás. Siempre obtenía las notas más altas en los exámenes sobre hechos, y más tarde, en el llamado «mundo real», mi memoria me ha sido de gran utilidad. Por ejemplo, si ahora me pidieran que hablara del Concilio de Trento o del Tratado de Utrecht o de Cartago, la ciudad arrasada por los romanos tras la derrota de Aníbal (las legiones romanas sembraron de sal su suelo para que de ella no quedara ni el nombre), podría hacerlo. Si me preguntaran acerca de la Guerra de los Siete Años, de la Guerra de los Treinta Años, de la Guerra de los Cien Años, o simplemente de la Primera Guerra Silesia, podría ponerme a disertar con la mayor seguridad y el mayor

entusiasmo. Pueden preguntarme cualquier cosa sobre los tártaros, los papas del Renacimiento, el esplendor y la caída del Imperio otomano. Sobre la batalla de las Termopilas, la de Shiloh, o sobre los explosivos Maxim. ¿La batalla de Tannenberg? Nada más fácil. Los caballeros teutones mordieron el polvo ante el rey de Polonia. En Azincourt los arqueros ingleses decidieron la victoria. ¿Más ejemplos? Todo el mundo ha oído hablar de la batalla de Lepanto, el último gran combate naval dirimido entre navíos impulsados por galeotes. Esta batalla tuvo lugar en el Mediterráneo oriental en 1571, cuando la flota de los pueblos cristianos de Europa puso en fuga a las hordas árabes capitaneadas por el infame Alí Muezzin Zade, personaje aficionado a cortar con sus propias manos la nariz de sus prisioneros antes de requerir los oficios del verdugo. Pero ¿alguien recuerda que Cervantes peleó en ella y perdió la mano izquierda? Más ejemplos: las bajas francesas y rusas en Borodino fueron setenta y cinco mil en un solo día, el equivalente a las víctimas que ocasionaría el que un jumbo lleno de pasajeros se estrellara cada tres minutos desde el desayuno hasta la caída del sol. Kutuzov se replegó hacia Moscú. Napoleón se tomó un respiro, reagrupó sus tropas y continuó su avance. Entró en Moscú y ocupó el centro de la ciudad a la espera de Kutuzov, que jamás volvió a dejarse ver. El generalísimo ruso esperaba la llegada de la nieve y el hielo, que obligarían a Napoleón a iniciar su retirada hacia Francia.

Las cosas se me quedan en la cabeza. Las recuerdo. Así que cuando digo que puedo reproducir la carta —los fragmentos que leí, que enumeran las acusaciones contra mí—, quiero decir exactamente lo que digo.

La carta —una parte de ella— rezaba como sigue:

Querido:

Las cosas no van bien. De hecho, van mal. Han ido de mal en peor. Y sabes a lo que me refiero. Hemos llegado al final. Todo ha acabado entre nosotros. Y, sin embargo, cuánto me habría gustado que hubiéramos hablado acerca de ello.

Ha pasado mucho tiempo desde nuestras últimas conversaciones. Me refiero a conversaciones de verdad. Incluso después de casarnos seguimos hablando y hablando, en un continuo intercambio de informaciones e ideas. Cuando los niños eran pequeños —e incluso después, cuando se hicieron algo mayores— seguíamos encontrando tiempo para hablar. Era difícil, claro está, pero nos las arreglábamos, encontrábamos el tiempo. Lo inventábamos. Teníamos que

esperar a que se durmieran, o aprovechar cuando jugaban fuera o estaban con la niñera. Nos las arreglábamos. A veces llamábamos a la niñera exclusivamente para poder hablar. Otras nos quedábamos hablando toda la noche, hasta el amanecer. Bien. Las cosas suceden, lo sé. Las cosas cambian. Bill tuvo aquel problema con la policía, Linda quedó embarazada, etcétera. Nuestro plácido tiempo juntos se esfumó. Y poco a poco tus responsabilidades volvieron a absorberte. Tu trabajo llegó a ser lo más importante, y nuestro tiempo juntos acabó por agotarse. Luego, cuando nuestros hijos se fueron de casa, volvimos a tener tiempo para hablar. Nos teníamos el uno al otro de nuevo, pero cada vez teníamos menos de que hablar. Son cosas que pasan, diría el filósofo. Y es cierto. Son cosas que pasan. Pero nos han pasado a nosotros. En cualquier caso, nada de reproches. Nada de reproches. No es ése el motivo de esta carta. Quiero hablar de nosotros. Quiero hablar del ahora. Ha llegado la hora, ya ves, de admitir que ha sucedido lo imposible.

De admitir la derrota. De disculparse. De...

Llegué hasta aquí y dejé de leer. Algo no cuadraba. Había gato encerrado en aquella carta. Los sentimientos expresados en ella podían, sí, ser los de mi mujer (quizá lo eran, digamos que lo eran, admitamos que sus sentimientos fueran ésos). Pero *no era su letra*. Soy la persona más indicada para decirlo. En lo que concierne a la letra de mi mujer, me considero un experto. Pero, si no era su letra, ¿quién diablos había escrito aquella carta?

Debería decir algo sobre nosotros y nuestra vida en aquella casa. En la época de la que escribo vivíamos en una casa que habíamos alquilado para el verano. Yo acababa de recuperarme de una dolencia que me había retrasado en la mayoría de los trabajos que quería haber terminado aquella primavera. Si exceptuamos uno de los lados, estábamos rodeados por prados, bosques de abedules y colinas bajas y ondulantes..., una «vista territorial», en palabras del corredor de fincas que nos la describió por teléfono. Ante la casa había una zona de césped crecido y descuidado (falta de interés por mi parte) y un largo camino de grava que iba a dar a la carretera. Más allá de ella se alzaban las lejanas cimas de unas montañas. De ahí quizá la frase «vista territorial», ya que se trataba de una vista que se apreciaba tan sólo desde una gran distancia.

Mi mujer no tenía amistades en la comarca. No nos visitaba nunca nadie. Yo, con

franqueza, agradecía esa soledad, pero ella era mujer habituada a los amigos, al trato con propietarios y encargados de establecimientos comerciales. Allí, en el campo, éramos sólo ella y yo, y debíamos valemnos por nosotros mismos. Hubo un tiempo en el que una casa en el campo había sido nuestro ideal, la forma de vida que habíamos *codiciado*. Pero hoy veo que la idea no era tan buena. No, no lo era.

Nuestros dos hijos se habían ido hacía mucho tiempo. De cuando en cuando nos llegaba una carta de alguno de ellos. De Pascuas a Ramos —en alguna fecha señalada, pongamos— telefoneaban (a cobro revertido, naturalmente, pues mi mujer aceptaba el cargo de mil amores). Esta aparente indiferencia filial era a mi juicio una de las causas primeras de la tristeza e insatisfacción general de mi mujer, insatisfacción que —he de admitir— no había yo advertido sino vagamente antes de nuestro traslado al campo. En cualquier caso, verse en un medio rural después de tantos años de vivir cerca de un centro comercial y de la parada del autobús, con el teléfono a mano para llamar en cualquier momento a un taxi, debió de ser duro para ella, muy duro. Pienso que su *declive*, como diría un historiador, fue acelerado un tanto por nuestro traslado al campo. Creo que fue a partir de entonces cuando empezó a perder pie. Claro que hablo desde una óptica retrospectiva, y tal óptica siempre tiende a conformar lo obvio.

No sé qué más puedo decir en relación con el asunto de su letra. ¿Qué más puedo decir sin comprometer mi credibilidad? Estábamos solos en casa. Que yo sepa, en ella no había nadie que pudiera haber escrito aquella carta, y sin embargo hoy sigo convencido de que no era su letra la que llenaba las cuartillas de la carta. No en vano llevaba viendo la letra de mi mujer desde mucho antes de que se convirtiera en mi esposa. Mi conocimiento de ella se remontaba a lo que podíamos llamar nuestra prehistoria, cuando siendo aún adolescente partió para un internado con su uniforme gris y blanco. Durante su ausencia me escribió todos los días, y estuvo ausente dos años, sin contar las fiestas y las vacaciones de verano. En el curso de nuestra relación, y computando nuestras separaciones y los breves períodos de tiempo que pasé en el hospital o en viajes de negocios, calculo —y es un cálculo muy moderado— que llegó a escribirme entre mil setecientas y mil ochocientas cincuenta cartas, para no mencionar los cientos, quizá miles, de notas informales («Cuando vuelvas no olvides recoger lo de la tintorería, y comprar algo de pasta verde en Corti Bros»). Reconocería su letra en cualquier punto del globo. Necesitaría sólo unas cuantas palabras. Tengo la certeza de que si estuviera en Jaffa o en Marrakech y encontrara una nota escrita por mi mujer en un mercado, reconocería su letra al primer golpe de vista. Me bastaría incluso una palabra. La palabra «hablar», por ejemplo. ¡Nadie la escribiría como ella! Pero si la carta no la escribió ella, he de admitir que no tengo la menor idea de quién

pudo escribirla.

En segundo lugar, mi mujer jamás subrayaba las palabras para hacer hincapié en su significado. Jamás. No recuerdo ni una sola vez en que lo hiciera; ni en nuestra vida de casados ni en las innumerables cartas que me envió siendo soltera. Aunque se podría objetar —no sin razón, supongo— que es algo que puede sucederle a cualquiera. Es decir, que cualquiera en una situación absolutamente atípica, *bajo la presión del momento*, podría llegar a hacer algo inopinado por completo, como trazar una línea, un mero atisbo de trazo, debajo de una palabra, o incluso de una frase entera.

Me atrevería incluso a afirmar que la carta en cuestión (hago la salvedad de que no llegué a leerla íntegra, y de que ya no podré hacerlo porque no la encuentro) es falsa de principio a fin. No me refiero a falsa en el sentido de «no cierta». Algo hay quizá de verdad en las acusaciones. No quiero ser puntilloso. No quiero parecer mezquino al respecto; ya salgo bastante malparado en tal sentido. No. Lo que quiero decir, lo único que pretendo decir, es que, si bien los sentimientos expresados en la carta pudieran ser los de mi mujer y encerrar *cierta* verdad —ser, por así decir, legítimos—, la fuerza de las acusaciones dirigidas contra mi persona se vería mermada, si no minada, anulada incluso, por el hecho de que ella *no escribió* la carta. O, en caso de que la escribiera, ¿por no haberlo hecho con su propia letra! Y es esa falsedad la que suscita mi avidez de hechos. Y hechos, como es lógico, puedo reseñar algunos.

La noche en cuestión cenamos con cierto laconismo aunque amablemente, como de costumbre. De vez en cuando yo alzaba la mirada y sonreía para mostrarle mi gratitud por los deliciosos platos: salmón cocido, espárragos frescos, *pilaf* con almendras. Teníamos puesta la radio en el otro cuarto, y nos llegaba una música suave: una suite de Poulenc que yo había escuchado por primera vez —en grabación digital— cinco años atrás en San Francisco, en un apartamento de Van Ness Avenue, durante una tormenta.

Cuando acabamos de cenar, después del postre y el café, mi mujer dijo algo que me produjo cierto asombro.

—¿Vas a quedarte luego en tu estudio? —preguntó.

—Claro —respondí—. ¿Qué pensabas?

—Quería saberlo, eso es todo.

Cogió su taza y sorbió un poco de café. Pero evitó mirarme, pese a mis intentos

por captar su mirada.

¿*Vas a quedarte luego en tu estudio?* No era una pregunta en absoluto propia de ella. Hoy me pregunto por qué diablos no seguí el hilo de aquel interés extemporáneo. Si alguien conocía mis hábitos, ese alguien era ella. Pero creo que para entonces ya lo tenía todo decidido. Creo que al formular aquella pregunta misma ya me ocultaba algo.

—Claro que voy a quedarme luego en mi estudio —repetí, acaso con un punto de impaciencia.

No dijo nada más, y yo también guardé silencio. Tomé el café que quedaba en la taza y me aclaré la garganta.

Ella alzó la cabeza y me miró a los ojos un instante. Luego asintió con un gesto, como si hubiéramos convenido algo (lo cual, obviamente, no era cierto). Luego se levantó y empezó a recoger la mesa.

Tuve la impresión de que la cena, en cierto modo, terminaba con una nota discordante. De que faltaba algo —unas palabras, quizá— que pusiera broche al momento e hiciera que las cosas volvieran a su curso.

—Tenemos niebla —dije.

—¿Sí? No me había dado cuenta —dijo ella.

Pasó un trapo de cocina por el cristal de la ventana de encima de la pila y miró afuera. Durante unos instantes no dijo nada. Luego —de forma un tanto misteriosa, o al menos me lo parece ahora— dijo:

—Sí. Hay mucha niebla. Una niebla muy espesa, ¿no crees?

No dijo nada más. Luego bajó la mirada y se puso a fregar los platos.

Yo seguí en la mesa unos minutos más, y al cabo dije:

—Bueno, me voy a mi estudio.

Sacó las manos del agua y las puso sobre el escurridor contiguo a la pila. Creí que iba a decirme unas palabras de ánimo en relación con mi trabajo, pero no lo hizo. No abrió la boca. Era como si esperara a que me fuera de la cocina para poder disfrutar de su propia intimidad.

Estaba trabajando en mi estudio, como he dicho, cuando vi aparecer la carta por debajo de la puerta. Empecé a leerla y al rato había leído lo bastante para poner en duda la autenticidad de su letra y preguntarme cómo era posible que se hubiera estado ocupando de las cosas de la casa y al mismo tiempo me hubiera escrito aquellas cuartillas. Antes de proseguir la lectura, me levanté y fui hasta la puerta, quité el pestillo, la abrí e inspeccioné el pasillo con la mirada.

Aquella parte de la casa estaba sumida en la oscuridad. Pero asomé con cautela la

cabeza y vi que había luz en la sala, al otro extremo del pasillo. La radio, como de costumbre, sonaba muy baja. ¿Por qué vacilaba? A excepción de la niebla, era en apariencia una noche como tantas. Pero había algo más, *se estaba fraguando algo*. Y en el instante mismo en que lo presentí tuve miedo (¿no es increíble?, ¿en mi propia casa!) de recorrer el pasillo para cerciorarme de que todo estaba en orden. Si algo no marchaba bien, si mi mujer estaba padeciendo —¿cómo decirlo?— alguna dificultad de cualquier tipo, más valía hacer frente a la situación antes de que pudiera empeorar, y no perder más tiempo en el necio empeño de leer lo que me decía con una letra ajena.

Pero no pude decidirme a investigar. Tal vez quería evitar un ataque frontal. En cualquier caso, retrocedí y cerré la puerta con llave, y volví a la lectura de la carta. Pero ahora estaba furioso al ver cómo malgastaba la velada en aquel asunto estúpido e inexplicable. Empezaba a sentirme *inquieto* (creo que es la palabra exacta). Y al coger de nuevo la carta para seguir leyendo sentí que se me revolvía el estómago.

A nosotros —nosotros: tú y yo— se nos ha pasado ya la hora de poner las cartas sobre la mesa. Tú y yo. Lanzarote y Ginebra. Abelardo y Eloísa. Troilo y Cresida. Píramo y Tisbe. Joyce y Nora Barnacle. Etcétera. Sabes bien de qué hablo, cariño. Llevamos juntos mucho tiempo: en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, en los males del vientre y los males de ojo-oído-nariz-garganta, en los días de dicha y en los de desdicha... ¿Y ahora? Bien, no sé qué otra cosa puedo decir sino la verdad: no puedo soportarlo más.

Al llegar a este punto dejé caer la carta y fui de nuevo hasta la puerta, decidido a poner las cosas en claro de una vez por todas. Quería una explicación, y la quería de inmediato. Estaba —creo— *hecho una furia*. Pero entonces, nada más abrir la puerta, me llegó un susurro de la sala. Era como si alguien estuviera en el teléfono tratando de decir algo y haciendo lo imposible para no ser escuchado. Y luego oí cómo colgaban el auricular. Eso fue todo. Después todo volvió a ser *normal*: la casa silenciosa, sin otro eco que el sonido suave de la radio. Pero había oído una voz.

En lugar de ira, empecé a sentir pánico. Examinaba el pasillo y el miedo crecía en mi interior. Todo estaba igual que antes: la luz en la sala de estar, el sonido tenue de la radio... Avancé unos pasos y me detuve a escuchar. Esperaba oír el rítmico, tranquilizador entrecuchar de sus agujas de hacer punto, o el pasar de una página...

Pero no llegó a mis oídos nada parecido. Avancé unos pasos más hacia la sala, y entonces —¿cómo podría explicarlo?— perdí el valor, o la curiosidad. Y fue en ese momento cuando oí *el callado sonido de un tirador que gira*, e inmediatamente después el inconfundible ruido amortiguado de una puerta que se abre y cierra suavemente.

Mi primer impulso fue correr hacia la sala y llegar de una vez por todas al fondo del asunto. Pero no quería actuar impulsivamente y correr el riesgo de ponerme en evidencia. No soy un hombre impulsivo, así que preferí esperar. Pero en casa *ocurría* algo. Algo se estaba fraguando, no había la menor duda; mi deber, pues —para mi propia tranquilidad espiritual y, cómo no, para la seguridad de mi mujer, acaso comprometida—, era actuar. Pero no lo hice. No pude. Era el momento, pero vacilé. Y de pronto fue demasiado tarde. El momento para una acción decisiva había pasado; no era posible ya hacer que volviera. Así vaciló Darío en la batalla de Gránico, y la indecisión que le llevó a no actuar le costó cara. Alejandro Magno embistió contra él desde todos los flancos y le infligió una colosal derrota.

Volví a mi estudio y cerré la puerta. Pero *el corazón me latía atropelladamente*. Me senté en mi silla y, aún tembloroso, reanudé la lectura de la carta.

Pero he aquí algo curioso. En lugar de leerla de principio a fin, o de seguir allí donde la había dejado, cogía cuartillas al azar y las ponía bajo la luz de la lámpara y leía una línea aquí y otra allá. Ello me permitió ir yuxtaponiendo las imputaciones contra mí hasta que la relación de cargos —que recordaba el informe de un fiscal— adquirió un carácter distinto y más aceptable, pues al perder la cronología perdía asimismo parte de su contundencia.

Bien. Así, saltando de cuartilla en cuartilla, una línea aquí, otra línea allá, leí a trompicones algo (un texto que en otras circunstancias habría resultado una suerte de compendio) que rezaría como sigue:

... retrocediendo más y más hasta llegar a... algo bastante ínfimo, pero... polvos de talco esparcidos por todo el cuarto de baño, incluidas paredes y zócalos... un caparazón... para no hablar del hospital psiquiátrico... hasta que finalmente... una opinión equilibrada... la tumba. Tu trabajo... ¡Por favor! Dame un respiro... Nadie, ni siquiera... ¡Ni una palabra más al respecto...! Nuestros hijos... pero la verdadera cuestión... eso sin mencionar la soledad... ¡Santo cielo! ¡Hay que ver! Quiero decir que...

De pronto oí claramente cómo se cerraba la puerta principal. Dejé caer las cuartillas sobre la mesa y corrí a la sala. No me llevó mucho tiempo comprobar que mi mujer no estaba en casa. (Es una casa pequeña: dos dormitorios; a uno de ellos lo denomino unas veces «mi estudio» y otras «mi cuarto»). Pero he de hacer constar lo siguiente: *estaban encendidas todas las luces*.

Había una pesada niebla en el exterior, una niebla tan densa que al mirar por la ventana apenas lograba ver el camino de la entrada. La luz del porche estaba encendida, y al borde de los escalones había una maleta. Era la maleta de mi mujer; la maleta en la que había traído sus cosas cuando nos trasladamos a la casa. ¿Qué diablos estaba sucediendo? Abrí la puerta. Súbitamente (no encuentro otra manera de contarlo: lo contaré tal como fue) surgió un caballo de la niebla. Y luego —un instante después, mientras lo miraba, estupefacto— otro caballo. Ambos se pusieron a comer el césped de nuestro jardín. Vi a mi mujer al lado de uno de ellos, y la llamé por su nombre.

—Sal, ven aquí —dijo ella—. Mira esto. ¿No es lo más asombroso que has visto en tu vida?

Estaba junto a aquel caballo enorme, y le acariciaba el ijar. Vestía sus mejores galas, y se había puesto zapatos de tacón y un sombrero. (No la había visto con sombrero desde el entierro de su madre, tres años atrás). Avanzó un par de pasos y pegó la cara contra las crines del caballo.

—¿De dónde vienes, grandullón? —dijo—. ¿De dónde vienes, cariño?

Luego, mientras yo la miraba, se echó a llorar sin despegar la cara de las crines.

—Eh, eh —dije, y empecé a bajar los escalones. Fui hasta ellos y acaricié al caballo; luego la toqué a ella en el hombro, pero se apartó. El caballo lanzó un bufido, alzó la cabeza un instante y se puso a pastar de nuevo en nuestro jardín—. ¿Qué es lo que te pasa? —le dije a mi mujer—. Por el amor de Dios, ¿qué diablos pasa aquí?

No respondió. El caballo avanzó unos pasos y siguió pastando en nuestro jardín. El segundo caballo mordisqueaba también el césped. Mi mujer, que se había desplazado con el primero, seguía pegada a sus crines. Puse una mano en el cuello del caballo, y una oleada de energía me recorrió el brazo hasta el hombro. Me estremecí. Mi mujer seguía llorando. Me sentí impotente, pero también asustado.

—¿Puedes decirme qué es lo que pasa? —pregunté—. ¿Por qué estás vestida así? ¿Qué hace esa maleta en el porche? ¿De dónde han salido estos caballos? Por el amor de Dios, ¿puedes decirme lo que pasa?

Mi mujer se puso a tararear una tonada. ¡Se la tarareaba al caballo! Luego dejó de hacerlo, y me dijo:

—No has leído mi carta, ¿verdad? Puede que le hayas echado una ojeada, pero no la has leído. ¡Admítelo!

—Sí, la he leído —dije. Mentía, sí, pero era una mentira inocua. Una mentira a medias. (Quien esté libre de culpa que arroje la primera piedra.)—. Pero dime qué es lo que pasa aquí.

Mi mujer volvió la cabeza y hundió la cara en las crines oscuras y húmedas. Oí cómo el caballo mascaba con ruido la hierba. Aspiró el aire por los ollares y soltó un bufido.

Mi mujer empezó:

—Había una chica, ¿sabes? ¿Me escuchas? Y esa chica amaba a un chico con locura. Lo amaba más que a sí misma. Pero el chico..., bueno, se hizo mayor. No sé lo que le sucedió. Pero tuvo que sucederle algo. Se volvió cruel sin querer ser cruel y...

No alcancé a oír el final porque en ese preciso instante emergió de la niebla un coche que enfiló hacia nosotros por el camino de entrada, con los faros encendidos y una centelleante luz azul sobre el techo. Segundos después le siguió un camión que remolcaba lo que me pareció —no podía verlo bien a causa de la niebla— un furgón para el transporte de caballos. (Aunque en realidad podía haber sido cualquier cosa: un horno móvil gigantesco, por ejemplo). El coche subió hasta el césped y se detuvo. El camión llegó detrás y paró a su lado. Ambos siguieron con los faros encendidos y el motor en marcha, y ello acentuaba el aura de irrealidad y de misterio del momento. Un hombre con sombrero de vaquero —un rancharo, pensé— se apeó del camión, se subió el cuello de la zamarra de piel de oveja y empezó a silbar a los caballos. Luego se bajó del coche un hombre corpulento, de mayor envergadura que el rancharo, con impermeable y sombrero de vaquero. Llevaba el impermeable abierto, y alcancé a verle una pistola al cinto. Debía de ser un ayudante del sheriff. Pese a todo lo que pasaba a mi alrededor, y a la inquietud que sentía, me pareció *digno de ser consignado* el hecho de que ambos llevaran sombrero. Me pasé la mano por el pelo y lamenté no llevar también yo un sombrero.

—He llamado a la oficina del sheriff hace un rato —dijo mi mujer—. En cuanto he visto los caballos. —Se quedó callada unos segundos, y al cabo continuó—: Al final no vas a tener que llevarme en coche a la ciudad. Te hablé de ello en la carta. La carta que has leído. Te decía que necesitaba que me llevaras a la ciudad. Pero podré ir, creo, con uno de estos caballeros. No he cambiado de opinión en nada de lo que te he dicho. Mi decisión es irrevocable. ¡Mírame!

Yo estaba mirando cómo los dos hombres acorralaban a los caballos. El ayudante del sheriff alumbraba con la linterna mientras el rancharo hacía subir a un caballo por

una pequeña rampa que ascendía hasta el furgón. Me volví para mirar a aquella mujer que ya no conocía.

—Te dejo —dijo—. Eso es lo que pasa. Me voy a la ciudad esta misma noche. Voy a volar con mis propias alas. Te lo explico todo en la carta que has leído.

Mi mujer, como ya he dicho, jamás subrayaba palabras en sus cartas, pero en aquel momento (se había secado ya las lágrimas) hablaba como si una de cada dos de las palabras que salían de sus labios llevara en sí tal énfasis que mereciera ir subrayada.

—¿Pero *qué mosca* te ha picado? —me oí decir, como si tampoco yo pudiera evitar subrayar con el tono algunas de mis palabras—. ¿Por qué *haces* esto?

Sacudí la cabeza. El rancharo hacía subir al furgón al segundo caballo. Lanzaba agudos silbidos, batía palmas, gritaba «¡So! ¡So, condenado! ¡Atrás ahora, atrás!».

El ayudante del sheriff vino hasta nosotros con un tablero de pinza bajo el brazo y una gran linterna en la mano.

—¿Quién ha llamado? —preguntó.

—Yo —contestó mi mujer.

El ayudante del sheriff la examinó detenidamente. Dirigió la luz hacia los altos zapatos de tacón; luego fue subiéndola hasta el sombrero.

—Se ha puesto de tiros largos —observó.

—Abandono a mi marido.

El ayudante del sheriff asintió con la cabeza, como en señal de entendimiento. (¡Pero no entendía, no podía entender!).

—No iré a darle ningún problema, supongo —dijo, dirigiéndose a mi mujer. Me enfocó la cara y movió el haz de luz con rapidez de arriba abajo. Y añadió, hablándome ya a mí—: No lo hará, ¿verdad?

—No —dije—. Ningún problema. Pero me duele que...

—Estupendo —zanjó él—. Pues no se hable más del asunto.

El rancharo cerró la puerta trasera del furgón y echó el cerrojo. Luego vino hacia nosotros a través del césped húmedo, que le llegaba hasta lo alto de las botas.

—Quiero darles las gracias por llamar —dijo—. Muchísimas gracias. Hay una niebla muy espesa. Si llegan a meterse en la carretera principal habrían organizado un buen jaleo.

—La señora fue quien llamó —dijo el ayudante del sheriff—. Frank, tiene que ir a la ciudad. Se va de casa. No sé quién de los dos tendrá la culpa, pero la que se va es ella. —Se volvió hacia mi mujer—. ¿Está segura de lo que hace, señora? —dijo.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, estoy segura.

—Muy bien —dijo el ayudante del sheriff—. Todo arreglado, entonces. Frank, ¿me oyes? Yo no puedo llevarla. Tengo que hacer otra visita. ¿Podrás llevarla a la ciudad? Seguramente querrá ir a la estación de autobuses, o a un hotel. Es lo que se suele hacer en situaciones como ésta. ¿Eso es lo que quiere hacer, señora? —le preguntó a mi mujer—. Frank tendrá que saberlo.

—Puede dejarme en la estación de autobuses —dijo mi mujer—. Tengo la maleta ahí, en el porche.

—¿Podrás llevarla, Frank? —preguntó el ayudante del sheriff.

—Sí, claro que sí —contestó Frank, quitándose y volviéndose a poner el sombrero—. La llevaré con mucho gusto, pero no quiero inmiscuirme en los asuntos ajenos.

—No lo está haciendo, no se preocupe —dijo mi mujer—. No quiero causarle ningún problema, pero es que estoy..., bueno, estoy desolada. Sí, desolada. Pero en cuanto me vaya me sentiré mejor. En cuanto me vaya de este sitio horrible. Echaré una última ojeada para asegurarme bien de que no me dejo nada. Nada *importante*. —Vaciló un instante, y luego dijo—: No es una decisión tan repentina como parece. Viene de mucho tiempo atrás. Llevamos casados muchos años. Hemos pasado buenos y malos tiempos, momentos felices e infelices. De todo tipo. Pero ya es hora de que empiece a vivir mi propia vida. Sí, ya es hora. ¿Saben a lo que me refiero, caballeros?

Frank volvió a quitarse el sombrero y se puso a hacerlo girar despacio entre los dedos, como si examinara el ala. Luego volvió a ponérselo.

El ayudante del sheriff dijo:

—Son cosas que pasan. Bien sabe Dios que nadie es perfecto. Nacimos y moriremos imperfectos. Ángeles sólo hay en el cielo.

Mi mujer se dirigió hacia la casa pisando con sus zapatos de tacón alto el húmedo y descuidado césped. Abrió la puerta y entró. La vi moverse tras las ventanas iluminadas, y me vino a la cabeza un pensamiento: *puede que no vuelva a verla nunca*. La idea me asaltó fugazmente, y fue como una sacudida.

Frank, el ayudante del sheriff y yo nos quedamos en el jardín, esperando en silencio. La húmeda niebla vagaba despacio entre nosotros y los faros encendidos. Los caballos se movían inquietos en el furgón. Todos nos sentíamos incómodos, creo. Yo por lo menos sí. No sé cómo se sentían ellos. Puede que vieran estas cosas todos los días: gentes cuyas vidas se alejan... Sí, era probable que el ayudante del sheriff las viera. Pero Frank miraba hacia el suelo. Se metió las manos en los bolsillos de la zamarra, y volvió a sacarlas. Dio un puntapié a algo que había sobre el césped. Yo me crucé de brazos y seguí allí de pie, sin moverme, sin saber lo que sucedería en el

momento siguiente. El ayudante del sheriff encendía y apagaba la linterna. De vez en cuando lanzaba con ella una estocada contra la niebla. Uno de los caballos relinchó en el furgón, y al cabo de unos segundos relinchó el otro.

—No se ve nada con esta niebla —dijo Frank.

Supe que lo decía para romper aquel silencio incómodo.

—Es de las peores que he visto —dijo el ayudante del sheriff.

Entonces se volvió hacia mí y me miró. Esta vez no me cegó con la linterna, pero dijo algo. Dijo:

—¿Por qué le deja? ¿Le ha pegado o algo? ¿Le ha soltado algún guantazo?

—Nunca le he puesto la mano encima —dije—. Nunca. En todo el tiempo que llevamos casados. Hubo veces en que se lo merecía, pero jamás llegué a tocarla. Ella sí me pegó una vez —dije.

—Bueno, no empecemos —dijo el ayudante del sheriff—. No quiero oír miserias esta noche. No abra la boca, y todo irá bien. Nada de jaleos. Ni se le ocurra. Aquí no va a haber ninguna bronca esta noche.

El ayudante del sheriff y Frank me observaban. Frank estaba visiblemente violento. Sacó el tabaco y se puso a liar un cigarrillo.

—No —dije—. Nada de broncas.

Mi mujer salió al porche y cogió la maleta. Me dio la impresión de que no sólo había echado una última ojeada de inspección a la casa, sino que había aprovechado la ocasión para arreglarse un poco, volver a pintarse los labios, etcétera. El ayudante del sheriff enfocó hacia el porche para que ella pudiera ver los escalones.

—Baje, señora —dijo—. Tenga cuidado, están resbaladizos.

—Estoy lista —dijo ella.

—Muy bien —dijo Frank—. Pero quiero asegurarme de que las cosas quedan claras. —Se quitó el sombrero una vez más y se quedó con él en la mano—. La llevaré a la ciudad y la dejaré en la estación de autobuses. Pero, entiéndame, no quiero meterme donde no me llaman. Ya sabe a lo que me refiero.

Miró a mi mujer y luego me miró a mí.

—Exacto —dijo el ayudante del sheriff—. Muy bien dicho. Las estadísticas muestran que las disputas conyugales son las situaciones más potencialmente peligrosas en las que cualquiera, y en especial un policía, puede verse envuelto. Pero creo que ésta va a ser la excepción que confirma la regla. ¿Me equivoco, señores?

Mi mujer me miró y dijo:

—Creo que no voy a darte un beso. No, no voy a darte un beso de despedida. Sólo te diré «hasta la vista». Cuídate.

—Exacto —dijo el ayudante del sheriff—. Un beso... Quién sabe cómo acabaría la cosa si empiezan a besarse.

Lanzó una carcajada.

Tuve la impresión de que todos esperaban que yo dijera algo. Pero por primera vez en mi vida me faltaban las palabras. *Me armé de valor* y le dije a mi mujer:

—La última vez que te pusiste ese sombrero lo llevabas con velo y yo te tenía cogida del brazo. Estabas de luto por tu madre. Y llevabas un vestido oscuro, no el que llevas esta noche. Pero los zapatos de tacón son los mismos, recuerdo. No me dejes así —dije—. No sé lo que voy a hacer si me dejas.

—Tengo que hacerlo —dijo ella—. Está todo en la carta. En ella te lo explico todo. Lo demás pertenece al ámbito de..., no sé. Del misterio, de la conjetura, supongo. —Luego se volvió a Frank y le dijo—: Vámonos ya, Frank. Puedo llamarle Frank, ¿verdad?

—Llámele como quiera —dijo el ayudante del sheriff—, con tal de llamarle a tiempo para la cena.

Lanzó otra carcajada. Una carcajada sonora, campechana.

—Claro —dijo Frank—. Claro que puede. Bien, de acuerdo. Vayámonos, pues.

Le cogió la maleta a mi mujer y fue hasta el camión y metió la maleta en la cabina. Luego fue hasta el lado del acompañante, abrió la puerta y esperó.

—Te escribiré cuando me instale en alguna parte —dijo mi mujer—. Bueno, eso creo. Pero lo primero es lo primero. Luego ya veremos.

—Así se habla —dijo el ayudante del sheriff—. Hay que dejar abiertas todas las vías de comunicación. Buena suerte, amigo —dijo dirigiéndose a mí. Fue hasta su coche y subió en él.

El camión describió un ancho y lento semicírculo a través del césped. Uno de los caballos relinchó en el furgón. La última imagen que conservo de mi esposa fue la de instantes después, cuando al resplandor de una cerilla la vi inclinarse hacia el asiento del conductor con un cigarrillo para aceptar la lumbre que le tendía el ranchero. Rodeaba con sus manos la mano que sostenía la cerilla. El ayudante del sheriff esperó a que camión y furgón hubieran pasado por su lado. Luego dio la vuelta en semicírculo, resbalando sobre el césped mojado hasta encontrar suelo firme en el camino de entrada, donde la grava saltó desde debajo de las ruedas. Bajaba ya hacia la carretera cuando hizo sonar el claxon. *Pitó*. Los historiadores deberían emplear palabras como «pitar» o «bocinazo» o «piií, piií» y onomatopeyas por el estilo, sobre todo en momentos graves como después de una matanza o cuando un suceso horrible tiende un paño mortuario sobre el futuro de un país. Es en momentos tales cuando ese

tipo de palabras se harían necesarias. Serían genuinas joyas en esta era mediocre.

Me gustaría poder decir que fue entonces, en el instante en que de pie en medio de la niebla la vi alejarse en el camión, cuando recordé una fotografía en blanco y negro en la que se veía a mi mujer con su ramo de novia. Tenía dieciocho años. «No es *más que una niña*», me había gritado su madre un mes antes de la boda. Se había casado conmigo unos minutos antes de que fuera tomada aquella fotografía. Está sonriendo. Está a punto de echarse a reír, o acababa de hacerlo hace unos instantes. Tiene la boca abierta mientras mira hacia la cámara con gesto de felicidad estupefacta. Está embarazada de tres meses (la cámara no lo registra, como es lógico). Pero si lo está, ¿qué importa? ¿No lo estaban todas las mujeres en aquella época? Es feliz, en cualquier caso. Yo también era feliz (sé que lo era). Los dos éramos felices. Yo no estoy en la fotografía, pero estoy muy cerca (sólo unos pasos más allá, recuerdo, estrechando la mano de alguien que me da la enhorabuena). Mi mujer sabía latín y alemán y química y física e historia y Shakespeare y todas esas cosas que le enseñan a uno en un colegio privado. Sabía cómo ha de sostenerse una taza de té. También sabía cocinar y hacer el amor. Era una mujer de primera.

Me gustaría poder decir que fue cuando la vi alejarse en el camión, digo, cuando recordé esa fotografía. Pero no fue así. Encontré la fotografía, junto con otras, unos días después del incidente de los caballos en la niebla, cuando pasaba revista a las cosas de mi mujer tratando de decidir lo que debía desechar y lo que debía conservar. Estaba haciendo las maletas. Me quedé mirándola unos instantes, y luego la tiré. Fui despiadado. No me importaba, me dije. ¿Por qué había de importarme?

Si algo sé —y algo sé—; si, por mínima que sea, alguna noción tengo de la naturaleza humana, sé que no podrá vivir sin mí. Volverá a mí. Pronto. Que vuelva pronto.

No, no sé absolutamente nada de nada. Nunca supe nada. Se ha ido para siempre. Para siempre. Lo presiento. Se ha ido y nunca volverá. Punto final. Nunca jamás. No volveré a verla nunca, a menos que nos crucemos un día en una calle.

Aún queda por resolver el asunto de la letra. Un enigma. Pero el asunto de la letra no es de capital importancia, por supuesto. ¿Cómo podría serlo después de las secuelas de la carta? No de la carta en sí sino de su contenido, que no puedo olvidar. No, la carta tampoco tiene una importancia capital; en todo esto hay mucho más que la mera letra de quien la ha escrito. Este «mucho más» tiene que ver con cosas sutiles. Podría decirse, por ejemplo, que tomar una esposa es dotarse de una historia. Y si ello

es así, debo entender que yo estoy ahora fuera de la historia. Como los caballos y la niebla. O podría decirse que mi historia me ha dejado. O que he de seguir viviendo *sin historia*. O que la historia habrá de prescindir de mí en adelante, a menos que mi mujer escriba más cartas, o le cuente sus cosas a una amiga que lleve un diario. Entonces, años después, alguien podrá volver sobre este tiempo, interpretarlo a partir de documentos escritos, de fragmentos dispersos y largas peroratas, de silencios y veladas imputaciones. Y es entonces cuando germina en mí la idea de que la autobiografía es la historia de los pobres desdichados. Y de que estoy diciendo adiós a la historia. Adiós, amada mía.

Tres rosas amarillas

Chejov. La noche del 22 de marzo de 1897, en Moscú, salió a cenar con su amigo y confidente Alexei Suvorin. Suvorin, editor y magnate de la prensa, era un reaccionario, un *self-made man* cuyo padre había sido soldado raso en Borodino. Al igual que Chejov, era nieto de un siervo. Tenían eso en común: sangre campesina en las venas. Pero tanto política como temperamentalmente se hallaban en las antípodas. Suvorin, sin embargo, era uno de los escasos íntimos de Chejov, y Chejov gustaba de su compañía.

Naturalmente, fueron al mejor restaurante de la ciudad, un antiguo palacete llamado L'Ermitage (establecimiento en el que los comensales podían tardar horas — la mitad de la noche incluso— en dar cuenta de una cena de diez platos en la que, como es de rigor, no faltaban los vinos, los licores y el café). Chejov iba, como de costumbre, impecablemente vestido: traje oscuro con chaleco. Llevaba, cómo no, sus eternos quevedos. Aquella noche tenía un aspecto muy similar al de sus fotografías de ese tiempo. Estaba relajado, jovial. Estrechó la mano del maître, y echó una ojeada al vasto comedor. Las recargadas arañas anegaban la sala de un vivo fulgor. Elegantes hombres y mujeres ocupaban las mesas. Los camareros iban y venían sin cesar. Acababa de sentarse a la mesa, frente a Suvorin, cuando repentinamente, sin el menor aviso previo, empezó a brotarle sangre de la boca. Suvorin y dos camareros lo acompañaron al cuarto de baño y trataron de detener la hemorragia con bolsas de hielo. Suvorin lo llevó luego a su hotel, e hizo que le prepararan una cama en uno de los cuartos de su suite. Más tarde, después de una segunda hemorragia, Chejov se avino a ser trasladado a una clínica especializada en el tratamiento de la tuberculosis y afecciones respiratorias afines. Cuando Suvorin fue a visitarlo días después, Chejov se disculpó por el «escándalo» del restaurante tres noches atrás, pero siguió insistiendo en que su estado no era grave. «Reía y bromeaba como de costumbre —escribe Suvorin en su diario—, mientras escupía sangre en un aguamanil».

Maria Chejov, su hermana menor, fue a visitarlo a la clínica los últimos días de marzo. Hacía un tiempo de perros; una tormenta de aguanieve se abatía sobre Moscú, y las calles estaban llenas de montículos de nieve apelmazada. Maria consiguió a duras penas parar un coche de punto que la llevase al hospital. Y llegó llena de temor y de inquietud.

«Anton Pavlovich yacía boca arriba —escribe Maria en sus *Memorias*—. No le permitían hablar. Después de saludarle, fui hasta la mesa a fin de ocultar mis emociones». Sobre ella, entre botellas de champaña, tarros de caviar y ramos de flores enviados por amigos deseosos de su restablecimiento, Maria vio algo que la aterrorizó: un dibujo hecho a mano —obra de un especialista, era evidente— de los pulmones de Chejov. (Era de este tipo de bosquejos que los médicos suelen trazar para que los pacientes puedan ver en qué consiste su dolencia). El contorno de los pulmones era azul, pero sus mitades superiores estaban coloreadas de rojo. «Me di cuenta de que eran ésas las zonas enfermas», escribe Maria.

También Leon Tolstoi fue una vez a visitarlo. El personal del hospital mostró un temor reverente al verse en presencia del más eximio escritor del país. (¿El hombre más famoso de Rusia?). Pese a estar prohibidas las visitas de toda persona ajena al «núcleo de los allegados», ¿cómo no permitir que viera a Chejov? Las enfermeras y médicos internos, en extremo obsequiosos, hicieron pasar al barbudo anciano de aire fiero al cuarto de Chejov. Tolstoi, pese al bajo concepto que tenía del Chejov autor de teatro («¿Adonde le llevan sus personajes? —le preguntó a Chejov en cierta ocasión—. Del diván al trastero, y del trastero al diván»), apreciaba sus narraciones cortas. Además —y tan sencillo como eso—, lo amaba como persona. Había dicho a Gorki: «Qué bello, qué espléndido ser humano. Humilde y apacible como una jovencita. Incluso anda como una jovencita. Es sencillamente maravilloso». Y escribió en su diario (todo el mundo llevaba un diario o dietario en aquel tiempo): «Estoy contento de amar... a Chejov».

Tolstoi se quitó la bufanda de lana y el abrigo de piel de oso y se dejó caer en una silla junto a la cama de Chejov. Poco importaba que el enfermo estuviera bajo medicación y tuviera prohibido hablar, y más aún mantener una conversación. Chejov hubo de escuchar, lleno de asombro, cómo el conde disertaba acerca de sus teorías sobre la inmortalidad del alma. Recordando aquella visita, Chejov escribiría más tarde: «Tolstoi piensa que todos los seres (tanto humanos como animales) seguiremos viviendo en un *principio* (razón, amor...) cuya esencia y fines son algo arcano para nosotros... De nada me sirve tal inmortalidad. No la entiendo, y Lev Nikolaievich se asombraba de que no pudiera entenderla».

A Chejov, no obstante, le produjo una honda impresión el solícito gesto de aquella visita. Pero, a diferencia de Tolstoi, Chejov no creía, jamás había creído, en una vida futura. No creía en nada que no pudiera percibirse a través de cuando menos uno de los cinco sentidos. En consonancia con su concepción de la vida y la escritura, carecía —según confesó en cierta ocasión— de «una visión del mundo filosófica, religiosa o política. Cambia todos los meses, así que tendré que conformarme con describir la forma en que mis personajes aman, se desposan, procrean y mueren. Y cómo hablan».

Unos años atrás, antes de que le diagnosticaran la tuberculosis, Chejov había observado: «Cuando un campesino es víctima de la consunción, se dice a sí mismo: “No puedo hacer nada. Me iré en la primavera, con el deshielo”». (El propio Chejov moriría en verano, durante una ola de calor). Pero, una vez diagnosticada su afección, Chejov trató siempre de minimizar la gravedad de su estado. Al parecer estuvo persuadido hasta el final de que lograría superar su enfermedad del mismo modo que se supera un catarro persistente. Incluso en sus últimos días parecía poseer la firme convicción de que seguía existiendo una posibilidad de mejoría. De hecho, en una carta escrita poco antes de su muerte, llegó a decirle a su hermana que estaba «engordando», y que se sentía mucho mejor desde que estaba en Badenweiler.

Badenweiler era un pequeño balneario y centro de recreo situado en la zona occidental de la Selva Negra, no lejos de Basilea. Se divisaban los Vosgos casi desde cualquier punto de la ciudad, y en aquellos días el aire era puro y tonificador. Los rusos eran asiduos de sus baños termales y de sus apacibles bulevares. En el mes de junio de 1904 Chejov llegaría a Badenweiler para morir.

A principios de aquel mismo mes había soportado un penoso viaje en tren de Moscú a Berlín. Viajó con su mujer, la actriz Olga Knipper, a quien había conocido en 1898 durante los ensayos de *La gaviota*. Sus contemporáneos la describen como una excelente actriz. Era una mujer de talento, físicamente agraciada y casi diez años más joven que el dramaturgo. Chejov se había sentido atraído por ella de inmediato, pero era lento de acción en materia amorosa. Prefirió, como era habitual en él, el flirteo al matrimonio. Al cabo, sin embargo, de tres años de un idilio lleno de separaciones, cartas e inevitables malentendidos, contrajeron matrimonio en Moscú, el 25 de mayo de 1901, en la más estricta intimidad. Chejov se sentía enormemente feliz. La llamaba «mi poney», y a veces «mi perrito» o «mi cachorro». También le gustaba llamarla «mi pavita» o sencillamente «mi alegría».

En Berlín Chejov había consultado a un reputado especialista en afecciones

pulmonares, el doctor Karl Ewald. Pero, según un testigo presente en la entrevista, el doctor Ewald, tras examinar a su paciente, alzó las manos al cielo y salió de la sala sin pronunciar una palabra. Chejov se hallaba más allá de toda posibilidad de tratamiento, y el doctor Ewald se sentía furioso consigo mismo por no poder obrar milagros y con Chejov por haber llegado a aquel estado.

Un periodista ruso, tras visitar a los Chejov en su hotel, envió a su redactor jefe el siguiente despacho: «Los días de Chejov están contados. Parece mortalmente enfermo, está terriblemente delgado, tose continuamente, le falta el resuello al más leve movimiento, su fiebre es alta». El mismo periodista había visto al matrimonio Chejov en la estación de Potsdam, cuando se disponían a tomar el tren para Badenweiler. «Chejov —escribe— subía a duras penas la pequeña escalera de la estación. Hubo de sentarse durante varios minutos para recobrar el aliento». De hecho, a Chejov le resultaba doloroso incluso moverse: le dolían constantemente las piernas, y tenía también dolores en el vientre. La enfermedad le había invadido los intestinos y la médula espinal. En aquel instante le quedaba menos de un mes de vida. Cuando hablaba de su estado, sin embargo —según Olga—, lo hacía con «una casi irreflexiva indiferencia».

El doctor Schwöhrer era uno de los muchos médicos de Badenweiler que se ganaba cómodamente la vida tratando a una clientela acaudalada que acudía al balneario en busca de alivio a sus dolencias. Algunos de sus pacientes eran enfermos y gente de salud precaria, otros simplemente viejos o hipocondríacos. Pero Chejov era un caso muy especial: un enfermo desahuciado en fase terminal. Y un personaje muy famoso. El doctor Schwöhrer conocía su nombre: había leído algunas de sus narraciones cortas en una revista alemana. Durante el primer examen médico, a primeros de junio, el doctor Schwöhrer le expresó la admiración que sentía por su obra, pero se reservó para sí mismo el juicio clínico. Se limitó a prescribirle una dieta de cacao, harina de avena con mantequilla fundida y té de fresa. El té de fresa ayudaría al paciente a conciliar el sueño.

El 13 de junio, menos de tres semanas antes de su muerte, Chejov escribió a su madre diciéndole que su salud mejoraba: «Es probable que esté completamente curado dentro de una semana». ¿Qué podía empujarle a decir eso? ¿Qué es lo que pensaba realmente en su fuero interno? También él era médico, y no podía ignorar la gravedad de su estado. Se estaba muriendo: algo tan simple e inevitable como eso. Sin embargo, se sentaba en el balcón de su habitación y leía guías de ferrocarril. Pedía información sobre las fechas de partida de barcos que zarpaban de Marsella rumbo a Odessa. Pero *sabía*. Era la fase terminal: no podía no saberlo. En una de las últimas

cartas que habría de escribir, sin embargo, decía a su hermana que cada día se encontraba más fuerte.

Hacía mucho tiempo que había perdido todo afán de trabajo literario. De hecho, el año anterior había estado casi a punto de dejar inconclusa *El jardín de los cerezos*. Esa obra teatral le había supuesto el mayor esfuerzo de su vida. Cuando la estaba terminando apenas lograba escribir seis o siete líneas diarias. «Empiezo a desanimarme —escribió a Olga—. Siento que estoy acabado como escritor. Cada frase que escribo me parece carente de valor, inútil por completo». Pero siguió escribiendo. Terminó la obra en octubre de 1903. Fue lo último que escribiría en su vida, si se exceptúan las cartas y unas cuantas anotaciones en su libreta.

El 2 de julio de 1904, poco después de medianoche, Olga mandó llamar al doctor Schwöhrer. Se trataba de una emergencia: Chejov deliraba. El azar quiso que en la habitación contigua se alojaran dos jóvenes rusos que estaban de vacaciones. Olga corrió hasta su puerta a explicar lo que pasaba. Uno de ellos dormía, pero el otro, que aún seguía despierto fumando y leyendo, salió precipitadamente del hotel en busca del doctor Schwöhrer. «Aún puedo oír el sonido de la grava bajo sus zapatos en el silencio de aquella sofocante noche de julio», escribiría Olga en sus memorias. Chejov tenía alucinaciones: hablaba de marinos, e intercalaba retazos inconexos de algo relacionado con los japoneses. «No debe ponerse hielo en un estómago vacío», dijo cuando su mujer trató de ponerle una bolsa de hielo sobre el pecho.

El doctor Schwöhrer llegó y abrió su maletín sin quitar la mirada de Chejov, que jadeaba en la cama. Las pupilas del enfermo estaban dilatadas, y le brillaban las sienes a causa del sudor. El semblante del doctor Schwöhrer se mantenía inexpresivo, pues no era un hombre emotivo, pero sabía que el fin del escritor estaba próximo. Sin embargo, era médico, debía hacer —lo obligaba a ello un juramento— todo lo humanamente posible, y Chejov, si bien muy débilmente, todavía se aferraba a la vida. El doctor Schwöhrer preparó una jeringuilla y una aguja y le puso una inyección de alcanfor destinada a estimular su corazón. Pero la inyección no surtió ningún efecto (nada, obviamente, habría surtido efecto alguno). El doctor Schwöhrer, sin embargo, hizo saber a Olga su intención de que trajeran oxígeno. Chejov, de pronto, pareció reanimarse. Recobró la lucidez y dijo quedamente: «¿Para qué? Antes de que llegue seré un cadáver».

El doctor Schwöhrer se atusó el gran mostacho y se quedó mirando a Chejov, que tenía las mejillas hundidas y grisáceas, y la tez cérea. Su respiración era áspera y ronca. El doctor Schwöhrer supo que apenas le quedaban unos minutos de vida. Sin pronunciar una palabra, sin consultar siquiera con Olga, fue hasta el pequeño hueco

donde estaba el teléfono mural. Leyó las instrucciones de uso. Si mantenía apretado un botón y daba vueltas a la manivela contigua al aparato, se pondría en comunicación con los bajos del hotel, donde se hallaban las cocinas. Cogió el auricular, se lo llevó al oído y siguió una a una las instrucciones. Cuando por fin le contestaron, pidió que subieran una botella del mejor champaña que hubiera en la casa. «¿Cuántas copas?», preguntó el empleado. «¡Tres copas!», gritó el médico en el micrófono. «Y dese prisa, ¿me oye?». Fue uno de esos excepcionales momentos de inspiración que luego tienden a olvidarse fácilmente, pues la acción es tan apropiada al instante que parece inevitable.

Trajo el champaña un joven rubio, con aspecto de cansado y el pelo desordenado y en punta. Llevaba el pantalón del uniforme lleno de arrugas, sin el menor asomo de raya, y en su precipitación se había atado un botón de la casaca en una presilla equivocada. Su apariencia era la de alguien que se estaba tomando un descanso (hundido en un sillón, pongamos, dormitando) cuando de pronto, a primeras horas de la madrugada, ha oído sonar al aire, a lo lejos —santo cielo—, el sonido estridente del teléfono, e instantes después se ha visto sacudido por un superior y enviado con una botella de Moët a la habitación 211. «¡Y date prisa, ¿me oyes?!».

El joven entró en la habitación con una bandeja de plata con el champaña dentro de un cubo de plata lleno de hielo y tres copas de cristal tallado. Habilitó un espacio en la mesa y dejó el cubo y las tres copas. Mientras lo hacía estiraba el cuello para tratar de atisbar la otra pieza, donde alguien jadeaba con violencia. Era un sonido desgarrador, pavoroso, y el joven se volvió y bajó la cabeza hasta hundir la barbilla en el cuello. Los jadeos se hicieron más desaforados y roncós. El joven, sin percatarse de que se estaba demorando, se quedó unos instantes mirando la ciudad anochecida a través de la ventana. Entonces advirtió que el imponente caballero del tupido mostacho le estaba metiendo unas monedas en la mano (una gran propina, a juzgar por el tacto), y al instante siguiente vio ante sí la puerta abierta del cuarto. Dio unos pasos hacia el exterior y se encontró en el descansillo, donde abrió la mano y miró las monedas con asombro.

De forma metódica, como solía hacerlo todo, el doctor Schwöhrer se aprestó a la tarea de descorchar la botella de champaña. Lo hizo cuidando de atenuar al máximo la explosión festiva. Sirvió luego las tres copas y, con gesto maquinal debido a la costumbre, metió el corcho a presión en el cuello de la botella. Luego llevó las tres copas hasta la cabecera del moribundo. Olga soltó momentáneamente la mano de

Chejov (una mano, escribiría más tarde, que le quemaba los dedos). Colocó otra almohada bajo su nuca. Luego le puso la fría copa de champaña contra la palma, y se aseguró de que sus dedos se cerraran en torno al pie de la copa. Los tres intercambiaron miradas: Chejov, Olga, el doctor Schwöhrer. No hicieron chocar las copas. No hubo brindis. ¿En honor de qué diablos iban a brindar? ¿De la muerte? Chejov hizo acopio de las fuerzas que le quedaban y dijo: «Hacía tanto tiempo que no bebía champaña...». Se llevó la copa a los labios y bebió. Uno o dos minutos después Olga le retiró la copa vacía de la mano y la dejó encima de la mesilla de noche. Chejov se dio la vuelta en la cama y se quedó tendido de lado. Cerró los ojos y suspiró. Un minuto después dejó de respirar.

El doctor Schwöhrer cogió la mano de Chejov, que descansaba sobre la sábana. Le tomó la muñeca entre los dedos y sacó un reloj de oro del bolsillo del chaleco, y mientras lo hacía abrió la tapa. El segundero se movía despacio, muy despacio. Dejó que diera tres vueltas alrededor de la esfera a la espera del menor indicio de pulso. Eran las tres de la madrugada, y en la habitación hacía un bochorno sofocante. Badenweiler estaba padeciendo la peor ola de calor conocida en muchos años. Las ventanas de ambas piezas permanecían abiertas, pero no había el menor rastro de brisa. Una enorme mariposa nocturna de alas negras surcó el aire y fue a chocar con fuerza contra la lámpara eléctrica. El doctor Schwöhrer soltó la muñeca de Chejov. «Ha muerto», dijo. Cerró el reloj y volvió a metérselo en el bolsillo del chaleco.

Olga, al instante, se secó las lágrimas y comenzó a sosegar. Dio las gracias al médico por haber acudido a su llamada. Él le preguntó si deseaba algún sedante, láudano, quizá, o unas gotas de valeriana. Olga negó con la cabeza. Pero quería pedirle algo: antes de que las autoridades fueran informadas y los periódicos conocieran el luctuoso desenlace, antes de que Chejov dejara para siempre de estar a su cuidado, quería quedarse a solas con él un largo rato. ¿Podía el doctor Schwöhrer ayudarla? ¿Mantendría en secreto, durante apenas unas horas, la noticia de aquel óbito?

El doctor Schwöhrer se acarició el mostacho con un dedo. ¿Por qué no? ¿Qué podía importar, después de todo, que el suceso se hiciera público unas horas más tarde? Lo único que quedaba por hacer era extender la partida de defunción, y podría hacerlo por la mañana en su consulta, después de dormir unas cuantas horas. El doctor Schwöhrer movió la cabeza en señal de asentimiento y recogió sus cosas. Antes de salir, pronunció unas palabras de condolencia. Olga inclinó la cabeza. «Ha sido un honor», dijo el doctor Schwöhrer. Cogió el maletín y salió de la habitación. Y de la Historia.

Fue entonces cuando el corcho saltó de la botella. Se derramó sobre la mesa un poco de espuma de champaña. Olga volvió junto a Chejov. Se sentó en un taburete, y cogió su mano. De cuando en cuando le acariciaba la cara. «No se oían voces humanas, ni sonidos cotidianos —escribiría más tarde—. Sólo existía la belleza, la paz y la grandeza de la muerte».

Se quedó junto a Chejov hasta el alba, cuando el canto de los tordos empezó a oírse en los jardines de abajo. Luego oyó ruidos de mesas y sillas: alguien las trasladaba de un sitio a otro en alguno de los pisos de abajo. Pronto le llegaron voces. Y entonces llamaron a la puerta. Olga sin duda pensó que se trataba de algún funcionario, el médico forense, por ejemplo, o alguien de la policía que formularía preguntas y le haría rellenar formularios, o incluso (aunque no era muy probable) el propio doctor Schwöhrer acompañado del dueño de alguna funeraria que se encargaría de embalsamar a Chejov y repatriar a Rusia sus restos mortales.

Pero era el joven rubio que había traído el champaña unas horas antes. Ahora, sin embargo, llevaba los pantalones del uniforme impecablemente planchados, la raya nítidamente marcada y los botones de la ceñida casaca verde perfectamente abrochados. Parecía otra persona. No sólo estaba despierto, sino que sus llenas mejillas estaban bien afeitadas y su pelo domado y peinado. Parecía deseoso de agrandar. Sostenía entre las manos un jarrón de porcelana con tres rosas amarillas de largo tallo. Le ofreció las flores a Olga con un airoso y marcial taconazo. Ella se apartó de la puerta para dejarle entrar. Estaba allí —dijo el joven— para retirar las copas, el cubo del hielo y la bandeja. Pero también quería informarle de que, debido al extremo calor de la mañana, el desayuno se serviría en el jardín. Confiaba asimismo en que aquel bochorno no les resultara en exceso fastidioso. Y lamentaba que hiciera un tiempo tan agobiante.

La mujer parecía distraída. Mientras el joven hablaba apartó la mirada y la fijó en algo que había sobre la alfombra. Cruzó los brazos y se cogió los codos con las manos. El joven, entretanto, con el jarrón entre las suyas a la espera de una señal, se puso a contemplar detenidamente la habitación. La viva luz del sol entraba a raudales por las ventanas abiertas. La habitación estaba ordenada; parecía poco utilizada aún, casi intocada. No había prendas tiradas encima de las sillas; no se veían zapatos ni medias ni tirantes ni corsés. Ni maletas abiertas. Ningún desorden ni embrollo, en suma; nada sino el cotidiano y pesado mobiliario. Entonces, viendo que la mujer seguía mirando al suelo, el joven bajó también la mirada, y descubrió al punto el

corcho cerca de la punta de su zapato. La mujer no lo había visto: miraba hacia otra parte. El joven pensó en inclinarse para recogerlo, pero seguía con el jarrón en las manos y temía parecer aún más inoportuno si ahora atraía la atención hacia su persona. Dejó de mala gana el corcho donde estaba y levantó la mirada. Todo estaba en orden, pues, salvo la botella de champaña descorchada y semivacia que descansaba sobre la mesa junto a dos copas de cristal. Miró en torno una vez más. A través de una puerta abierta vio que la tercera copa estaba en el dormitorio, sobre la mesilla de noche. Pero ¡había alguien aún acostado en la cama! No pudo ver ninguna cara, pero la figura acostada bajo las mantas permanecía absolutamente inmóvil. Una vez percatado de su presencia, miró hacia otra parte. Entonces, por alguna razón que no alcanzaba a entender, lo embargó una sensación de desasosiego. Se aclaró la garganta y desplazó su peso de una pierna a otra. La mujer seguía sin levantar la mirada, seguía encerrada en su mutismo. El joven sintió que la sangre afluía a sus mejillas. Se le ocurrió de pronto, sin reflexión previa alguna, que tal vez debía sugerir una alternativa al desayuno en el jardín. Tosió, confiando en atraer la atención de la mujer, pero ella ni lo miró siquiera. Los distinguidos huéspedes extranjeros —dijo— podían desayunar en sus habitaciones si ése era su deseo. El joven (su nombre no ha llegado hasta nosotros, y es harto probable que perdiera la vida en la primera gran guerra) se ofreció gustoso a subir él mismo una bandeja. Dos bandejas, dijo luego, volviendo a mirar —ahora con mirada indecisa— en dirección al dormitorio.

Guardó silencio y se pasó un dedo por el borde interior del cuello. No comprendía nada. Ni siquiera estaba seguro de que la mujer le hubiera escuchado. No sabía qué hacer a continuación; seguía con el jarrón entre las manos. La dulce fragancia de las rosas le anegó las ventanillas de la nariz, e inexplicablemente sintió una punzada de pesar. La mujer, desde que había entrado él en el cuarto y se había puesto a esperar, parecía absorta en sus pensamientos. Era como si durante todo el tiempo que él había permanecido allí de pie, hablando, desplazando su peso de una pierna a otra, con el jarrón en las manos, ella hubiera estado en otra parte, lejos de Badenweiler. Pero ahora la mujer volvía en sí, y su semblante perdía aquella expresión ausente. Alzó los ojos, miró al joven y sacudió la cabeza. Parecía esforzarse por entender qué diablos hacía aquel joven en su habitación con tres rosas amarillas. ¿Flores? Ella no había encargado ningunas flores.

Pero el momento pasó. La mujer fue a buscar su bolso y sacó un puñado de monedas. Sacó también unos billetes. El joven se pasó la lengua por los labios fugazmente: otra propina elevada, pero ¿por qué? ¿Qué esperaba de él aquella mujer? Nunca había servido a ningún huésped parecido. Volvió a aclararse la garganta.

No quería el desayuno, dijo la mujer. Todavía no, en todo caso. El desayuno no era lo más importante aquella mañana. Pero necesitaba que le prestara cierto servicio. Necesitaba que fuera a buscar al dueño de una funeraria. ¿Entendía lo que le decía? El señor Chejov había muerto, ¿lo entendía? *Comprenez-vous?* ¿Eh, joven? Anton Chejov estaba muerto. Ahora atiéndeme bien, dijo la mujer. Quería que bajara a recepción y preguntara dónde podía encontrar al empresario de pompas fúnebres más prestigioso de la ciudad. Alguien de confianza, escrupuloso con su trabajo y de temperamento reservado. Un artesano, en suma, digno de un gran artista. Aquí tienes, dijo luego, y le encajó en la mano los billetes. Diles ahí abajo que quiero que seas tú quien me preste este servicio. ¿Me escuchas? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

El joven se esforzó por comprender el sentido del encargo. Prefirió no mirar de nuevo en dirección al otro cuarto. Ya había presentido antes que algo no marchaba bien. Ahora advirtió que el corazón le latía con fuerza bajo la casaca, y que empezaba a aflorarle el sudor en la frente. No sabía hacia dónde dirigir la mirada. Deseaba dejar el jarrón en alguna parte.

Por favor, haz esto por mí, dijo la mujer. Te recordaré con gratitud. Diles ahí abajo que he insistido. Di eso. Pero no lames la atención innecesariamente. No atraigas la atención ni sobre tu persona ni sobre la situación. Diles únicamente que tienes que hacerlo, que yo te lo he pedido... y nada más. ¿Me oyes? Si me entiendes, asiente con la cabeza. Pero sobre todo que no cunda la noticia. Lo demás, todo lo demás, la conmoción y todo eso... llegará muy pronto. Lo peor ha pasado. ¿Nos estamos entendiendo?

El joven se había puesto pálido. Estaba rígido, aferrado al jarrón. Acertó a asentir con la cabeza.

Después de obtener la venia para salir del hotel, debía dirigirse discreta y decididamente, aunque sin precipitaciones impropias, hacia la funeraria. Debía comportarse exactamente como si estuviera llevando a cabo un encargo muy importante, y nada más. De hecho *estaba llevando a cabo* un encargo muy importante, dijo la mujer. Y, por si podía ayudarle a mantener el buen temple de su paso, debía imaginar que caminaba por una acera atestada llevando en los brazos un jarrón de porcelana —un jarrón lleno de rosas— destinado a un hombre importante. (La mujer hablaba con calma, casi en un tono de confidencia, como si le hablara a un amigo o a un pariente). Podía decirse a sí mismo incluso que el hombre a quien debía entregar las rosas le estaba esperando, que quizá esperaba con impaciencia su llegada con las flores. No debía, sin embargo, exaltarse y echar a correr, ni quebrar la cadencia de su paso. ¡Que no olvidara el jarrón que llevaba en las manos! Debía

caminar con brío, comportándose en todo momento de la manera más digna posible. Debía seguir caminando hasta llegar a la funeraria, y detenerse ante la puerta. Levantaría luego la aldaba, y la dejaría caer una, dos, tres veces. Al cabo de unos instantes, el propio patrono de la funeraria bajaría a abrirle.

Sería un hombre sin duda cuarentón, o incluso cincuentón, calvo, de complexión fuerte, con gafas de montura de acero montadas casi sobre la punta de la nariz. Sería un hombre recatado, modesto, que formularía tan sólo las preguntas más directas y esenciales. Un mandil. Sí, probablemente llevaría un mandil. Puede que se secara las manos con una toalla oscura mientras escuchaba lo que se le decía. Sus ropas despedirían un tufillo de formaldehído, pero perfectamente soportable, y al joven no le importaría en absoluto. El joven era ya casi un adulto, y no debía sentir miedo ni repulsión ante esas cosas. El hombre de la funeraria le escucharía hasta el final. Era sin duda un hombre comedido y de buen temple, alguien capaz de ahuyentar en lugar de agravar los miedos de la gente en este tipo de situaciones. Mucho tiempo atrás llegó a familiarizarse con la muerte, en todas sus formas y apariencias posibles. La muerte, para él, no encerraba ya sorpresas, ni soterrados secretos. Éste era el hombre cuyos servicios se requerían aquella mañana.

El maestro de pompas fúnebres coge el jarrón de las rosas. Sólo en una ocasión durante el parlamento del joven se despierta en él un destello de interés, de que ha oído algo fuera de lo ordinario. Pero cuando el joven menciona el nombre del muerto, las cejas del maestro se alzan ligeramente. ¿Chejov, dices? Un momento, en seguida estoy contigo.

¿Entiendes lo que te estoy diciendo?, le dijo Olga al joven. Deja las copas. No te preocupes por ellas. Olvida las copas de cristal y demás, olvida todo eso. Deja la habitación como está. Ahora ya todo está listo. Estamos ya listos. ¿Vas a ir?

Pero en aquel momento el joven pensaba en el corcho que seguía en el suelo, muy cerca de la punta de su zapato. Para recogerlo tendría que agacharse sin soltar el jarrón de las rosas. Eso es lo que iba a hacer. Se agachó. Sin mirar hacia abajo. Cogió el corcho, lo encajó en el hueco de la palma y cerró la mano.



RAYMOND CARVER. Escritor y poeta estadounidense nacido en Clatskanie, Oregón. Vivió en docenas de lugares trabajando en ocupaciones ocasionales y mal pagadas, debatiéndose en la más absoluta de las pobrezas, con un matrimonio destrozado, con graves problemas de alcohol durante varios años. Además de libros de poemas, *Un sendero nuevo a la cascada* (1985) y *Bajo una luz marina* (1986), publicó cuatro volúmenes de relatos que lo acreditaron como uno de los mejores escritores norteamericanos de la década: *¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?* (1976), *De qué hablamos cuando hablamos de amor* (1981), *Catedral* (1983) y *Tres rosas amarillas* (1988). Los libros de Carver están formados por relatos cortos que reflejan los dramas aparentemente más triviales, las catástrofes silenciosas de la gente más común, que poseen la capacidad de provocar una impresión fortísima, una indeleble conmoción. Dotado de un apreciable escepticismo y resentimiento, mediante una técnica escueta y directa, carente de adornos estilísticos, casi minimalista, dibuja una gama de anónimos perdedores de una sociedad que parece haberse olvidado de ellos: desempleados, alcohólicos, divorciados, seres solitarios que van hacia la deriva y que no tienen otra cosa que hacer sino mirar la televisión, evitando mirar a su propio interior y comprobar que no son más que sombras cargadas de desesperanza. En 1988, cuando estaba en su mejor momento, porque había dejado de beber, tenía una estimulante relación amorosa con la poeta Tess Gallagher y se

había convertido en el mejor cuentista vivo estadounidense, se le detectó un cáncer de pulmón. Murió en Port Angeles, Washington ese mismo año.